

# ÁLBUM LITERARIO



DEL



Diario de

---

Córdoba

---

1914

---





A

# ÁLBUM

# LITERARIO

DEL

# Diario de Córdoba

1914



IMPRENTA DEL DIARIO DE CÓRDOBA  
Conde de Cárdenas, 18

Reg. n.º 5.948

MUSEO

LITERRARIO

Diario de Córdoba

INSTITUTO DEL DIARIO DE CORDOBA

Calle de Capatzen 15

Dep. n.º 2.148

# ALBUM LITERARIO DEL "DIARIO DE CÓRDOBA,"

## EL ESPIRITISMO

(FANTASIA)

El hogar del rico y acreditado comerciante D. Blas García podía tomarse como modelo de hogar feliz. La abundancia, el orden, la salud y el cariño reinaban en aquella casa, regida con singular acierto por Virginia, mujer tan virtuosa como sencilla que había sabido labrar, con su modo de ser, la felicidad de la familia.

Virginia era complaciente, buena, cariñosa; sus hijas un encanto; su hijo un mozo garrido y aplicado, aunque algo más gastador que lo conveniente.

En aquel hogar feliz había suegra, D.<sup>a</sup> María, respetable octogenaria, madre de D. Blas, que había sabido limar con su discreción las ligeras diferencias que en algunas ocasiones surgieron entre ella y su nuera.

La buena señora se había limitado al deleitoso papel de abuela, que desempeñaba á maravilla, muy especialmente cuando se trataba de Alfonso, hijo mayor del matrimonio y rey absoluto de todas las voluntades, que estudiaba con marcado aprovechamiento una carrera literaria.

En la vida social, D. Blas era enteramente dichoso. Hombre de negocios, de absoluto crédito, su firma se cotizaba en la plaza más alta que las acciones del Banco de España. Los amigos le estimaban de veras. Su socio, D. Pedro, le respetaba y consideraba como un ser superior y no hacía nada sin su valioso consejo.

¿Qué le faltaba a D. Blas para estar en posesión de la codiciada felicidad? Nada.

No obstante, nuestro buen burgués, pensando como el filósofo que la felicidad no está en la posesión del bien, sino en la esperanza de obtenerle, dió en la manía de pensar y desear el más grande dislate que ha cabido en humana inteligencia: el dominio de un fluido especial y desconocido para poder leer el pensamiento de las personas con quienes hablase.

Perseguido por esta maléfica idea abandonó casi por completo los negocios, metiéndose de lleno en el estudio del espiritismo.

mo, estudio árido y peligroso que suele dar al traste con toda inteligencia que no esté muy firme y equilibrada.

D. Blas frecuentó las reuniones de espiritistas, con las cuales tuvo sesiones terroríficas; aprendió al detalle las nomenclaturas, invocaciones y ritos, y estrujó tanto su imaginación para penetrar en las ciencias ocultas, que llegó poco menos que a perder el juicio.

Afortunadamente, el trastorno cerebral era momentáneo; pasajero, circunstancial. Cuando trataba de negocios o de asuntos generales, D. Blas hablaba como un libro; cuando lo hacía de espiritismo era cosa totalmente perdida. ¡Pobre hombre!



Una mañana, tras de una noche de estudio, experimentos e insomnio, llegó a creer que había conseguido la doble vista y que penetraba con ella en el interior de los demás.

—¡Gracias a Dios que lo he conseguido! —dijo a grandes voces.— La humanidad va a serme deudora de uno de los progresos más asombrosos con que puede envanecerse. Nada hay ya oculto para mí. Soy feliz. ¿Qué puedo desear ya en este mundo?

—Papá—exclamó Alfonso al mismo tiempo que golpeaba suavemente la puerta del despacho.

—Pasa, hijo mío. ¿Qué quieres a estas horas?

—Quería que me diceses dinero para el abono de la «Princesa». Ya ves, así me sale la butaca a seis pesetas, mucho más barata de lo que me costaría adquirida diariamente en la taquilla.

—Hijo, si bien es cierto que estudias que eres bueno para con nosotros y muy honrado, también lo es que gastas mucho, más de lo que debes, pues no te basta la pensión que te doy, y eso que la doblé el mes pasado.

—Padre—respondió Alfonso algo contrariado —yo ..

—No sigas, vete, vete de mi presencia—le interrumpió furiosamente D. Blás —No quiero verte.

Obedeció el hijo, salió, y su padre, con la cabeza entre las manos, lloraba amargamente.

¿Qué le sucedía?

Que, forzado por su desvarío, había leído en el pensamiento de su hijo: «Mi padre es bueno, pero es avaro; algún día, cuando se muera, dispondré de su fortuna a mis anchas y pondré gastar lo que quiera».

D. Blas se horrorizó, y con el corazón hecho pedazos, buscó a Virginia para encontrar en ella el consuelo que deseaba.

—Soy muy desgraciado,—la dijo—nuestro hijo Alfonso, que yo creía un modelo de honradez, desea con vehemencia mi

muerte para disipar nuestra fortuna amasada a fuerza de trabajos. ¡Ingrato! ¡Cruel!

—Blas—respondió su mujer con voz cariñosa—te atormentas tontamente corriendo siempre en pos de fantasmas, espíritus y quiméricos inventos. Tu inteligencia materializada en la vida de los negocios...

—Déjame, Virginia, quítate de mi vista, me horrorizas—respondió D. Blas, saliendo apresuradamente del cuarto de su esposa.

Había visto en su alma: «Este hombre, materializado con los negocios y el trabajo vulgar, se ha vuelto loco porque no puede digerir esos estudios en que está metido. No me faltaba a mí otra cosa que tener que pasar el resto de mis días luchando con un demente.

D. Blas, encerrado en su despacho, maldecía aquella facultad que había anhelado tanto, y reflexionaba amargamente.

—¿Es posible—decía entre sollozos—que ese amor infinito y sublime, esa absoluta confianza de un espíritu en otro sea tan sólo una quimera? Mi mujer y mi hijo, que me han dado indudables pruebas de cariño y de afecto, ¿han sido sólo buenos por deber? A pesar de serlo, la bondad humana es tan pobre cosa, que aun los mejores no pueden ser sinceros con aquellos que más quieren, sin que les ofendan y les hieran. ¿Qué es la humanidad entonces, Dios mío?

Le interrumpió en sus amargas reflexiones su amigo y socio D. Pedro, el hombre de su absoluta confianza y que durante treinta años de fidelidad venía siendo el depositario de sus secretos.

—Oye, Pedro, soy muy desgraciado; mis afecciones de toda la vida, los cariños a que he dedicado mi existencia me traicionan; me voy a retirar de los negocios, y tú solo liquidarás mi casa y seguirás los que hay pendientes.

Al decir esto, D. Blas, miraba a Pedro con horror y espanto; y era que había leído en su pensamiento:

—Gracias a Dios, que me quedo solo con la casa; ahora adquiriré verdadera personalidad y dejaré de estar supeditado a este imbécil.

D. Blas cayó desplomado en un sillón, y Pedro salió presuroso a avisar a la familia.



Algunos días estuvo el comerciante con una crisis nerviosa, que puso en peligro su vida. Al salir de ella decidió suicidarse, pues le era insoportable vivir entre egoístas y traidores. Antes de llevar a cabo su fatal resolución, creyó natural despedirse de su madre. Para ello y provisto ya del arma terrible que había

de acabar con tan odiosa vida, subió a su aposento. Allí estaba la noble anciana, sentada, como siempre, en su sillón.

— ¿Estás mejor, hijo mío?...

— Mamá, soy terriblemente desgraciado; todo lo que creía verdad es mentira; la humanidad es mala, es falsa...—y al decir esta frase abrazaba y besaba a su pobre madre, que lloraba con él.

Repuesto un poco, miró fijamente a los ojos de la que le dió el ser y brilló en su semblante un destello de inefable alegría

Había leído en su pensamiento: «Dios mío, ¿por qué no me quedará más vida que poder sacrificar en aras de mi hijo?»

— ¡Infeliz vieja!—dijo para sí—ella quiere dilatar nuestra eterna separación y yo trato de apresurarla. No es este el pago que merece su cariño. Aún hay algo verdad en el mundo y a ese algo me doblego. ¡Madre! ¡madre mía! tu amor me salva. - Y cayó de hinojos a sus piés

JOSÉ OSUNA PINEDA.

---

## ¡ADELANTE!

---

¡Al arma, españoles! ¡Bruñid los aceros!  
Atruenen los aires los sonos guerreros  
del bronco clarín.

Hay guerra de moros ¡Al arma mi raza!  
Que el ángel de Iberia la ruta nos traza,  
allende el Estrecho, por tierra musulín.  
Por tierra que en tiempos fué tierra española,  
hasta que un maldito por odio vendióla,  
traidor a su patria y al rey desleal,  
España prosigue la lucha sagrada  
que empieza en Asturias y sigue en Granada,  
buscando en Marruecos glorioso final...  
¡Al arma, españoles! ¡Nos mira la historia!  
Marruecos nos brinda riquezas y gloria,  
y con sus palmeras está la Victoria  
tejiendo a los bravos, corona triunfal.

FRANCISCO ALVAREZ YUSTE.

---

## EN LA FUENTE

Mozas que vais cantando  
a la fuente lejana  
por la senda florida,  
en la cabeza el ánfora:  
corred, corred, mozuelas,  
que un galán os aguarda;  
pero tened cuidado  
que no se rompa el ánfora.

Al aire los cabellos,  
las trenzas desatadas,  
voláis por el camino,  
que Amor os da sus alas.  
¡Qué hermoso el cielo! ¡cómo  
huele a tomillo el aura!  
Hoy el amor renace,  
se regocija el alma.

Corred, corred, mozuelas,  
y vivid, que se pasa  
la vida, que el invierno  
vendrá, y sus nieves canas  
el corazón cubriendo  
aterirán el alma.  
¡Corred!... pero cuidado  
que no se rompa el ánfora

Llegaréis a la fuente,  
bajo el chorro del agua  
el ánfora pondréis;  
el galán sus palabras  
diraos al oído:  
vosotras no escuchadlas,  
que si son verdaderas  
también pueden ser falsas.

El ánfora repleta  
rebotará, y el agua  
saltando por la boca  
bañará vuestras plantas;  
tal vez no la sintáis  
y al regresar a casa  
regañará la madre:  
— Hijica, mucho tardas.

—Madre, las otras mozas  
fueron también por agua.

—Hija, los piés mojados  
træes. —Madre, en la charca  
se me cayó una rosa.

—En el huerto sobradas  
las tienes. —Como esa,  
madre, no la encontrara.

—Rosas que no se encuentran  
de amor están tocadas;  
que en su jardín tan sólo  
esas flores se hallan.  
No corras, hija mía,  
cuando a la fuente vayas.  
Hijica, ten cuidado  
que no se rompa el ánfora.

AGUSTÍN AGUILAR Y TEJERA.

---

## EL MAR

---

¡Sublime y majestuoso es el mar! Sus movibles aguas, ya serenas, como altivas, revelan ese otro profundo y agitado mar, que es el corazón del hombre.

Cuando la suave brisa acaricia nuestra frente y en ligeras barquillas cruzamos la basta extensión del Océano; cuando las bellas ráfagas del sol poniente retratan en el firmamento esos pintorescos cuadros, que no pueden ser imitados por ningún pincel, y cuando la blanca luna, como hostia pura, se eleva en el espacio, sobre ese extenso lago, que semeja un inmenso altar... entonces el alma, embriagada de dulzura, siente ese bienhechor consuelo, que no pudo encontrar en todos los placeres.

Pero... cuando el mar furioso agita sus altivas olas y su blanca espuma revela su poder; entonces... nuestro pecho siente la ma or amargura.

¡Qué profundidad más grande la del mar! ¡Qué misteriosos arcanos los del corazón! En el mar no puede penetrar hasta el fondo la vista luminosa, como tampoco puede escudriñar los secretos del corazón; en el mar se agitan sin cesar las olas, en el pecho humano se mueven desordenadamente los deseos que se destruyen por el viento de la vanidad.

Y las olas forman elevadas montañas y el orgullo se quiere elevar hasta los cielos; y los rudos mares destruyen la riqueza, y la ambición, que cual pesado plomo, descende a los abismos, y la soberbia ciega ve convertirse en humo todas sus glorias, y

amargas... muy amargas son las aguas de los mares; pero más amargas son las aguas de los placeres, que envenenan el alma, que roban la vida y producen el dolor.

Y las sociedades se mueven vertiginosamente, como se mueven las olas por los diversos vientos, y.. vientos son todas las grandezas del hombre, pues no hay poder que dure, hermosura que no se destruya, riqueza que no acabe, ciencia y honor que no termine.

Del mismo modo que las vistosas flores nacen por la mañana y a la tarde se marchitan, como los celajes de nácar y de fuego y la preciosa estela que deja tras de sí la embarcación, desaparecen en un momento, así desaparece el hombre de la vida con sus glorias, sus ambiciones, sus crueles venganzas, con todas sus ilusiones.

Mas ¿qué cruel sería la vida si, después de la muerte. sólo encontráramos la nada y el vacío? Pero no; más allá del firmamento, de los astros, de los profundos abismos, del sepulcro, existe Dios, verdad, bien y hermosura infinitos.

Si el hombre tiene que luchar en el terrible mar del mundo; si bebe las repulsivas aguas de la tribulación; si escucha los furiosos vientos que le amenazan con la terrible tempestad, no pierda jamás la fé, pues sólo con las elevadas rocas las olas extremen su furor y en las humildes playas pierden todo su poder.

Los marinos suspiran por el puerto después de desesperada lucha porque son hermosos los encantos de la tierra firme, donde la brisa suavemente mueve las doradas espigas y se ve embriagada por la esencia de las bellas flores.

También el alma suspira el puerto de la eterna dicha, donde brilla un sol que jamás se oculta entre las nubes, donde beberá las aguas que no se enturbian, donde encontrará la misma felicidad. Esta se persigue siempre por el hombre, pero la busca siempre por el camino del placer que da el dolor y la más triste esclavitud.

Sólo el sacrificio produce el fuego del amor que calienta los helados corazones y hace valerosos para luchar en la borrascosa noche del peligro y la tentación. Si existen escollos, si amenaza el abismo, si reinan las densas tinieblas, si vemos que está próxima a zozobrar la nave de nuestra alma, no perdamos la serenidad, alcemos la vista al cielo y se disiparán nuestras dudas, se fortalecerá nuestro afligido pecho y, calmándose las encrespadas olas, cesando terribles vientos y amaneciendo un claro día, llegaremos al puerto de la dicha y del bien, como llega el marino después de esforzada lucha si no perdió el luminoso faro de la esperanza.

LCD. JUAN CUEVAS ROMERO.

Capellán 1.º del Ejército.

# SONETOS

## I

Pronto, al vapor, volando, camarero:  
Chuletas de ternera a la parrilla,  
Y un tonel de Jerez o de Montilla,  
Que son siempre los vinos que prefiero.

Añade un plato de merluza o mero,  
Un barril de aceitunas de Sevilla,  
Y, si te place, alguna otra cosilla  
Arreglada y servida con esmero.

El agua en copa de cristal luciente,  
El comedor habitación secreta  
De tibia luz y perfumado ambiente.

(Tú dirás lo que quieres, Enriqueta)  
Mi buena taza de café caliente  
Y el consabido habano de a peseta

## II

Un pedazo de carne imperceptible,  
Cocida como en agua destilada,  
Piadosa y sabiamente preparada  
Con arroz de dureza indiscutible.

Un átomo de queso indivisible,  
Y, para fin de fiesta, una ensalada  
De escarola, marchita y trasnochada,  
Para el mejor estómago imposible.

Terminado este almuerzo tan sencillo,  
Pensando en los más altos ideales  
Y encendiendo un ridículo pitillo,

Olvida Juan su falta de metales,  
Mientras discute, acaso con un pillo,  
Problemas filosófico-sociales.

## III

Son las diez de la noche. En este instante  
Gil, protegido por la sombra oscura,  
Montado en inferior cabalgadura,  
Parecida, en lo flaca, a Rocinante,

Abandona su pueblo tan campante,  
Su cigarrillo de papel apura,  
Busca estrecho camino de herradura  
Y marcha por el mismo hacia adelante.

Sin importarle la moral tres higas,  
Ni salir de su trote moderado,  
Se alejó sin pasar grandes fatigas.

Detúvose por fin en un sembrado,  
Donde su yegua se atracó de espigas  
Y á su casa volvió, sin ser notado.

#### IV

Infantil impaciencia le devora:  
Va a realizarse su constante anhelo;  
Mañana irá de pesca el pequeñuelo  
Y se duerme soñando con la aurora.

Por fin el horizonte se colora;  
Se dirige a la margen del riachuelo;  
Preparada la caña, echa el anzuelo,  
Y allí pasa feliz hora tras hora.

Mas cuando el sol poniente descendía  
De la sierra tras áspero picacho,  
Que un fantasma a lo lejos parecía,

Regresa con dolor. ¡Pobre muchacho!  
¡Después de estar pescando todo el día  
No lleva un solo pez en el cenacho!

PEDRO DE LARA.

## Fuente escondida

No soy conquistador: nunca he querido  
por la fuerza llegar á sangre y fuego  
lo que no se me ha dado por ruego,  
para mi amor como imposible ha sido

Humilde, temeroso, agradecido,  
á la mujer mi corazón entrego,  
y por el sol de su hermosura ciego,  
mudo la adoro, extático y rendido

Yo busco una mujer que ame callada;  
una pasión oculta y escondida  
que esté para los hombres ignorada

Y silenciosa, igual, mansa y segida,  
correrá con mi sangre entremezclada  
y con mi sangre me dará la vida.

BENIGNO INIGUEZ.

# AMOR EN DULCE

(Sainete en un acto y en prosa)

Interior de una confitería. Al foro, puerta de cristales con un timbre que sonará mucho al abrir. A la izquierda de esta puerta, un escaparate grande, a través del cual ha de verse la gente que pasa por la calle. Perpendicular a las baterías, el mostrador lleno de bandejas con dulces y abierto por delante para dar juego al actor. Lateral izquierda y detrás del mostrador, anaquelaría con frascos, alcartaces, cajas, etc.; primer término, una puerta. Lateral derecha, tres veladores con tableros de mármol blanco; en las paredes, cromos anunciadores de vinos, licores, galletas, colocados a capricho. Sillas alrededor de los veladores. La acción por la mañana, en un barrio bajo de Madrid.

## ESCENA I

LISARDO, detrás del mostrador, lee con ridículo énfasis un tomito de poesías.

LISARDO. Y en tanto que se anega  
mi corazón en la vibrante onda  
de tu voz, Licia llega  
a la florida vega,  
cabe la verde fronda,  
donde canta la alomdra  
y donde nuestro amor dulce

(En el colmo del entusiasmo, pone un dedo sobre el confite y se lo chupa.)  
sosiega.

PAQUITA. (Dentro.) ¡Lisardo! .. ¡Lisardo!... ¡Que se quemán las  
*duquesas!*

LISAR. Aún hay clases. Distingamos. No se enfadarán las  
*duquesas* si esta vez opto por las musas, frágiles  
también como buenas hembras. (Pausa.) ¡Uff! La poe-  
sía épica me huele a cuartel, la bucólica a mejorana,  
tomillos y mastranzos. (Aspira con fuerza y lee.)

Deslízate gallarda  
cual grácil avutarda  
entre rubios trigales,  
que mi pecho te aguarda  
sintiendo en tal espera

(Coge una pera escarchada y la muerde.)  
ansias mortales.

PAQUI. (Dentro.) ¡Pero, no vienes, muchacho!

LISAR. ¡Voy! ¡Voy! Ahora sí que huele a chamusquina.  
(Pone en el libro, como registro, un bizcocho de los llamados de  
soletilla y abandona el mostrador en el momento en que el PA-  
RROQUIANO abre la puerta del foro.)

## ESCENA II

LISARDO, el PARROQUIANO. Después PAQUITA.

UNA VOZ. (Dentro.) ¡Oiga!... ¡Caballero!... ¡Aquí!... En la ventana del segundo. (El PARROQUIANO se detiene.) ¿Quiere usted hacer el favor de darme un calcetín?

LISAR. ¡La vecinita!... ¡Qué timbre tan armonioso! (No deja de sonar el de la puerta.)

PARRO. (Mirándose a los pies.) ¿Cuál?

VOZ. Un calcetín que se me ha caído a la calle.

LISAR. (Trata de salir.) Permítame usted...

PARRO. (Estorbándole.) ¡No faltaba más!

LISAR. (Porfiando.) Es que...

PARRO. Le digo a usted que no.

LISAR. Y yo a usted que sí.

PARRO. (A la vecina.) Voy enseguida.

LISAR. (Aparte.) ¡A que pierdo la ocasión!

PAQUI. (Lateral izquierda, con la batea de *duquesas*.) ¿Te has vuelto loco, Lisardo?

LISAR. (Contrariado.) ¡No lo dije! ¡Qué oportunidad! (Sale el PARROQUIANO.)

PAQUI. Si no es por mí, se achicharran. Estaba el horno..

LISAR. Sí, sí; para bollos.

PAQUI. (Por el PARROQUIANO.) ¿Lleva algo?

LISAR. Sí, señora. Mi corazón que con él vuela al cálido nido en que ha de entregar una prenda *pedestre*.

PAQUI. ¿Conque vuela, eh? Pues córtale las alas. (Ríe.)

LISAR. ¡Ay, doña Paquita! Yo no he nacido para esto. Créalo usted. El mundo es conmigo hartito tirano. Goethe quiso ser mono, según sus versos..

PAQUI. ¡Vaya un capricho!

LISAR. Yo exclamaría, parafraseándole: ¡Ay, doña Paquita, quién fuera calcetín! (Márchase Paquita lateral izquierda, riendo á carcajadas.)

## ESCENA III

LISARDO, solo.

(Pensativo.) ¡Se ríe! La verdad es que no sé cómo se dice calcetín en lenguaje poético. Tal vez no lo usen los poetas, que a muchos ví sin cosas más precisas... (Coge el libro y, al tiempo que lo hojea, va colocando los dulces) Homero.. Yemas de coco... Virgilio... Yemas de huevo.. Plauto y Terencio... Bartolillos... Juvenal... Crema de batata... (Pasa con rapidez algunas hojas del libro.) Rubén Darío, Santos Chocano... Idem, idem a la

vainilla... ¡Ajajá! Todo en su sitio. El orden y la simetría, son dos elementos estéticos, *sine que non*.  
(Lee.)

Si en tu tez nacarina  
la gama purpurina  
del rubor imprimiera sus matices,  
Licia no te deslices  
por los rubios trigales  
y huye de los pecados capitales.

(Suelta el libro, siempre con el registro del bizcocho.) ¡Qué sencillez! ¡Qué delicadeza! ¡Qué ternura! . . . Y ¡qué fresco fué el prójimo ese! (Mirando por el escaparate.) La vecina se retiró del balcón. Ahora estarán cambiando palabras insinuantes. Porque ¿quién no se insinúa con una beldad de tal calibre? (Suspira.)

¡Flébil suspiro!

¡*Precordial* congoja!...

Apostaría algo, una *media noche* ;que es apostar!á que pierde el tiempo. (Pausa.) Las mujeres gustan de las bellas imágenes; su fantasía se exalta oyéndonos hablar en metáfora, metonimia ó sinécdoque y, al fin, se rinden a la embriaguez de tan suave música. A mí sólo una me falló: la Simeona, que me dijo que todo era música... ¡música celestial!

A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ.

---

---

## ITALIA

---

### LA TUMBA DE SÉNECA

Al ir por la Vía Apía, necrópolis austera,  
junto á ruinoso túmulo respiró el viejo aroma  
del alma de un filósofo que orgullo fué de Roma  
y viú, en mi alegre patria, la luz por vez primera.

El dió el más recto cánon de la virtud severa  
que triunfa de los males y las pasiones doma,  
calzó el coturno trágico y en el latino idioma  
sembró flores retóricas de pompa duradera.

Bajaba hasta sus labios, frente de ciencia y vida,  
con la doctrina estóica del cristianismo el estro  
y amamantó en sus máximas al César parricida;

más éste que en el crimen hallaba un goce extraño,  
harto de las censuras de su inmortal mastro  
las venas le hizo abrirse dentro de un tibio baño.

## LA CASA DE LA FORNARINA

Aún se alza en el Tastévere la vieja y pobre casa  
que un arco entre columnas, dístinguela por fuera,  
y en donde al pié del horno, llegando placentera,  
trocó la Fornarina su peche en dulce brasa.

En ella, todavía, dorado pan se amasa,  
y al encontralo todo, cual antes, se creyera  
que va á salir de pronto la hermosa panadera  
á ver si su divino pintor por allí pasa.

¿Qué jués podrá acusarte, fatal trasteverina,  
porque en tu seao espléndido Rafael su mustia frente  
dobló, cual flor que, apenas abierta, el sol calcina?

De tí copió sus vírgenes: cuanto mejor le amastes,  
cogió mayores lauros, y cuando en un ardiente  
boso te dió la vida tú lo inmortalizaste.

G. BELMONTE MÜLLER.

---

## R I M A

---

Adiós te dije al estrachar tu mano,  
y faltóme valor para mirarte:  
si tus ojos se cruzan con los míos,  
¡cómo de tí alejarse!

La tristeza de mi alma parecía  
que impregnaba el ambiente de la tarde,  
lluviosa tarde en que arrastraba el viento  
las hojas otoñales.

Lejos de tí la realidad contemplo,  
belleza sin igual, visión distante.  
¡Og brisa leve henchida de venturas  
y sueños inefables,  
pasa á mi lado como aquellos días  
en que de amor y aromas me inundastes!  
Cuantos recuerdos mi memoria guarda  
serán inolvidables.

¿Qué importa la distancia á que vivimos  
si á tu lado me encuentro en todo instante  
porque pasó mi espíritu su vuelo  
en tus risueños lares?

VICENTE ORTIZ BELMONTE.

## DE LA ESPAÑA CABALLERESCA

## El Castellano de Anzur

## I

Era D. Nuño Pérez de Herrasti caballero de noble ascendencia y bizarro porte a quien las escarchas de un invierno, quizá prematuro, habían comenzado a blanquear los cabellos y cuya figura, más que humana era parecida, por su gallardía, a una de esas estatuas de guerreros antiquísimos que, entre ruínas y escombros, aún nos miran con orgullo y nos hablan de hazañas.

Tenía este caballero una hija, hermosa como la primavera de los valles andaluces y pura como el cristal de sus fuentes tranquilas.

Sus cabellos eran negros como una noche de dolor y sus ojos reflejaban el ardiente sol del Desierto.

Las blancas rosas de los campos andaluces sentíanse humilladas ante la nieve de su garganta, y los lirios, estremecidos de placer, sonreían al contacto de sus manos, imaginándose los halagos de las azucenas.

Llamábase María, y nunca mancebo alguno pudo envenecerse de haber atraído una mirada de sus hermosos ojos ni una sonrisa de sus labios de color de rosa.

El Castillo de Anzur, que allá en campos andaluces se levantaba, había cobijado su primer aliento poco antes que su madre, al entregarla al mundo, dejase en él su último suspiro, y allí creció, rodeada de espadas y escudos y soldados, entre las consejos de sus dueñas y los afanes guerreros de su padre, encaminados estos contra la morisma que por aquella sazón sólo su esforzado brazo contenía.

## II

Sobre el alféizar de uno de los ventanales que los recios paredones del Castillo presentaban, hallábase una tarde María indolentemente recostada, hendiendo con su mirada el horizonte como dos cuerpos igualmente hermosos que se funden y se aman.

Plácidamente llevaba la vista de los valles a los cerros; del débil anaranjado del cielo que por Occidente aparecía al azul purísimo que aquellos valles tachonaban, y luego fijaba la vista en la corriente de plata del río que de lejos se veía, senda cristalina que iba su mirar recorriendo.

Mas precisamente por el sitio en que su vista quedó, destacóse de improviso la figura de un jinete, al tiempo mismo que el cendal blanquísimo de aquéllas aguas cortábase en ese punto con la sombra de un hombre que con su caballo a nado lo atravesara.

Y acercóse aún más al Castillo.

Era un gallardo y juvenil caballero, de tez morena y facciones fuertes que, bizarramente montado en un hermoso alazán, lucía el traje pintoresco de los nobles de Castilla.

Negros y ragados eran sus grandes ojos, que fueron a dar con el ventanal aquel en que la castellana se asomaba, y pudo verse cómo el rostro de azucena de María se transformaba en coloreada aurora de Mayo, y el mirar indolente del mozo cambiábase en relámpagos de amor, que sus ojos despedían.

Fuera inútil preguntar el por qué de ambas cosas.

Viéralos el más miope al poco rato, suplicante él, lanzando desde su corcel palabras dulcísimas de enamorado; trémula y agitada ella, diciendo un no con su boca que su corazón y su cara desmentían.

Dulcemente preguntole María su nombre: ¿Vos sois —le dijo— caballero de nuestro cristiano Rey D. Alfonso?

Y el hombre aquel, que tan galanamente antes hablara, bajó de repente la vista, no queriéndose dar cuenta, seguramente, de la ola de tristeza que su rostro invadía.

Hasta mañana —dijo— y, saludando cortesmente, alejose con presteza, viéndose sólo desde el Castillo, al poco rato, la blanquecina estela de polvo que iba el jinete levantando.

### III

Rodeada de una corte de flores, que en los jardines de Anzúr fueran siempre frescas y abundosas, hallábase la gentil castellana, al declinar de una tarde de Otoño, tranquilamente sentada, abstraída quizá en esos sutiles misterios de la Naturaleza que la soledad y los campos nos descubren a veces y que, a quien cavila en ellos amparado, antójasele siempre relacionados con lo que a sus pensamientos embarga.

Calladamente iba observando el acariciador azote de brisa sobre las flores, el dulce beso que los altivos tulipanes, agitados por el viento, imprimían a sus vecinas, unas frescas rosas, gentiles como las del Hirán que poco a poco iban abriendo sus corolas hasta mostrar por completo sus hojas lindísimas y encarnadas.

Y veía cómo en la Naturaleza es Amor el que todo lo preside, el que a todas partes llega, el que mueve por si solo el complicado mecanismo del vivir...

Vió en si misma su anhelo, notó sobre si sus alas purísimas e inmaculadas, sintió en sus mejillas el extraordinario ardor de su fuerza y en su corazón la más concluyente prueba de su existencia...

María soñaba. Yacía abstraída, en ese estado psicológico en que, siendo grande y fuerte la vida del espíritu, aparece como dominada por la materia, aparentemente decaída

Pero una mágica voz la despertó, y púsose inmediatamente en pié. ¡Ya no soñaba! ¡Allí estaba él... si, no era ilusión! Llegábale la Felicidad desde los ojos del caballero que fascinado, la contemplaba descubierto, arrodillado a sus pies...

Mas de pronto, el hombre aquel irgiose altivo y orgulloso y arrojando la recamada capa que le envolvía, mostrose a la castellana con su hermoso jaique blanco, de terciopelo riquísimo, su cimitarra de oro y esmeraldas ; lució la dorada media luna que en su turbante llevaba...

¡Todo mi corazón, toda mi alma, oh hurí la más peregrina del Universo, es lo que, a tus pies postrado, tienes bajo este noble traje! De Castilla me vistieron para espiarla, pero la Verdad me envuelve hoy para quereros. Yo os amo, yo os adoraba ya cuando sólo os había visto en mis delirios como una esperanza, como una ilusión Si vos me queréis, con la fuerza que esa mirada me promete, venid y ese hermoso corcél que nos aguarda hendirá los aires con la más preciosa carga que pudieron soñar los querubes. .

¡Oh, nunca, nunca! interrumpió la doncella, levantándose y pugnando por desasirse de aquellas manos que tan fuertemente la aprisionaban. ¡Por favor, idos! Ya que abismo tan hondo nos separa, no cometáis la torpeza de estar más tiempo aquí, donde pudiera mi padre veros y suceder lo que temo...

#### IV

Y así fué. Don Nuño extrañado de la ausencia de María, salió en su busca alrededor del Castillo, creyéndola, tal vez, atareada, como otras veces, en el cuidado de sus flores, de las que a su regreso llevábale preciosos ramos combinados por ella.

Mas no eran flores de la Naturaleza las que María aquella tarde hacinaba; eran flores del corazón, besos purísimos de enamorado que la doncella recibía en sus manos a cambio de sus sonrisas expresivas de amor. .

El Castellano, rojo de cólera al divisar la amorosa pareja en una de las calles del jardín, sintió correr por sus venas toda la sangre guerrera de sus antepasados y, arrojándose rápidamente sobre los enamorados juró, espada en mano, dar cumplida venganza a su agravio, castigando a la hija en proporción a la gra-

ve falta cometida y retando al moro a mortal combate o a elegir la más oscura prisión en los sótanos del Castillo.

María, repuesta de la gran impresión recibida, miraba estremecida al mozo, cuando este, instintivamente, apostábase a su defensa y, abrazada a los pies de su padre, levantó agradecida sus ojos al cielo cuando vió al amante despreciar sus armas y entregarse prisionero del caballero Don Nuño.

La Luna tuvo aquella noche dos confidentes que le contaban sus penas

Era una María Pérez de Herrasti, castellana de Anzur, reclusa por orden de su padre en la capilla del Castillo.

Era el otro el Príncipe Alhamar, hijo de Almenón, el Rey de los cien mil soldados, palacios de cristal y huríes del Paraíso...

V

Fueron escasos en verdad los días transcurridos hasta que en la corte de Almenón tuvieron noticias de la prisión de Alhamar.

El príncipe, que era el ídolo del pueblo, creyose por todos sujeto a los mas horrendos y espantosos martirios y. mientras lucida embajada iba a Anzur en demanda inmediata de su libertad, con más la reparación debida al ultraje inferido a la realeza mora, las gentes todas apresuráronse a recibirloes pléndidamente para demostrarle sus simpatías.

Pero estos proyectos duraron bien poco. La hidalga altivez castellana hizo esclamar a Don Nuño ante los embajadores: «Volved y decid a vuestro Rey que la justicia castellana no desata a los criminales mientras no purguen su delito Empero, si vuestro señor no se contenta, añadidle de mi parte que, si la más grave ofensa que pudiera recibir un cristiano es la torpe mirada de un moro seduciendo a su hija, nunca más honrado estuvo vuestro Príncipe que en la más sucia prisión de mi Castillo »

Una noche, días siguientes, turbóse la calma de aquellos valles y vióse dominada la oscuridad con inmensas hogueras que los hijos de Mahoma formaron en los campos. Don Nuño, percatado con anticipación, había pedido refuerzos bélicos a Castillos inmediatos que prontos a prestárselos, fueron impotentes para contener el brioso empuje de la morisma que, arrasando o destruyendo, había casi acorralado a las tropas castellanas en los alrededores del Castillo.

Y ni el prodigioso valor del Castellano, ni la intrepidez temeraria de sus valientes, pudieron alejar a aquellas fieras que, antes bien, en nuevo ataque llegaron hasta las murallas de la fortaleza que principiaron a escalar.

Y Don Nuño, siempre arrogante, ergido como petrificado, hacía titánicos esfuerzos por multiplicar la defensa con la merma hueste que le quedaba, viendo sobre sí toda la horrible realidad de una profanación de su hogar, de su hija, de su honra..

Amanecía. La Aurora oteaba los campos allá desde el inmenso balcón por donde asomaba, iluminando pálidamente aquella espantosa matanza, y hasta el céfiro matutino, tranquilo siempre y siempre evocador de bellas esperanzas y apacibles ensueños alimentaba ahora miles de destructoras hogueras que comenzaban a incendiar aquellos muros.

El orgulloso Castellano subiose a la terraza mas alta de su fortaleza y mandando traer a su hija, asomóla ante aquel horrible espectáculo. «Hija desgraciada—díjole—mira lo que has hecho. Yo te perdono, pero sabe que tu padre siempre es fuerte para impedir que esos perros profanen su honra», y empuñando en su diestra afilado puñal que sacó de su cinto, dirigiólo al corazón de la joven que, abrazada a su padre, inclinóse para recibir el golpe.

Pero el brazo del noble caballero se detuvo. Una férrea mano paró toda su fuerza y una potente voz oyóse por aquellos ámbitos pregonando, imperiosamente, una orden:

«En nombre de Alá y de mi padre, vuestro Rey Almenón, yo os mando que os retiréis, ejércitos del Sultán».

Y el Príncipe, que él era, porque de donde estaba logró escaparse, vovióse a Don Nuño, que atónito contemplaba. «Matadme a mí si queréis —dijo—pero no quitéis del mundo a esa perla, más hermosa que el sol.»

Fueron aquellos instantes hondamente trágicos.

Los primeros dorados rayos del sol que comenzaba a aparecer herían los contornos de aquel interesante grupo que en la más alta terraza del Castillo pareció por un momento bella composición simbólica.

Era una mujer hermosa, de largos cabellos negros, ondeados por el viento, que, abrazada a su padre, pintaba bellamente el dolor...

Un mozo, gallardo y atrevido, que, arrogantemente, aguardaba la muerte, sereno, aún con la sonrisa del amor..

Un guerrero que, enhiesto, rígido, calada la celada y con su diestra en alto fulgurando exterminio, modera en un momento su continente y, sintiéndose hombre y arrojando su plumado casco y guerreros atavios, transforma la muerte en vida, hace del puñal una cruz y con ella en la mano bendice a los amantes...

Aquel día los dos enamorados conocieron la Felicidad y el valeroso Don Nuño Pérez de Herrasti venció noblemente en la más noble guerra de su vida.

## EL TOQUE DE ALBA

¿No has sentido en las horas  
de la noche callada,  
sonar muy lentamente  
las tétricas campanas,  
que con sonos dolientes y apagados  
nos anuncian el alba?

Es su sonar tan triste,  
para el mortal que vela entre las ansias  
de sueños misteriosos,  
de tétricas nostalgias,  
para el cansado enfermo  
que desvelado en su dolencia larga  
contando va las horas  
que ruedan por la estancia  
y ansía ver la luz vivificante  
de la alegre mañana;  
es tan triste el sonido  
fatal de esas campanas,  
que tráenle a la memoria  
recuerdos de otra vida no alcanzada.

Cuando en mi lecho y en la noche oscura  
siento el toque de alba  
y los ojos elevo blandamente  
al techo de la estancia,  
siento una voz que sale  
del fondo de mi alma  
y me dice al oído,  
con misterio ignorado, estas palabras:

Débil mortal que sueñas,  
despierta de tu sueño...  
Soy la voz de ese mundo misterioso  
que llaman cementerio;  
de ese alcázar humilde, donde duermen  
aquellos que vivieron  
a tu lado en el mundo de los vivos  
y con dolor se fueron...  
No los olvides nunca  
y reza con piedad siempre por ellos...

Reza, alma mía, reza  
cuando del alba sientas el concierto,  
que ese toque es la voz del mundo ignoto

donde viven los muertos.  
Despierta cuando escuches las campanas,  
que es la hora elegida de ser buenos;  
redime tus pecados  
y pide por los idos: — Padre nuestro,  
protege a los mortales,  
tú que estás en el cielo...  
Señor, santificado,  
vela siempre por ellos.  
Sea el tu nombre bendito,  
venga a nos la piedad desde tu reino ..  
Sea tu voluntad  
en la tierra también como en el cielo...

Reza, alma mía, reza  
cuando del alba sientas el concierto,  
que ese toque es la voz del mundo ignoto  
donde viven los muertos ..  
Despierta cuando escuches las campanas,  
que es la hora elegida de ser buenos,  
redime tus pecados  
y pide por los idos... Padre nuestro ..

ANTONIO MORILLA DE LA TORRE.

---

## RIMA

---

Vendrá tu corazón como el rocío  
de la noche serena, como el vuelo  
fragante de las flores, como río  
en donde posa su mirada el cielo.

Es tu recuerdo cual jardín umbrío,  
en el que día y noche por tí velo.  
Tiene mi corazón el desconsuelo  
de algo que es tuyo y a la par es mío.

Vendrá tu corazón lleno en la brisa  
de esta noche sublime. Lejos queda,  
bajo el cielo fantástico, tu sombra.

Llega tu corazón. Es la sonrisa  
que baja con la luna a la arboleda  
en donde el beso de su luz te nombra.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.

# ADVERTENCIAS

## PARA MIS HIJOS Y MIS NIETOS

Mucho, aunque malo, he escrito para los extraños. El escrito de hoy, lo dedico a vosotros, mis hijos y mis nietos; este lo haré a imitación de aquellos mis maestros que me inspiraron, con sus máximas y pensamientos; mejoradlos si podéis y recordad la bondad de ellos, grabándola en vuestro corazón para practicarla durante toda la vida.

Si la vida del hombre empazase en la ancianidad y las prácticas que de viejos conocemos las tuviéramos al nacer impresas en nuestros sentimientos, con conocimiento exacto para usarlas ¡cuánto mal podríamos evitar, y cuánto bien hacer, en provecho de los demás y de nosotros mismos!

Una de las ideas más firmes de mi vida ha sido siempre la de la caridad; amor constante que me ha hecho pensar en dos términos diametralmente opuestos, que hubiese querido fundir en uno solo: en los pobres y en los poderosos. En los primeros por sus sufrimientos, y en los segundos por lo mucho que dejan de hacer para remediar a aquellos.

Huid hijos míos, de toda asociación que no tenga por objeto el bien de sus asociados, relacionado con el de los que no lo sean, y que tienda a favorecer la molicie y la vagancia, conductores seguros de la maldad y el vicio.

Desconfiad siempre de aquellos que se creen que el dinero lo hace todo; generalmente; los que así piensan pueden también ser capaces de cometer acciones vituperables por conseguirlo.

Sed indulgentes con las faltas de los demás, teniendo presente que no hay falta que el hombre no pueda cometer, colocado en las circunstancias de aquel que las cometió.

Estudiad mucho para saber algo, y no os engriais jamás de lo poco que sepáis; mientras el hombre es más sabio, es más humilde; mientras más necio, más petulante.

Sed cautos en el hablar. El que mucho habla sin saber y con su palabrería quiere demostrar conocimientos que no tiene, es mal calificado por aquellos que, con sereno juicio, aprecian aquellas necesidades.

No discutáis jamás con insistencia ni acaloramiento. Ni el mucho hablar ni el hablar alto persuaden de la razón al que con ella o sin ella discute las razones de los demás.

No seais rencorosos. El rencor es producto de la ira y la so-

berbia, y demuestra la pequeñez de aquellos que lo sienten. Es un pecado capital que, perturbando los sentidos, empuja al hombre a todo mal, separándolo de todo bien.

Perdonad siempre a los soberbios y rencorosos, cuidando de no contagiarnos con estas faltas, que demuestran por sí solas la incultura del que las comete.

Trabajad para vivir; seguramente que si el hombre tuviese tanto afán por el trabajo como en general tiene por el dinero, sería todo lo feliz que desear pudiera, pues siempre tendría campo donde satisfacer sus buenos deseos.

Procurad no tener deudas; generalmente los que las tienen se hacen inferiores a sus acreedores, por insignificantes o humildes que estos sean.

Si algún día os creéis desgraciados, investigar la vida de aquellos que conozcáis, y veréis cuántos hay entre ellos que os superan en desgracia.

Si tenéis hijos, criadlos en el temor de Dios y en el amor a sus semejantes; procurad que de pequeños os teman, de mayores os amen y que en toda su vida os respeten. Sed en práctica sus maestros y haced que siempre os quieran como padres y os consideren como amigos.

Aconsejadles siempre el bien con las prácticas de vuestros actos. Es tan fácil transmitir el bien con el «haced lo que yo hago» como difícil con el «haced lo que yo os digo».

Amad a Dios, creed y esperad en El, y jamás estaréis solos ni desvalidos. ¡Desgraciado del que pierde la esperanza en Dios, cuyo bendito ideal fortalece al hombre hasta en la hora de su muerte!

Procurad ser útiles, por vuestro bien y el de la humanidad.

No olvidad que no hay derechos sin deberes, así como que hay que amar para ser amados

En fin, observad siempre este mandamiento eterno: «Ama al prójimo como a tí mismo, y no quieras para los demás lo que no quisieras para tí».

HILARIO J. SOLANO.

---

## CONSOLATRIX AFFLICTORUM

---

No es eterno el dolor:  
lo funde al cabo, en el crisol del tiempo,  
la llama del amor.

ANGEL AVILÉS.

## Al toque de Alba

La campana del alba  
que lenta suena  
me anuncia nuevo día  
de amarga pena,  
y sus sonidos  
me parecen del alma  
hondos gemidos.

Dejan tan tristes ecos  
sus campanadas  
que de lágrimas lleno  
mis almohadas,  
pues si dormida  
los halagos del sueño  
me daban vida,  
porque soñaba un cielo  
de bendiciones,  
al despertar veo el mundo  
de las pasiones.

¡Oh, amarga suerte,  
que soñar es la vida,  
vivir la muerte!

ROSARIO VÁZQUEZ,  
Viuda de Alfaro.

## PASATIEMPOS

Entre las propiedades que el 9 tiene en nuestra numeración, hay una muy a propósito para servir de solaz y esparcimiento en los ratos de recreo.

Por medio de ella, si en un número de varias cifras se tacha una cualquiera de ellas, puede determinar la cifra tachada quien no conozca dicho número, sólo con saber que es múltiplo de 9 y conocer la suma del valor absoluto de los demás cifras de que consta.

Esta propiedad se funda en el siguiente principio:

*La diferencia de dos números que constan de las mismas cifras en orden inverso, es múltiplo de 9.*

En efecto: sean, por ejemplo, los números 85.243 y 34.258.

Las cifras 8-5-4 y 3 del primero, han cambiado de valor al hacer la inversión en el segundo, disminuyendo las dos prime-

ras y aumentando las dos restantes; o bien, el 8 vale 80.000 en el primero y 8 en el segundo y ha perdido  $80.000 - 8 = 79.992$ ; el 5 vale en aquel 5.000 y en éste 50 y ha perdido  $5.000 - 50 = 4.950$ . La disminución de ambas cifras suma  $79.992 + 4.950 = 84.942$

El 4 vale en el primer número 40, en el segundo 4.000 y ha aumentado  $4.000 - 40 = 3.960$ ; el 3 en aquel vale 3, en éste 30.000 y aumenta  $30.000 - 3 = 29.997$ . El aumento de estas dos cifras suma  $3.960 + 29.997 = 33.957$ .

La diferencia entre la disminución y el aumento sufrido por las cifras al invertir su orden de colocación es  $84.942 - 33.957 = 50.985$ .

Esta diferencia también es naturalmente igual a la de los números propuestos, o sea  $85.243 - 34.258 = 50.985$ .

Se habrá observado que el aumento y la disminución de valor experimentado en cada cifra por la inversión, es múltiplo de 9, por lo que las sumas de estos valores de más o de menos así como la diferencia de estas sumas, es también múltiplo de 9.

Luego, si en un número que tiene la cualidad de ser múltiplo de 9 se tacha una de sus cifras (no siendo 9 ni cero), la suma del valor absoluto de las cifras restantes se diferenciará del múltiplo de 9 inmediato superior a dicha suma, en la cifra tachada.

Así, pues, si en el número 50.985, diferencia de los dos propuestos, se tacha uno de los cinco, los demás suman en su valor absoluto 22, al que le faltan 5 para 27 que es el múltiplo de 9 inmediato superior; si se tacha el 8, la suma de las demás es 19, que tiene 8 menos de este múltiplo. En el caso de que la cifra tachada sea cero o 9, como la suma de las demás en su valor absoluto sigue siendo múltiplo de 9, se rectifica rápidamente el error si no se dijo la precisa.

Por consiguiente, este entretenimiento se puede efectuar diciendo a quien no lo canozca: «Escriba usted un número con todas cuantas cifras quiera. Forme otro número con las mismas cifras del primero inversamente colocadas.—Reste usted esos dos números.—Tache usted una de las cifras del resultado.—¿Cuánto suman los demás en su valor absoluto?»

Si, no habiendo error, la suma pedida fuera, por ejemplo, 38, se manifestará, sin dilación que la cifra tachada es un 7, y esta precisión produce siempre buen efecto entre los circunstantes, contribuye a pasar un rato de apacible recreo, y proporcionarlo a los respetables lectores es el único objetivo de este modesto trabajo.

JOSÉ VENTURA FERNÁNDEZ.

## A LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, PATRONA DE FUENTE PALMERA

Encantadora María,  
bello ángel de este suelo,  
gloria y júbilo del cielo,  
del universo alegría;  
acoge, pues, la poesía  
de un hijo que te venera,  
y con una fé sincera  
te repite a cada instante:  
Virgen Pura, mira amante  
al pueblo Fuente Palmera.

De las manos del Señor  
la más perfecta criatura;  
siempre bella, siempre pura  
como el cáliz de la flor;  
el hombre te dió su amor  
y toda su vida entera  
al ver la gracia hechicera  
de tu divino semblante;  
Virgen Pura, mira amante  
al pueblo Fuente Palmera.

El mundo te conoció  
por la bella Nazarena  
y por la blanca azucena  
del campo de Jericó;  
y cuando Dios te crió  
lo hizo de tal manera  
que El mismo se complaciera  
de tu belleza radiante;  
Virgen Pura, mira amante  
al pueblo Fuente Palmera.

Eres hermosa María,  
eres tú mi dulce encanto;  
por eso yo te amo tanto  
y te quiero, Madre mía;  
ni el astro hermoso del día  
te puede igualar siquiera,  
cuando al partir su carrera  
se presenta tan brillante;  
Virgen Pura, mira amante  
al pueblo Fuente Palmera.

Yo te digo con fervor,  
concha de nácar preciosa,  
obra la más primorosa  
de las obras del Criador;  
más hermosa que la flor  
que en alegre primavera  
embalsama la pradera  
con su perfume fragante;  
Virgen Pura, mira amante  
al pueblo Fuente Palmera.

En tu rostro virginal  
todo lo bello se encierra;  
de polo a polo en la tierra  
no hay belleza más cabal;  
eres bella sin igual,  
y yo, Madre amada, diera  
mil vidas si las tuviera  
por contemplar tu semblante;  
Virgen Pura, mira amante  
al pueblo Fuente Palmera.

Por ser tan bella y tan santa  
y dar a Dios tus primicias  
en tí puso sus delicias  
la Trinidad Sacrosanta;  
y al hollar con noble planta  
a la diabólica fiera  
Dios te hizo medianera  
de la humanidad errante;  
Virgen Pura, mira amante  
al pueblo Fuente Palmera.

Yo te pido, Madre amada,  
con acento puro y tierno  
que me libre del infierno  
tu Pureza Inmaculada;  
si eres mi Madre adorada  
y de gracias tesorera  
dale a un alma pordiosera  
la gracia santificante;  
Virgen Pura, mira amante  
al pueblo Fuente Palmera.

Todos tus hijos queridos  
cifran en tí su esperanza,  
y tienen la confianza  
de que serán atendidos;

y todos ellos unidos  
 con caridad verdadera  
 hoy te suplican de vera  
 que camines tú delante;  
 Virgen Pura, mira amante  
 al pueblo Fuente Palmera.

Vuelve a nosotros tus ojos,  
 tiende tus manos divinas  
 a este desierto de espinas  
 y de punzantes abrojos;  
 y te pedimos de hinojos  
 que seas ya mensajera  
 de aquella paz verdadera  
 que goza el cielo triunfante;  
 Virgen Pura, mira amante  
 al pueblo Fuente Palmera.

Encucha, oh Madre piadosa,  
 que con acentos prolijos  
 te suplicamos tus hijos  
 tu protección generosa;  
 oye atenta y amorosa  
 la súplica lastimera  
 que en mi plegaria postrera  
 te digo con fé constante:  
 Virgen Pura, mira amante  
 al pueblo Fuente Palmera.

LAUREANO PÉREZ DAMIÁN.  
 Cura propio.

## SOMBRA S

Dicen que es imposible comprenderte  
 y que llegar a tí me es imposible,  
 pero siento una fuerza irresistible  
 que me arrastra a buscarte y a quererte.

Me abandono a los brazos de la suerte  
 esclavo de un amor, que es invencible,  
 pues solamente sé que no es posible  
 me resigne a olvidarte y a perderte.

Náufrago soy, que en la borrasca fiera  
 mira su pobre nave sumergida  
 y solo niebla y mar ve por doquiera.

Pero en estas borrascas de la vida,  
 nadie sabe la playa que le espera  
 o el golfo en que la muerte está escondida.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

## Séneca, el Trágico

Tengo ante la vista un pequeño volumen con algunas de las tragedias escogidas de Séneca. Confieso ingenuamente que no conocía bajo este aspecto al gran filósofo latino, lo cual sucederá, seguramente, a no pocos de los españoles y contados cordobeses que se preocupan por las grandes figuras de la antigüedad. De Séneca, y conste que hablo en sentido completamente general, han llegado hasta nosotros los episodios de su vida, unas cuantas traducciones de sus obras, más voceadas que leídas, y unas sencillas palabras que acompañaron al gesto soberano de su muerte digna de ser cantada por un poeta sin par. Si el autor del *Satiricón* murió como hombre de mundo endulzando su agonía con la embriaguez y la voluptuosidad, Séneca murió como hombre-cumbre o hombre-genio, rodeado de sus discípulos a los que prodigaba saludables máximas y consejos en los umbrales mismos del Misterio.

De su filosofía, de la escuela que hemos dado en llamar *senquista*, hoy tan en boga en las naciones que van a la cabeza de la cultura europea, sabemos que profesó el estoicismo, la moderación, el dejar hacer de la vida, sin oponer nuestras débiles fuerzas al designio inexcrutable de los seres y de las cosas. Es la vida un conjunto de fuerzas desordenadas que se entrecruzan, chocan y giran sobre ellas mismas produciendo esos accidentes fortuítos que se llaman placer, amor y dolor, y en este batallar desenfrenado, en este camino de vorágine, vemos pasar confundidos la virtud con el odio, la tiranía con la libertad y la honradez con el crimen. Mas ahondando en este desorden aparente de la vida como en los más absurdos fenómenos de la Naturaleza, hallamos un ritmo interior, una armonía eterna y única que rige las acciones más estupendas de la Humanidad y nuestros actos más fútiles. Y este es el estoicismo.

Podrán cambiarse las leyes naturales; podrá transtornarse el orden de las cosas; a la tiranía más irritante seguirá la civilización más esplendorosa; a un renacimiento una decadencia y sobre las ruinas de cada ciclo se destacará la figura de un estoico como demostración de armonía y serenidad.

\*  
\* \*

En lo que a Séneca se refiere ¿fué siempre la característica de su genio el estoicismo y la serenidad que predomina en sus obras filosóficas? Así como el más alto edificio tiene los cimien-

tos más sólidos, y el árbol más corpulento tiene mayor raigambre en la tierra, la obra más acabada tiene su período de gestación, de base, cuyo impulso inicial se va dibujando a través de tendencias y de formas, hasta cristalizar en la pauta definitiva. Para la generalidad culta, de las obras de Séneca, no debiera pasarse de las *Epístolas Morales*, o de *Consolatione a Helvia*, reputadas como las más culminantes del filósofo. Para nosotros, modestos comentaristas, que aspiramos a divulgar con la obra del genio la silueta del hombre para que aquel sea admirado en lo que tiene de más humano y comprensible, son mucho más interesantes sus *Tragedias* en el género dramático, o su *Apocoloquirtosis* en el género satírico.

La crítica moderna contemporánea, al juzgar las obras de los hombres más eminentes del siglo, y aun en más serios trabajos de investigación biográfica sobre las más grandes figuras retrospectivas, no desdeña, sino antes al contrario, utiliza como elemento principalísimo, los sucesos prósperos o adversos acaecidos al autor, el medio ambiente en que vivió y aun condiciones especiales de su vida física, para aquilatar los grados de sinceridad y de belleza de la obra crítica. Ahora bien, la complejión enferruzada de Séneca, su penosa marcha a Roma en la más tierna infancia, sus triunfos en el foro su elevación a Cónsul, sus inmensas riquezas y más tarde, caído en desgracia de los Césares, perseguido y proscrito, sus años de destierro y el renunciamiento a sus bienes en un gesto de sobria indiferencia que había de guardar hasta su muerte ¿dieron sólo por resultado esa obra amarga y serena que se titula *Las Epístolas*?

Ignoramos si las *Tragedias* fueron escritas con anterioridad a la obra citada. Como hace notar muy acertadamente su traductor Lasso de la Vega, adviértese en ellas la influencia casi decisiva de la tragedia helena. Griegos son los nombres de los personajes, la técnica, el coro, (que va poniendo un comentario a los incidentes más dramáticos de la acción), y a veces, hasta el asunto, es tomado directamente de las tragedias conocidas de Sófocles o Eurípides.

De las dos tragedias que contiene el volumen citado—Medea e Hipólito—la primera es la misma Medea que hallamos en las obras de Eurípides. Más fuerte, más varonil, la Medea de Séneca sólo dá salida en su pecho al odio y a la venganza. Casada con Jasón, recibe de este una declaración de divorcio y una orden de Creonte, rey de Feliás, para que abandone su morada. Jasón ha de casarse de nuevo con Glauca, hija de Creonte, y Medea medita la manera de deshacerse de su odiada rival. Todo el amor que tuviera por Jasón toda la ternura que sintiera por sus hijos, se trocan en un odio violento, en un deseo de ven-

ganza inextinguible hacia sus enemigos. Dotada de la doble personalidad de maga y hechicera invoca a Hecate y otras deidades del Averno, fabricando con su ayuda un collar y un vestido mágicos que ha de enviar como presentes a la nueva esposa de Jasón. Esta, confiada, pretende colocárselos y se consuma el maleficio pereciendo trágicamente rodeada de llamas, así como Creonte, su padre que acude a socorrerla.

Parecería lógico que al llegar aquí finalizara la tragedia, pero no sucede así en la obra de Séneca. Medea es la exaltación del odio y de las malas pasiones y para satisfacer su venganza, vulnera incluso las leyes naturales, olvidando el instinto de madre e ideando los crímenes más atroces. Muerta su rival, aun pretende acabar de destrozar el corazón de Jasón y llevando consigo los hijos que de él tuvo, degüéllalos en su presencia sin que Jasón pueda impedirlo, viendo este anodadado, desaparecer en los aires a Medea amparada en su estirpe divina.

No es más benévola la musa de Séneca con la mujer en su otra tragedia *Hipólito*.

Fedra, mujer de Theseo, se enamora locamente de su hijastro Hipólito, prendada de su gallardía y varonil atractivo. Este príncipe, que desde muy joven aborreció la corrupción cortesana, dedica por entero sus energías al sano ejercicio de la caza. Comprendiendo Fedra que su disimulada pasión no llegaría nunca a ser conocida por Hipólito, aprovechando la ausencia de Theseo va en busca de aquel y trata de persuadirle para que corresponda a sus incestuosos deseos. Rechazada duramente por el joven. Fedra jura tomar venganza de su desprecio y a la vuelta de Theseo dícele que su hijo Hipólito había querido atentar a su decoro.

Theseo envía un toro marino para que persiga el carro de Hipólito, que huye a través de los campos tratando de olvidar la injusticia de su madrastra, y al ser alcanzado por el monstruo cae despeñado y quedan sus miembros esparcidos por el campo. Al saber la muerte del príncipe, Fedra, arrepentida, confiesa la verdad a su esposo y tomando una espada se dá el castigo de su propia mano, cayendo exánime junto a los restos del joven.

Puestos a elegir entre estas dos obras, escogeríamos por más humana, más comprensiva y armoniosa la tragedia *Hipólito*, pero lo que a nuestro juicio está por encima de la técnica, y del valor más o menos representativo de las *Tragedias* de Séneca, es la robustez lírica, la profundida filosófica de sus versos que se remontan a las regiones de la videncia y su profecía con estrofas tan inspiradas como esta:

«Llegará un tiempo  
»en el camino que los siglos sigan  
»que el Océano extenderá del globo  
»el círculo, ofreciendo a la osadía  
»de los hombres, ignota, inmensa tierra.  
«Nuevos mundos la mar dilatadísima  
»llegará a revelarnos, y cual linde  
»del mundo, no será Thule ya vista».

O estos otros donde impone pautas morales, rebelándose contra la tiranía y el cesarismo de su tiempo:

### MEDEA

Si en este instante  
como juez hablas tú, fuerza es me oigas  
que en el juez es la calma indispensable,  
mas si es como tirano, tú no tienes  
poder para mandármelo, bastante.

### CREONTE

Las órdenes de un rey justas o injustas  
obedecer te toca.

### MEDEA

No es durable  
el poder que es tiránico.

.....  
El más magnífico y más grande,  
el mayor privilegio de los reyes,  
aquel que arrebatarse puede nadie,  
el de asistir al desgraciado, y luego  
seguro asilo al que lo pide, darle.

Adviértese en ambos el aliento poderoso de un gran poeta y la viril intuición de un pensador, que adivina en el correr de los siglos una sociedad más clemente para los oprimidos, y estas fases casi desconocidas, o al menos poco divulgadas del genio de Séneca, son las que nos proponíamos hacer resaltar en estas líneas.

R. FUENTES GÜEZ.

# CARIDAD

---

No hay sentimiento en el hombre más bello ni noble que el hermoso y sublime sentimiento de la Caridad; se destaca en él brillante y limpio, como se destaca y brilla el sol en el espacio; proporciona paz al alma, tranquilidad a la conciencia y bienestar al corazón; sed caritativos y veréis cómo siempre, con creces, obtenéis la recompensa.

Al aliviar las miserias, al socorrer al herido el corazón se ennoblece, y hasta el alma parece que se eleva; es como flor estimada, trasplantada por Dios desde los cielos al hombre para que éste se conduela de sus semejantes, les tienda su mano cariñosa y arranque de su alma lacerada sus penas y dolores.

■ No consiste solamente la Caridad, como muchos creen, en dar una limosna, haciendo ostentación y alarde de vanidad y riqueza: «perdonar al enemigo»; «consolar al desgraciado»: «hacer algo, en fin, que tienda al bien de nuestro prójimo, nos proporciona placer puro y santo, al par que nos une con lazos de amor y de gozo: es uno de los dones esenciales de la vida, pues sin ella ¡cuántos sucumbirían ante el peso abrumador de sus infortunios y desengaños. ! ¡Caridad, bendita seas!

CARLOS DE TORO.

---

# EL ALBA

---

El son de la campana invade lentamente las calles tortuosas de la ciudad moruna, mientras que el sol anuncia sus rayos por Oriente y se hunde en el Ocaso el disco de la luna.

Todo es quietud y calma en el jardín sombrío; la palmera no mueve sus brazos de gigante; como un rezo lejano llega la voz del río y surca las tinieblas un murciélago errante.

Hora de transiciones entre sueños y vidas, los sentidos despiertos, las pasiones rendidas; y entre la luz incierta que filtra mi ventana, desfila ante mis ojos la muda caravana ¡de mis amores vivos y mis amores muertos!

ANTONIO ARÉVALO.

## MADRIGAL

Tu boca es como el cáliz misterioso  
de la rosa más bella.  
Y pués Dios bondadoso  
ha puesto miel en ella,  
acércate a mi pecho triste y frío  
y despierta mi amor con ansia loca;  
que lo quiero, bien mío,  
¡consagrar en el cáliz de tu boca!

FRANCISCO ARÉVALO.

### DE LA VIDA CORDOBESA

## ACHARES

Desde la calle de Moriscos a la Piedra Escrita, hay buen trecho, que Rafael andúvose aquella tarde pausadamente. Una idea tenaz, la de los celos, ceñíasele a la imaginación. A veces, queriéndose sobreponer a sí mismo, recapacitaba friamente sobre el amor de aquella mujer, y un gran desaliento se apoderaba de su espíritu.

Un año hacía que conoció a la virgen gitana cuya belleza perseguíale hasta en sus sueños. Y él, que fué en su vida toda galán de partido, gran conquistador de mozas y promovedor de risas con sus donaires y requiebros, veía ahora cómo el cariño hacia la mujer, olvidadiza y altiva, se le había entrado en el corazón.

Y en verdad, tan bella era Dolores, como no hubiera otra en el típico barrio de Santa Marina. Sus ojos negros y rasgados, tenían una tan potente luminosidad en la mirada, que parecían hechos para dominar a los hombres. Este encanto de los ojos negros, avaloraba el conjunto de una cara morena que, circundada por el pelo cetrino, hacía recordar el divino rostro, lleno de pesar, que ostenta la Virgen de los Dolores.

Aquella tarde, ya medio oculto el sol tras la pesada mole de Santa Marina los chicuelos correteaban en sus juegos, gritando desaforadamente; en las puertas de las barberías—portalillos que resucitan el recuerdo de los antiguos fígaros flamencos y tañidores de vihuela—los parroquianos discutían sobre cuestiones taurinas, en tanto que, del interior de las tabernas, se percibían las notas sentimentales de la guitarra.

Llegó Rafael frente a la Piedra Escrita, cuando en el cielo, de un intenso azul purísimo, comenzaban a aparecer las estrellas. Allá arriba, tras de la alta reja típicamente andaluza, rematada por enmohecida cruz de hierro, airosa y radiante en su

hermosura, aparacía Dolores. Su semblante alegre y sus ojos burlones se posaban indiferentes sobre Rafael con una mueca de desdén, en tanto que éste, frente a la florecida reja, teatro un día de sus exaltados amores, sentía a la vista de la mujer amada un impulso vehemente de acercarse a ella, de arrollar el obstáculo de la mirada femenina que le paralizaba por completo y arrojarle a la cara, como en un insulto, toda la grandeza de su cariño y todos los recuerdos, perversos y femeninos, que anudaron el lazo de sus pasadas fiestas amorosas.

La hora era propicia. Sobre la calle de Dormitorio, un silencio místico parecía descender de la altura, cobijándose al amparo de los anchos aleros morunos; en la vecina parroquia, as campanas tocaban a oración, y algún sacerdote que acertaba a pasar en tan dulce hora, musitaba un rezo, destocada la cabeza.

Súbitamente y en medio del silencio, los acordes de una guitarra vibraron en la calle y una voz varonil, preñada de sentimientos, cruzó como un dardo tremante de emoción:

«En un cuartito los dos,  
veneno que tu me dieras,  
veneno tomara yo.»

Y al conjuro de la copla apasionada y ardiente, como hija de la imaginación andaluza, Rafael alzó la cabeza y miró fijamente los ojos de la virgen gitana, que relucían en la sombra como dos puñales. Fué una mirada en la que se resumían todas sus ambiciones; una mirada, por la que Rafael hacía suyo el espíritu amoroso que ardía como una hoguera en el cantar andaluz y, poseído de infinita pena, solicitaba compasión para el pobre peregrino de amor que vagaba errante, sin ver de nuevo reanudados sus ensueños.

Pero la mujer morena que, dominadora y mortificante, se abrasaba en deseos de una torturadora displicencia al comprender la intensidad de la mirada masculina, que decía de odios y de amores, movió la cabeza indolente; arreglóse los cabellos con ambas manos mostrando la incitante bravura de sus pechos y, con una sarcástica sonrisa, llena de maldad, desapareció de la reja.

..Y en la calle angosta, sosegada y en penumbra, la voz del incógnito cantador, más fuerte y tonante que la primera vez, volvió a zumbar como una amenaza, llena de rencor:

«Yunque y martillos  
funden metales,  
pero el cariñito  
que yo a tí te tengo,  
ese no lo rompe *naide* »

## ¡SE LIMPIAN!

¡El listín...! ¡El listín con los premios mayores...!

En menos tiempo del que se necesita para decirlo despachó *Canijo*, aprendiz de la imprenta un millar de octavillas.

¡Mil *perras chicas* que, del bolsillo de los transeuntes, pasaron al suyo en un periquete, y del suyo más pronto aún, a los de su amo, el *imprentor*!

Y el caso es, que supieron a pocas. ¿Qué valen cinco céntimos cuando con ellos se consiga satisfacer una curiosidad, que tiene por acicate el afán de saber si ha mejorado nuestra situación económica!



También compró un listín Ana María. Estaba en vísperas de casarse con Antón, propietario de una haza con olivos y de un pago de tierra de regadío, el cual habíale regalado una participación de cinco pesetas, de las veinte que él jugaba en un billete traído de Madrid por el boticario de la villa.

Si la suerte le fuera propicia... Seis mil duros mal contados se le entrarían por las puertas sin desembolso alguno.

¡Y qué ricos pendientes lucirían sus orejas el día de la boda! ¡Qué gargantilla de corales y de finas perlas aderezaría su torneado cuello alabastrino!

¡Y como rabiarian de envidia las otras mozas, en cuyas lenguas andaba por haber cortado relaciones con al *Rubio*, aquel honrado limpiabotas que gastó sus ahorrillos en costear al cadáver de su madre un entierro muy decente, y en comprar una sepultura de las nuevas para encerrar aquellos sagrados restos!

Como que viéndose ya solo concentró sus más puros afectos en la garrida joven, su amor primero; y ansioso de ofrecerle una fortuna, se decidió a pasar el *charco*, llevando por comanditarias de esta arriesgada empresa la fé en el corazón y la esperanza en el alma.

Y haberle dejado por Antón, que le doblaba la edad, tan sólo porque este la brindaba con un medianc pasar... ¡Que infamia!



Ninguno de los números estampados en el listín convienen con el del billete en que jugaba Ana María. ¡Valiente fiasco!

Pero podía suceder que le hubiera correspondido algún otro premiecito, y, en último caso, podría figurar entre los de *la pedrea*. Ya que no fueran los treinta mil *del ala*, se conformaría con menos, ¡qué caramba! La cosa era coger algo.

Antón le llevó el *A B C* a la siguiente noche, Ana María repasó la lista muchas veces, y... nada: ¡vaya un pastel!

Seguramente, los felices tenedores del número 8.065, agraciado con los seis millones de pesetas, no los necesitarían.

Contrariada en grado sumo, leyó la información del popular rotativo. ¡Claro! lo mismo que se figuró. El billete habíalo adquirido un extranjero, y fué a parar nada menos que a Buenos Aires; el periódico no decía más.

Ana María entregó a su novio el ejemplar con mano trémula. Antón fijó la vista en su prometida, y, al observar la palidez de sus mejillas...

— ¿Qué tienes?—la dijo.

—Nada: no quiero leer más. Me duele la cabeza —respondió ella sin mirarle.

Antón se retiró antes de la hora acostumbrada, porque la moza manifestó deseos de entregarse al reposo.

Pero Ana María no pudo acarrear el sueño, porque el recuerdo del *Rubio*, asociado a un pensamiento que cruzó por su imaginación fogosa, había hecho presa en su corazón, y le atormentaba despiadadamente



En la casa de Ana María se notaba inusitado movimiento. Por los claros de los ventanales salían torrentes de luz; hormigueaba la gente en las habitaciones del piso bajo, y ecos alegres de canciones populares trascendían al exterior, atrayendo la curiosidad del vecindario.

—Mía'á, a lí está: ¡*judiao* *ques* guapa!—decía una comadre alzándose sobre las puntas de sus zapatones, y atisbando con sus ojuelos grises por encima del alféizar.

—Paese que nostá mu satisfecha: como que sacordará del otro probe .. objetaba otra ídem imitando a su comparsa.

—La consensia, hija: a la consensia le pasa lo que a los gatos: rajuña cuando estamos más contentos —se le ocurrió a una tercera.

Rayaba el alborozo de los allí reunidos en escandalosa juer-ga cuando rasgó los aires el sonido ingrato de una bocina. Un individuo, montado en bicicleta, se apeó en la portalada, y una vez dentro preguntó a los que asombrados le miraban.—¿Y Ana María? ¿dónde está Ana María?—

Sucedió al estrépito el silencio más completo, y ante la muda concurrencia se destacó severa, imponente, la figura de Antón, que acariciaba el nacarino mango de un puñal mientras sus labios se abrían para decir: — ¿Buscas a mi esposa?... Aquí la tienes.

Se oyó un grito de mujer aterrador. El inoportuno viajero abrió desmesuradamente los ojos; se dilataron sus pupilas dentro de las órbitas desencajadas; vaciló su cuerpo, llevóse ambas ma-

nos a la cabeza y se lanzó a la calle, desapareciendo veloz a lo largo de la carretera.



Han pasado tres años. Un edificio de construcción reciente se alza soberbio junto a la plaza del pueblo, donde antes existía un solar extenso.

Por encima de la puerta se ha colocado un gran letrero que dice: «Beneficencia particular». En él se facilita medicinas y asistencia facultativa a los indigentes.

El filántropo bienhechor es un joven apodado el *Rubio*, que marchó años atrás a Buenos Aires, donde tuvo la suerte de jugar cincuenta pesetas en el billete número 8.065, premiado con los seis millones del Gordo en la Lotería de Navidad. Ahora se le vé discurrir por la vía pública llevando a las espaldas el cajoncillo que usan los betuneros de oficio.

A cuantos encuentra le dice sonriente: «¡Se limpian!» Padece de enagenación mental, pero su locura es apacible, simpática, como la caricia de una ilusión halagadora.

JOAQUÍN CAÑERO.

## LA VIDA

Prodigio incomprensible, oh vida misteriosa.  
 tu celestial fluido ¿cuál vino? ¿cómo fué?  
 ¿que oculto poderío brotar hizo la rosa?  
 ¿qué mágica palabra le dijo al hombre, sé?  
 ¿Cómo penetra el alma en cárcel tan estrecha?  
 ¿cómo la savia invade los tallos de la flor?  
 ¿qué anima la materia, cuál es sutil la brecha?  
 ¿qué paso da al espíritu sin forma ni color?

¡La vida! ¿Qué es la vida? Venid, del mundo sabios,  
 decidme en qué consiste la esencia del vivir:  
 filósofos, escuche de los sapientes labios  
 qué mallas han tejido la red del existir.

Buscad en los arcanos de la elevada ciencia,  
 buscad, digo, ese soplo que a Dios se le escapó,  
 y al cabo aprisionado sepamos su potencia,  
 los límites sepamos que Aquél le deparó.

¡Los límites! No tiene. Un mar es sin orillas.  
 Duplícase y difunde por todo de una vez;  
 de vida hasta en la tumba germinan las semillas  
 y llenan de universo la vasta redondez.

La vemos, la sentimos, por ella respiramos  
 es luz de nuestros ojos, latir del corazón;  
 es ella el pensamiento que siempre formulamos,  
 es ella de los labios continua lo expresión.

¡La vida! Contempladla en cuanto nos rodea:  
es movimiento, es aire, calor, placer y luz..  
Es del Criador potente la misteriosa tea  
que iluminó del caos el lóbrego capuz.

Es la que anima el barro, es la que presta al hombre  
inteligencia, fuerza, la voluntad, el ser...  
Esa corriente inmensa de vida eleva el nombre  
y le costó al Eterno un acto de querer.

Venid, sabios profundos, busquemos a la vida,  
busquemos al problema la fácil solución:  
con su grandeza magna a meditar convida..  
¿cómo se verifica la terrenal unión?

¡Lo aéreo y lo intangible unido a la materia!  
¿Y cómo? ¿Por qué medio? ¿En qué consiste, en qué?  
¿Cómo se enlaza el alma del cuerpo a la miseria?  
¿Qué es eso que se ignora, se siente y no se ve?

¡Pues qué! ¿Tan limitada la inteligencia humana  
no sabe de ese velo la punta levantar..?

¿No sabe ¡y es un hecho! como a la vez se hermana  
lo que inmortal llamamos con cuanto ha de finar?

¿No sabe por qué medio se cubren de verdura  
las fértiles campiñas en el risueño Abril,  
ni qué es la sabia regla del fruto que madura,  
ni cómo en primavera perfumes da el pensil?

Producto de vapores las nubes van corriendo...  
Oímos agitadas las ondas al vibrar...

Miramos las mareas con pausa decreciendo  
a sus salobres aguas el movimiento dar...

¡La vida! ¡Siempre vida! Del mundo planetario  
las múltiples miriadas que bordan ese tul  
nos dicen irradiando que el diestro Lapidario  
la vida dió a sus ejes por el abismo azul.

¿Quién cuenta las burbujas que escupe el mar inquieto?  
¿Quién sabe a do se extiende el hálito vital!  
La humana inteligencia vencida está en el reto;  
incólume, el misterio magrífico, inmortal

Tú solo, Dios potente: Tú solo no más sabes  
lo que no acierta el hombre, tu hechura la mejor;  
Tú solo, Tú, Dios mío, en formas tan saaves  
sembraste por do quiera los signos de tu amor.

Tú solo, Tú, Dios mío, formaste con tu esencia  
el alma que, que es la vida, tan semejante a Tí...  
Nos os atanéis; ¡oh sabios! Ya muda está la ciencia:  
un Dios guardó el secreto tan sólo para sí.



El Obispo de Córdoba  
Dr. D. Ramón Guillamet y Coma,  
Senador por esta provincia eclesiástica.

---

## MI VISION

---

Hacía mucho tiempo que no veía yo Córdoba. Por una calleja estrecha que yo recordaba, me encontraba en las Tendillas, a la sazón transformada en una anchurosa plaza, en la que costaba trabajo reconstruir con la imaginación su antigua forma y dimensiones.

—¿Hay mucho que hacer?—me preguntó mi acompañante.

—Nada más que admirar esta bella ciudad y gozar de todo su progreso.

—Pues entonces mando yo por toda la tarde.

—Conformes; soy todo suyo.

—Pues vamos a tomar el tranvía de la Sierra. Verá V. las variaciones del campo y la ciudad.

—Vamos allá, que ya sale.

Instalados en el tranvía. pasamos por alguna estrecha calle pero enseguida la hermosa trayectoria del Gran Capitán la recordé perfectamente.

— Como ve V., algunas edificaciones de esta avenida son las que ya había en su tiempo; otras son completamente nuevas, aun conservando el más clásico estilo, como, por ejemplo, ese hermoso modelo de edificio que nos cierra el panorama, colocado allí al final, que es la grandiosa Estación Central, recientemente construida.

— Oiga V. ¿y este edificio no menos grandioso que tenemos aquí?

— ¡Ah! este merece un aparte. Es un gran acierto de los directores de esta magna obra de progreso de Córdoba. Recordará V. los tiempos de nuestra guerra con Marruecos y los disgustos que nos costó. Pues, al fin, después de la ocupación militar, se impuso una penetración cultural en tierra de moros. Un fruto y una manifestación de esta obra civilizadora ha sido la fundación de esta Universidad Hispano Arabe, donde, en una espléndida instalación, muy árabe por otra parte se hace una gran labor de enseñanza en la que colaboran españoles y moros; estos moritos, antes tan bravíos enemigos hoy son portadores, cuando regresan a su tierra, de una cultura intensamente hispana.

— Nada más propio que Córdoba por la analogía de su decoración, hasta por la añoranza de sus costumbres moras, para una instalación de este género.

— Y, como ve V., con todo esto ha quedado una gran calle.

— Ya lo veo. Ella puede competir con lo más hermoso que por ahí, en otras patrias y bajo otros cielos, he contemplado.

— Y mejor que ellas por esta segunda parte, la referente a nuestro cielo, que se conserva tan azul, dando vida a este verdor del campo, al cual ya vamos llegando.

Ya veo que vamos alejándonos de la ciudad; la Estación quedó atrás, pero por aquí, a ambos lados de esta carretera, veo edificaciones completamente nuevas.

— Sí, señor, principalmente de carácter industrial estas primeras; son refinerías de aceite que no tienen competidoras en el mundo por la calidad de este producto de nuestra provincia; fundiciones y alguna otra cosa.

Por la poesía del paisaje parece esto más propio de albergues de descanso que de estas colmenas de trabajo.

— No; las fincas de recreo están más allá. Ahora el tranvía nos avisará en la parada de Barrionuevo.





D. Rafael Conde y Luque,  
ilustre cordobés,  
Senador por el distrito universitario  
de Madrid.

---

—¿Paramos aquí?

—No; hemos de llegar hasta arriba y, además de gozar de la vista panorámica del conjunto pasaremos por la emoción del funicular, en que este termina, y que a mí, aquí en secreto, me da todavía mucho miedo pese a las seguridades que nos dan los ingenieros.

Esto me resulta encantador.

—¡Ea! ya estamos. Abajo y al funicular sin miedo.

—¡Oh! el panorama ya es hermoso desde aquí. ¡Qué delicia! amigo mío. La nieve de los paisajes de Suiza será muy bonita, pero a mí me gusta más esta nota de color intenso de esta bendita tierra de María Santísima.

—Vamos arriba, que allí lo admirará V. mejor.

—Oiga V. ¿y dónde termina el funicular?

—Pues, ahí cerca, junto al Palacio Internacional del Turismo, construido ahí.

—Vaya, que ya hemos llegado.

—Es una instalación espléndida por fuera por lo menos.

—Y por dentro también; ya la verá V., pero no hoy porque nos va a faltar tiempo para ver lo que hay por aquí.

—Ya veo, en efecto varios grandes edificios repartidos po ahí.

—Pues yo le iré explicando a V. lo que son, poniéndonos en esta altura, desde donde se domina toda esta obra gigantesca.

—Aquellas dos últimas edificaciones que se divisan, un poco retiradas, para llegar a las cuales directamente hay una bifurcación del tranvía, son dos Sanatorios: el uno para obreros tuberculosos que, al fin, un apóstol de esa obra que V. recordará, el Dr. Moliner, que tanto predicó para conseguirlo, logró realizar, gracias a la donación del edificio por el Ayuntamiento de Córdoba y del sostenimiento de la obra por todas las Sociedades obreras españolas que, merced a ello tienen un albergue nacional para todos esos desgraciados maltrechos de esta lucha por la vida. El otro está construido por el Estado. Es el Sanatorio Central de Sanidad Militar. Igualmente que para el otro, no se puede soñar ni encontrar un sitio más adecuado para su colocación.

—Observo que todo esto está muy poblado de casas.

—Sí; en efecto. Aquí hay de todo; junto a la finca de recreo del adinerado que busca solaz para su cuerpo, hasta el rendido que busca alientos para su espíritu, lo mismo que el turista que desea emociones nuevas o el religioso que a la sombra de las Ermitas ansía consuelo para su alma, meditando en el creador de toda esta belleza..., de todo hay aquí una muestra.

—Estoy realmente encantado. Pero ahora, lo que yo quisiera saber es cómo y en qué forma y por qué motivo se han realizado estos milagros...

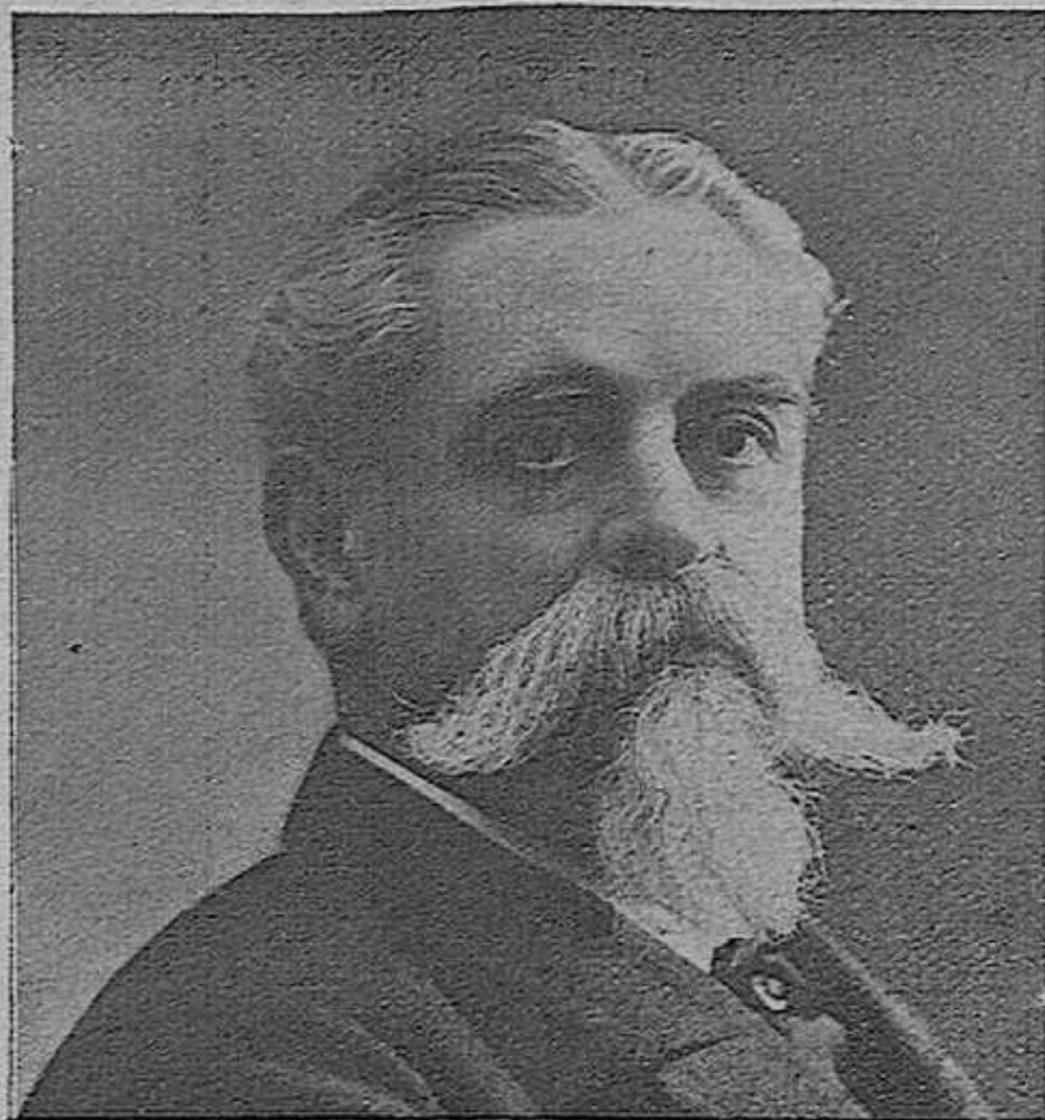
—Ese será el motivo de nuestra conversación en el tranvía, que ya nos espera. Descendamos y veremos el progreso realizado en la ciudad.

—Si está a la altura de esto —dije yo, colocándonos en el tranvía — será un encantador sueño de hadas.

—Afortunadamente, es una realidad esplendorosa. El Guadalquivir canalizado, esa obra empezada hace muchos años en la ciudad hermana, Sevilla, ha llegado a Córdoba. La traída de aguas, aquel problema pavoroso de nuestra ciudad, el mayor enemigo de Córdoba durante muchos años, hoy felizmente resuelto; el ensanche del barrio de la Catedral que, aún conservando, como en todas partes, lo que es digno de conservarse, ha permitido dejar bastante aislada la joya de Córdoba, la gran Mezquita de Occidente, totalmente restaurada, la que hoy es visitada diariamente por una romería formada por hombres y mujeres de las cinco partes del mundo.

—Bueno, pero, vamos a ver. Todas estas cosas que en proyectos fueron bellas esperanzas y hoy en la práctica son sugestivas realidades, ¿cómo y por quién se han hecho?

—Pues, verá V., eso es curiosísimo. Cuatro idealistas empe-



[ El Conde de Torres-Cabrera,  
Senador por derecho propio.

zaron a escribir y charlatear de proyectos y más proyectos. La gente, que ya sabe V. como es, no les hacía ningún caso, las personas cercanas no les oían, pero tuvieron la suerte de que les oyeran lejos, muy lejos... y de la noche á la mañana, una empresa extranjera vino a Córdoba a estudiar el asunto.

— ¡Hola! la cosa no era tan descabellada

— Lejos de ser descabellada, era tan práctica y utilitaria que iba de veras, y tanto que empezaron a correr los de Córdoba y aún no pudieron evitar que lo primero, la instalación del tranvía, quedase en poder de extrañjeros.

— Pero, lo demás ¿es de Córdoba?

— Sí, señor, al fin, viendo la cosa tan cercana, llegó la hora de sacar los miles y los millones, de moverlos, de trabajar, afortunadamente, de ganar, porque todo ello es un negocio para los que lo implantaron y una fuente de ingresos para la ciudad, que está aumentando su población la espuma.

— No sabe V. lo que me satisface encontrar a Córdoba tan hermosa, añadiendo a sus encantos naturales, que siempre exhibió, las ventajas de una gran obra de progreso.

— Descendamos, que ya hemos llegado. Vamos por aquí a la Mezquita.

En el trayecto, en una calle de las típicas de Córdoba, aún

nos quedamos parados en las albas cancelas desde donde se admira el patio plétórico de luz y de flores, esta poesía conservada con tanto cariño y de tan magnífico efecto en esta nueva ciudad.

Al pararnos se nos aparece en el dintel de la puerta una bella andaluza. Es una figura escultural, siluetada por las flores del patio que la rodean como un nimbo de luz, envolviéndola en un aura resplandeciente de poesía y amor.

Al verla, quedamos extáticos, y mi acompañante, mirando aquellos ojos negros que parecen recibir su brillo del sol de esta tierra y por los cuales se asoma al mundo el alma andaluza, me dice quedito al oído:

Estas mujeres constituyen otro monumento que hemos procurado conservar cuidadosamente.

Un tintineo escandaloso arrebató de mi imaginación la figura de la bella andaluza y de mis ojos el sueño encantador que tan buen rato me había hecho pasar. Desperté.

Me vestí y salí a la calle. En ella contemplé algo de mi sueño. El sol esplendoroso, el cielo azul, el patio rebosante de luz, la vegetación exuberante de la Sierra, la andaluza de los ojos negros... es decir, todo lo natural, casi todo dado dadivosamente por esta pródiga naturaleza... pero lo creado por el esfuerzo del hombre, las bellas conquistas del progreso humano, aquellas hermosas imágenes que el sueño me mostró, fueron difuminándose sus líneas, esfumándose su bello colorido, borrándose en las sombras... perdiéndose para siempre... ¡¡qué lástima!!

DR. GÓMEZ AGUADO,

## A LA MUJER CORDOBESA

Tienes la irreductible fortaleza  
y robusta altivez de la espartana,  
la acendrada virtud de la cristiana  
y de la mora la gentil belleza.

No conoces más fuercs ni realeza  
que el trono de tu hogar, en donde ufana  
desprecias esta vil comedia humana  
con que el genio mundano se adereza.

Soberana beldad ante tus ojos  
amante cantaré puesto de hinojos,  
que eres reina entre todas las mujeres.

Yo diré con la fé de mis canciones  
que es tu alma un arcano de pasiones  
y tu cuerpo un compedio de placeres.

ANTONIO RAMÍREZ.



D. Florentino Sotomayor,  
Senador por el distrito de Cordoba.

## EL CONSEJO DEL BRAHMAN

(CUENTO)

Tras de largos años dedicados a la mercadería, Kinzak sintió que sus piernas comenzaban a dolerle demasiado; que su pecho, sibilante, respiraba con dificultad; que su cabeza se desvanecía a ratos; que los síntomas del agotamiento físico se presentaban clara y manifiestamente.

Y así lo hizo saber a su esposa Yhara

Díjole que no transcurrirían muchas lunas sin que «Flor de Loto», el velero *praho* que periódicamente recibía a bordo las grandes cajas-guardadoras de las ricas telas de seda y oro, las cinceladas hojas de acero, los tallados marfiles, las piedras preciosas y la canela de Ceylán, los perfumes exquisitos extraídos de mil flores, y al mismo Kinzak, que como *mandah* lo dirigía, marchaba raudo en busca de las lejanas tierras occidentales, donde aquellas riquezas o se vendían o se permutaban, permaneciese amarrado y balanceándose gallardo en la orilla del río,

sin tener quien le sacase de su reposo y quietud, porque Kinzak sería un despojo humano, retablo de dolencias, incapaz de levantarse sobre los divanes.

La avaricia había hecho presa en el corazón de Yhara y Yhara sentía pesadumbres y angustias indecibles al pesar en la invalidez de su marido; al reflexionar que algún día las rupias, lejos de aumentar, irían disminuyendo hasta agotarse.

Cierto que tenía tres hijos (que Visnu quiso concederle) y estos tres hijos bien pudieran seguir en la mercadería, aconsejados por su padre, pero ¿iba a consentir que expusieran sus vidas, atravesando inmensos mares sembrados de peligros? Su esposo... bueno que arriesgase la vida, no le importaba cosa mayor, que con él se casó obligada por sus padres, a quienes Kinzak deslumbró con sus riquezas, y al que jamás llegó a profesar amor, pero sus hijos ¡ah, no! que los idolatraba como idolatran las madres.

Yhara entonces acudió al cielo. Mas en vano hizo ofrendas valiosísimas a la diosa Kali, la esposa de Siva y cuela divinidad patrocinatora de la destrucción y la muerte; inútilmente había sumergido quince veces, en el momento mismo de salir el sol, el derrengado cuerpo del doliente Kinzak en las milagrosas aguas del sagrado Ganges; perdió el tiempo que invirtió en consultar a los más afamados curanderos de la India. El caduco Kinzak murió como muere todo buen adorador de Brahma; metido hasta el cuello en las aguas del Ganges.

Si Yhara hubiese sido capaz de establecer comparaciones, de seguro hubiera pensado que se hallaba en idéntica situación a la que se halló Pablo de Tarso, cuando veíase solicitado por dos muy distintas y hasta opuestas inclinaciones.

Decía el Apóstol de las gentes que sentía grandes inclinaciones hacia lo material, que pretendía arrastrarle a dar gusto a sus apetitos; y que también sentíase inclinado hacia lo espiritual, que repugnaba en absoluto con la primera inclinación.

La avaricia decía a Yhara, con fuertes voces, que debía apartar sus tres hijos de las escuelas donde los brahmanes disciplinábanlos en las ciencias y en las artes, que jóvenes eran y podían trabajar, y siguiendo en el oficio que su padre tuvo, las rupias continuarían amontonándose en la covacha subterránea donde se guardaban, y así, tras pocos años de labor afanosa, ella y sus hijos serían los más poderosos y acaudalados de Calcuta y aún de toda la tierra que fertiliza el Ganges.

Mas a ratos hablaba el corazón de la madre y, pensando en los peligros que los tres mozos habían de afrontar, resolvíase a dejarles en las escuelas brahmánicas. Porque Palicur, el mayor



**El Marqués de Laurencin,  
Senador por el distrito de Córdoba.**

de los tres hijos de Yhara, era reputado como una futura gloria en las ciencias filosóficas: Kali-Dai, el segundo, avanzaba con pasos de gigante en el estudio de las leyes, y Adikar, el hijo menor, era un portento en el cultivo de las bellas artes: y sabios los unos y artista el otro, bien podían ganar abundantes riquezas sin tener que arriesgar sus vidas atravesando peligrosos mares.

Venció, como acontece casi siempre, la pasión desordenada al afecto noble y puro. Y resolvióse Yhara a que sus hijos fuesen mercaderes como Kinsak, porque se hizo dos reflexiones: primera ¡las ciencias y las bellas artes producen muy pocas rupias! Daián mucha gloria, cierto, pero poca substancia. La segunda reflexión fué: ¡para algo tenemos a los dioses! Si Brahma, Visnu, Kali, etc., etc., no sirven para estos casos apurados ¿para qué los queremos?

Y como los dioses de la India acostumbran a hablar por boca de los brahmanes, Yhara resolvióse, sin vacilar un instante, a requerir al más célebre de los que por entonces moraban en Calcuta, para que le dijese qué clase de precauciones había de

tomar a fin de que los tres futuros mercaderes recorriesen los mares día y noche y no perecieran.

Y como lo pensó lo hizo.

Presentóse cierto día en casa de Makne-Trail, que así se llamaba el brahman célebre, y solicitó audiencia. Recibióla el notable hombre en coquetona habitación, cuyas paredes cubrían pesadas telas rojas de terciopelo bordadas con sedas; extendíase por el suelo gruesa alfombra de Persia, de seda e hilillo de oro; y a lo largo de las paredes había cómodos divanes de brocado. Era el sabio brahman recio, de estatura prócer, de continente y aspectos majestuosos, como correspondía a su reputación, fama y altísimo ministerio. Vestía chaquetilla redonda de terciopelo azul, bombacho amplio, ancha faja de seda roja y tocaba su cabeza con vistoso turbante que decoraban multitud de piedras valiosas.

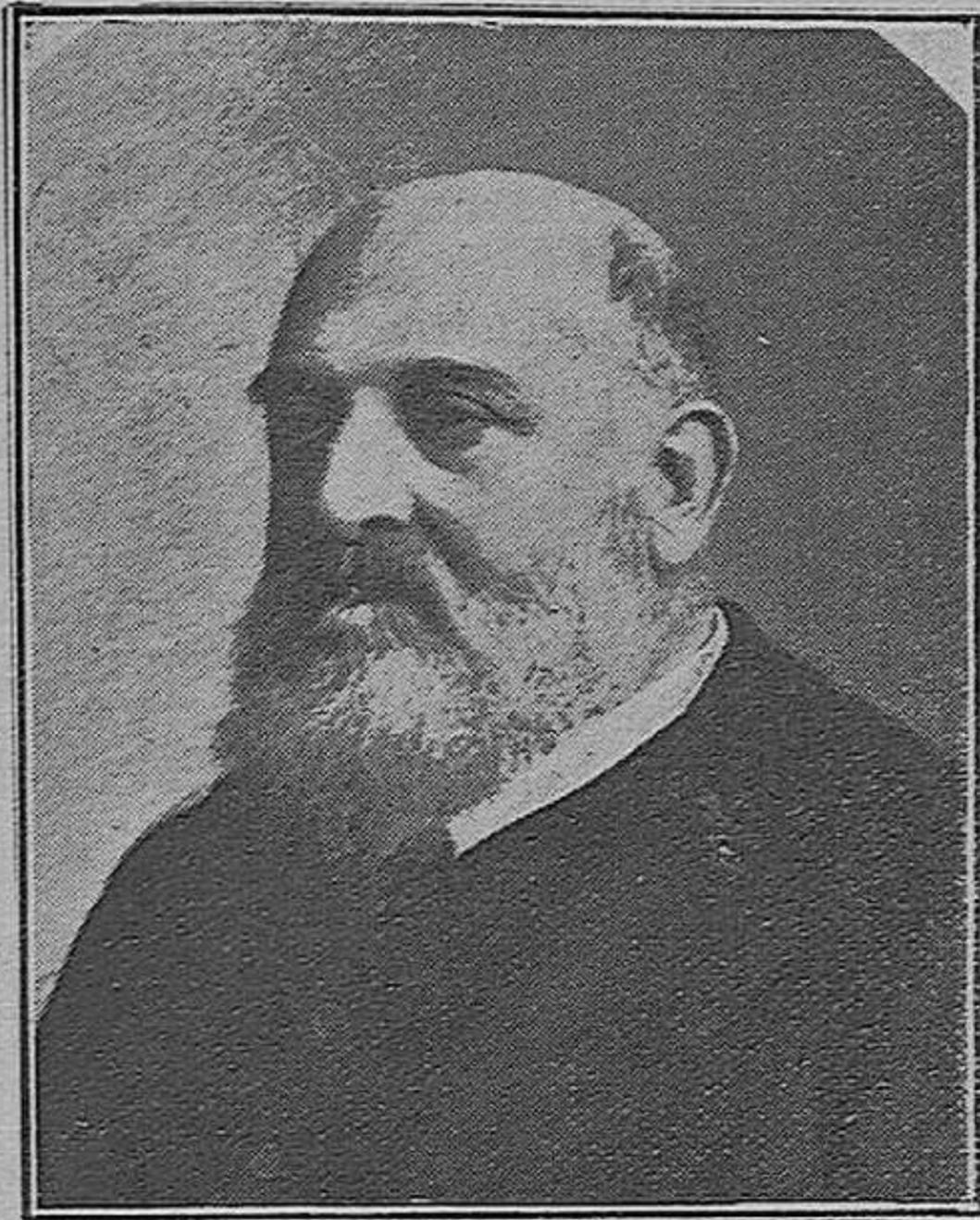
Momentos antes de entrar Yhara, habían estado allí, también de consulta, una mujer y dos hombres. La primera se lamentaba del desvío que hacia ella notaba en sus hijos, y pedía consejo al brahman para conseguir el cariño de su prole. El sabio le contestó muy serio: si no eres cariñosa con tu propia madre, selo; si lo eres, extrema el cariño y que lo vean tus hijos. El primer hombre consultante se quejaba de ingratitudes, e interrogó a Makne-Trail sobre el modo de tener numerosos agradecidos: el brahman evacuó la consulta diciendo: da mucho, toma poco, nada pidas. Y, en fin, el segundo de los hombres que en busca de consejo iban quejóse de que jamás pudo tener buenos servidores, a lo que el intermediario entre Brahma y los hombres su secuaces, contestó: ten menos criados y más hijos.

Donde se echa de ver, que Makne-Trail no era en sus respuestas como la célebre sibila cumana, que las daba fáciles a todas las interpretaciones, no; las suyas eran categóricas y con algo de listeza y algo de meditación, sacábase en claro lo que el brahman quiso decir.

Yhara pidió consejo ¿Qué haré para que mis hijos no perezcan ni en las aguas ni en remotas tierras adonde las olas pudieran arrojarles? Makne-Trail contestó sin vacilar y alargando la mano para recibir el estipendio del consejo: envíalos pertrechados de lo que no se sumerge ni las olas arrebatan.

Con lo cual Yhara salió de la presencia del sabio, tan ilustrada en lo que debía hacer como si no hubiese oído palabra.

Todo cuanto se le ocurrió, meditando sobre el consejo de Makne-Trail, fué que sus hijos aprendiesen a nadar perfectamente y proveerlos de enormes vejigas de elefante que, llenas de aire, capaces eran de sostener sobre las aguas a media docena de náufragos.



**D. Antonio Barroso y Castillo,  
Diputado a Cortes por Córdoba.**

---

Y así pertrechados, Palicur, Kali-Dai y Adicar empezaron el oficio de mercaderes.

El pobre praho «Flor de Loto», que tantos embates de la mar enfurecida sufrió durante los largos viajes de Kinzak, no pudo aquella noche resistir el azote de las olas. El picógo furioso le zarandó a su antojo, lo elevó mil veces sobre las crestas de sus aguas y otras tantas lo abismó en profundidades insondables, y harto de jugar con la rendida navecilla, concluyó por estrellarla contra las puntas de las rocas costeras.

Los hijos de Yhara previniéronse para el naufragio irremediable, atando a sus espaldas las enormes vejigas de elefante, bien infladas, y cuando el praho crugió con postrer crugido de agonía, las puntas de las rocas penetraron a través de sus tablas, diseminándolas rotas en incontables pedazos, los hermanos se lanzaron a las aguas, enlazados los tres por fuerte cuerda que amarraron a sus fajas.

Yhara fué previsora. Gracias a las vejigas enormes y a la

destreza que para nadar adquirieron, Palicur, Kali-Dai y Adikar ganaron la orilla, y espoleados por las olas que flagelándoles despiadadamente pretendían de nuevo hacerlos suyos, escalaron el acantilado y en una oquedad muy alta de aquella muralla roqueña pasaron el resto de la noche.

Cuando el sol lució sobre el horizonte, los náufragos salieron de su refugio y se internaron tierra adentro.

A las dos horas de caminar, alegró sus ánimos la vista de un poblado.

—Que las almas de tus ascendientes estén ya purificadas—dijo Palicur, a modo de saludo, dirigiéndose a un anciano que salió al encuentro de los náufragos apenas estos llegaron a las primeras casas del pueblecillo.

—Que el grande Brahm despierte de su sueño para otorgaros sus dones—respondió el anciano—¿quiénes sois? ¿de dónde venís?

—Pobres náufragos cuya nave deshizo el mar y a quienes Vischnu favoreció trayéndolos a estas tierras. Venimos de las orillas del sagrado río.

—Sed bien venidos ¿qué deseais?

—Hospitalidad y medios para restituirnos a nuestra patria.

—La casa de Thakur es la vuestra, pero de esta isla no podéis salir en cien lunas.

—¡Cómo!—exclamó Kali-Dais.

—¿Por qué?—dijo Adikar.

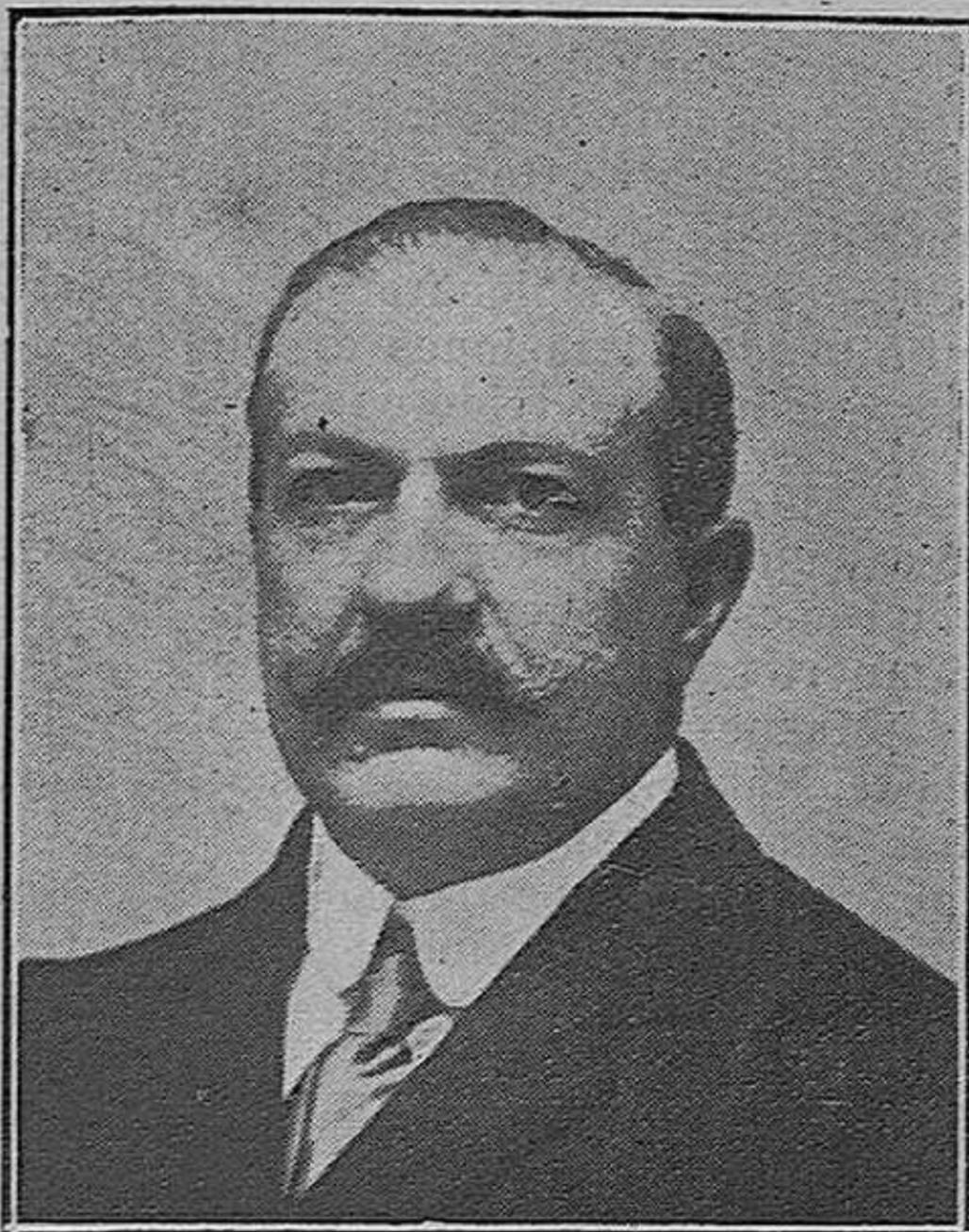
—Hemos ofendido al hijo predilecto del gran Brahm, al creador Brahma. Nuestros sabios no se ponen de acuerdo sobre la interpretación de los Vedas, y en tanto que unos afirman que Brahm despertó de su sueño eterno, creó a Maya, la materia; a Brahma, el creador; a Vischnu, el conservador; a Siva, el destructor, y luego tornó a dormirse; otros aseguran que jamás ha vuelto al sueño. En atención a tal discrepancia de pareceres, el gran brahman consultó con Kali y la diosa manifestó su voluntad de que nadie saliera de esta isla durante el tiempo de cien lunas a no ser que antes fueran los Vedas interpretados rectamente.

—Bien veo, ¡oh Thakur! que los primeros de vuestros sabios siguen las enseñanzas de Patandjali, y los segundos las de Sankhya.

—Joven la sabiduría parece hablar por tu boca. Venid y os presentaré al rajá

Palicur tuvo que abrir cátedra por mandato del rajá, y en ella explicaba a los jóvenes aspirantes a ser brahmanes, los más árdulos pasajes de los Vedas.

Empezó por el Rig-Veda, que trata de los eternos sueños de Brahm; siguió por el Yajour-Veda y acabó por el Sama-Veda,



**D. Pedro López Amigo,  
Diputado a Cortes por Córdoba.**

---

enseñando a sus numerosos oyentes las creaciones de la materia y de la Trimurti.

De interpretar el Atharva-Veda, en el que se contienen las leyes todas dictadas para el régimen de la India, se encargó Kali-Dai eminente jurisperito. Y a la vez que los dos hermanos mayores trabajaban de esta manera y forma, el menor, Adikar, no estaba ocioso. El dominio perfecto que del divino arte de la música tenía hizole célebre en toda la isla, y ya era llamado a los convites del rajá para alegrar a los convidados trñendo la ramsinga, o bien solicitábanle los grandes dignatarios de la corte para que en sus casas luciese sus habilidades musicales.

De todo esto resultó que antes de los siete años mal contados que había de durar su forzado cautiverio en la isla aquella los hijos de Yhara gozaban del favor del rajá, de la protección de los áulicos, y habían acumulado cuantiosas riquezas ganadas con su ciencia y con su arte.

Y ocurrió más. Ocurrió que todos aquellos sabios disconformes en la interpretación de los Vedas, vencidos por la ciencia de Palicur convinieron con él y entre sí, en que Brahm desper-

tó y seguía despierto y muy despierto. Por lo que creyeron los hermanos llegado el caso de presentarse al rajá y pedirle nave que les condujese a Calcuta. Generosamente accedió el rajá a la petición, y un buen día los tres náufragos del «Flor de Loto» recogieron sus riquezas y abandonaron la hospitalaria isla, entre los llantos é infinitas demostraciones de simpatía de aquellos isleños, entre los que habían vivido cuatro años.

Bien puede calcularse el dolor de Yhara al ver que transcurrían meses y aun años sin tener noticia alguna de sus hijos.

Diólos por muertos y llamándose a engaño, cierto día marchó a la casa de Makne-Trail.

—Me engañaste, Makne-Trail; seguí tus consejos y, sin embargo, mis hijos han sido víctimas del mar.

—Te dije que los enviases pertrechados de lo que no se sumerge ni las olas arrebatan ¿lo hiciste así?

—Lo hice. Aprendieron a nadar y llevaron vejigas de elefante que les sirviesen de flotadores.

El sabio hizo una mueca que quería decir: ¡Esta mujer es tonta y no me entendió!

—Muy bien—agregó el sabio—con tales precauciones tal vez no se hayan ahogado, pero habrán muerto de hambre. Cumpliste sólo la primera parte de mi consejo.

—¿Y qué más podía hacer?

—Has oído el lenguaje de los dioses y no has entendido palabra.

—¡Sólo falta que me digas bestia!

—La verdad acaba de salir por tu boca.

Yhara perdió los estribos y soltó al sabio todas las injurias que de propósito llevaba dispuestas. El sabio se portó como tal y estoicamente escuchó cuanto Yhara quiso decirle.

Pero regresaron los náufragos sanos y salvos y riquísimos además, y entonces Yhara creyóse en el caso de ir a desagraviar a Makne-Trail.

—¡Oh, predilecto de los dioses! Mis hijos han vuelto, llenos de salud y vida y con algunos dinerillos ahorrados.

Entonces Yhara hizo relato de cuanto sus hijos habían contado.

Makne-Trail se creció y adoptando arrogante apostura y con acento sentencioso, exclamó:

—Tu amor maternal y mi experiencia han salvado a tus hijos. Tu amor: porque sin entender mis palabras, oh torpe Yhara, no quedaste inactiva, sino que tu corazón hizo cuanto creía preciso para que los tres saliesen incólumes de los peligros. Y mi sabiduría: yo pretendí que marchasen proveídos de riquezas impe-



D. Juan de Dios Porrás Aguayo,  
Diputado a Cortes por Córdoba.

---

recederas para el afortunado que las posee. Porque has de saber. Yhara amiga, que precisa dotar al hombre de esos caudales que ni el furor de los elementos, ni la malicia de los humanos jamás pueden arrebatarse al poseedor de ellos; y esos caudales se llaman: virtud y ciencia

Por la virtud hiciéronse tus hijos amables y queridos; por la ciencia considerados respetados y ricos.

Esto último no siempre lo alcanzan los virtuosos o los sabios, más a veces se les da por añadidura.

ENRIQUE CERRILLO.

---

## ETERNO LUMINAR

---

El sol brilla en Oriente  
inundando la tierra  
con fulgores radiantes  
de infinita belleza.

Levántase hasta el solio  
augusto, en que se asienta,  
y allí muestra glorioso  
sus fueros y grandeza.

A su fecundo aliento  
palpitan las esferas  
y todo lo sensible  
a revivir se apresta.

Con flores matizadas,  
de halagadora esencia,  
se visten y decoran  
los prados y las selvas.

El ave, el pan, el bruto,  
sacuden la pereza  
que impuso la fría noche  
y ufanos, corren, vuelan.

Los míseros mortales  
absortos lo contemplan  
y a tan benigno padre  
reconocidos quedan.

¡Su influjo soberano  
de vida el Orbe llena!  
¡A impulsos de sus rayos  
el Universo rueda!

JOSÉ GAITÁN MILLÁN.

---

## COBA TERAPÉUTICA

---

Era un día gris, en que el cielo lloraba. Mi amigo, un hombre de cincuenta años cumplidos, padecía ya las goteras propias de la edad. Cuando encapotábase el cielo, él, por regla general, como buen reumático tenía exacerbados los dolores, y sentía tristezas, que por fortuna, no obedecían a causas de otro orden.

En tal estado, encaminóse mi amigo, en el día a que me refiero, a hacer una visita de cortesía. Tratábase de un señor a quien había visto una sola vez en su vida y en forma cinematográfica, motivo por el cual, habiéndole ofrecido la visita, iba con el reloj en la siniestra mano y el paraguas en la diestra, diligentísimo, en demanda de su domicilio, para llegar precisamente a la hora concertada.

Llegó, llamó, entré y recibiólo la finura en persona: Un señor como de cincuenta y cinco años, alto, robusto, de bigote se-



D. José Sánchez Guerra y Martínez,  
Diputado a Cortes por Cabra.

---

doso y entrecano, vestido casi con acicalamiento y de sonrisa bondadosa y simpática; precisamente la persona a quien mi amigo iba a visitar.

Sentáronse, hablaron, más el visitado que el visitante, y mi amigo quedó encantado de aquel hombre, al parecer extraordinario.

El ademán, la forma la seriedad exterior, la dulzura atractiva, prendieronlo en la red de las simpatías, y mucho más ¡claro! porque así es humano, cuando mi amigo, sin llevar otra finalidad en la visita que una razón de cortesía, vióse abrumado de frases alabadoras y de ofrecimientos espontáneos de protección paternal. Fué aquello, decíame luego, más dulce para el paladar que las mieles del monte Himeto y, de tal modo impresionóme, que, por el momento, llegé a borrar el concepto pesimista que ya en mis dilatados años y a fuerza de experiencia tenía yo de mi congénero, el hombre

Referíamelo, poco más o menos, así: Siempre parecióme insólitos y desproporcionados aquellos cariñosos, espontáneos y fraternales ofrecimientos, hechos, no en el estilo cortesano, si-

no en forma tan llana, bordadosa, patriarcal y sincera que desviáronme de la duda y subyugáronme hasta llegar a creer que me hallaba en la presencia de un célebre taumaturgo del bien.

Para mí—seguía--hasta aquel momento, que siempre recordaré plácidamente, el hombre sólo se había movido, salvo alguna excepción, por una fuerza irresistible que puede llamarse conveniencia u orgullo, traducida unas veces en necesidades del estómago o engrandecimiento personal; otras, en vanidad, arrogancia, soberbia hinchazón; o, en fin, en la fuerza impulsora y exitante del amor propio, llamada egolatría; pero ahora, en este caso excepcional, fascinado, parecíame hallarme ante auroras risueñas y horizontes nuevos; y como si quisiera, receloso, adelantarme algo para el final, que no desacreditara su perspicacia, porque no ha hombre que quiera pasar por torpe, añadíame, recargando el cuadro de sus videncias de tintas sombrías y dándola de sabihondo: el hombre, cuando se vale de otro, es por necesidad, porque cada rueda impulsora de la marcha social en sus diversos aspectos, económicos, industriales culturales, etcétera, necesita de un individuo. Si no fuera así, si un individuo solo pudiera manejar a la vez, sin dificultad y con éxito, todos los instrumentos necesarios para la producción de una industria, para la marcha de un organismo social, etc., estábamos perdidos; moríamos sin remisión, indudablemente, sin ser objeto de la misericordia extraña, los que no hemos nacido directores.

Y extendíase en razonables consideraciones de toda clase de órdenes para demostrármelo.

Hallábame yo, ante narración para mí tan peregrina, perplejo, absorto, y realmente sin darme cuenta, ni vislumbrar, siquiera, el motivo fundamental del estado de ánimo de mi amigo, porque, no siendo cosa absolutamente rara en la vida encontrar un Mecenas espontáneo, extrañábame sobre manera, y no encontraba explicación, a la persistencia que demostraba en hacerme definiciones un tanto psicológicas, referentes a las condiciones del hombre, en general.

Y él, sin fijarse en mi extrañeza, continuó así: al poco tiempo hube de ser requerido por otro amigo para que le hiciera un favor, un favor de los posibles, de esos que si no se hacen cabe también alegar la excusa de la impotencia; y, lleno de ilusiones, dirigíle una atentísima misiva al que yo estimé mi hombre providencia, suplicándole que hiciera por mi amigo X lo que yo pedía; y por el propio correo escribíle a éste, poco menos que colmándole de ilusiones.

Pasó el tiempo necesario para la contestación, que no vino; y, acordándome yo del poema de Campoamor titulado *La historia de muchas cartas*, sentía, dicho sea con honda sinceridad,



**D. Martín Rosaies Martel,  
Diputado a Cortes por Lucena.**

---

las mismas esperanzas que aquella ilusa y angelical Dorotea, que murióse esperando; y no había correo en que yo, cual ella, no aguardara noticias favorables, y justificaba siempre la tardanza en algún motivo fundamental.

No vino nunca contestación; la carta quedó incontestada; y por eso mi amigo, que ya habíase arrancado ilusión tan fútilmente concebida, esforzábame, como para probar que no era lerdoso, en hacerme definiciones del hombre.

Yo no encontraba de extraño, en la aventura, más que la metamorfosis del héroe del cuento, de mi amigo, que sin razón aparente aparecía ahora de distinto modo; e intrigado ya, hube de preguntar a mi citado amigo por su juicio definitivo sobre el particular; y hablómeme así: Mi juicio sobre aquel hombre sigue siendo muy bueno; excelente. El día en que tuve el gusto de oír sus frases espontáneas, pausadas, dulces, benévolas, halagadoras, encontrábame yo por el maldito reuma en un estado de ánimo deplorable, y él, con sus palabras balsámicas, cambiómeme el carácter; trocómeme en hombre alegre. Hízome, pues, un beneficio; pro-

pinóme una medicina espiritual; y yo tengo el deber moral de agradecerse la.

¿Qué ha pasado después? ¿Una desilusión? ¡Bah! La desilusión, aunque parezca inmodestia, tenía la yo dentro de mí desde que leí las obras de Saavedra Fajardo; y como aquellas frases, las que me arrullaron plácidamente moduladas de una manera dulce, sabrosa y fraternal suponen, por lo menos, una deferencia hacia mí, yo, en perfecta lógica, soy deudor a aquel hombre de benevolencias que me obligan a gratitud...

¡Muy bien! dije yo, no tengo nada que objetar, me parece razonable cuanto dices; mas en definitiva saco en limpio que tu caso no es extraordinario, ni mucho menos; se trata, simplemente, en mi sentir, de que, en aquella ocasión, le llamaremos psicológica, para que se aproxime a la importancia que tú le diste te administraron a tí, que debes ser hiperestésico, una dosis doctoralmente preparada de coba.

¿No te parece, díjele? Y, mi amigo, con formalidad extraordinaria, replicóme muy serio: Sí, es cierto, pero, en aquel momento, que aún título supremo, la *coba*, que ya no abrigo ninguna duda, la coba surtióme efectos medicinales.

F. MARTÍN ORELLANA DE LA CRUZ.

---

## PÁGINA DE UNA HISTORIA

---

La ví en la calle; su traidor encanto  
causó en mí ser lo que explicar no puedo;  
que este cansado corazón el mío  
de gozo, al verla, titiló en el pecho.

Con ansias tales contemplar yo quise  
las gracias todas de su rostro bello,  
que olvidando las lágrimas vertidas  
mis ojos de sus órbitas salieron...

Y miraba, miraba como un loco  
en aquellos instantes, casi eternos,  
en que al mágico influjo de la sierpe  
turbado se encontraba mi cerebro.

Como, al fin, es tan flaca la materia,  
vencido fuí; con lastimero acento  
la dije:—Ven, para escuchar, hermosa,  
algo importante, que en el alma tengo,



**D. Manuel Hilario Ayuso,  
Diputado a Cortes por Montilla.**

---

Y vino a mí con arrogante paso.  
mis tristes quejas a escuchar de nuevo:  
mas no como mujer arrepentida,  
que altanera y frunciendo el entrecejo,  
se dispuso a escuchar, como los jueces  
escuchan los clamores de los reos.

En vano quise articular palabras;  
baja la vista, palpitante el pecho,  
contemplaba a mis piés el grande abismo  
que ella me abriera en los pasados tiempos.

—¿Qué tienes que decir?— me repetía  
en el tono mayor de los desprecios;—  
y yo al verme a sus plantas humillado,  
besando el polvo de tan bajo suelo,  
sus niveas manos estreché convulsó  
y airado contesté:—¡Que te aborrezco!

# LA GUITARRA

De la guitarra se oyen los sonos,  
y son tan cadenciosas sus vibraciones  
y están tan impregnadas de sentimiento  
que cada nota suena como un lamento.

Es el alma sublime de Andalucía,  
es un mundo pequeño todo poesía,  
es la voz de la raza que se levanta,  
es el alma española que siempre canta.

Y así en las alegrías y en los pesares,  
así como en las juergas y velatorios,  
siempre está la guitarra con sus cantares  
presidiendo las penas y los jolgorios.

En un rincón del patio lleno de flores  
se esconde la pareja llena de amores  
bajo la parra:  
ya se escuchan los sonos de la guitarra,  
pero de pronto la copla suena;  
¡cuán amargo es su acento, cuánta su pena!

«Mira tú si te querré,  
me arrancaste el corazón  
y en vez de llorar canté.»

Sigue el rasgueo,  
sigue de los palillos el tintineo,  
del baile las revueltas y contorsiones  
y de la nueva copla se oyen los sonos:

«Tienen tus ojos más brillo  
que los de la Inmaculada  
de los cuadros de Murillo.»

Y sigue los palillos y los cantares  
y las coplas de celos y de pesares,  
y en el rincón del patio lleno de flores  
aún está la pareja llena de amores.

El al verse en sus ojos dice ¡te quiero!  
y ella dice rezando ¡sin tí me muero!

Este es el cuento en sueño de la guitarra  
que se escucha de noche bajo la parra.



D. Niceto Alcalá Zamora,  
Diputado a Cortes por Priego.

---

## *Un episodio de guerra*

### I

En la falda empinada de la sierra verde, sin llegar a la cumbre ni bajar hasta el llano y rodeado por todas partes de verdor, estaba enclavado el alegre pueblecito de Rubiales.

Mirado desde lejos, con sus casas blancas, sin orden simétrico, como arrojadas a puñados desde el cielo, más que pueblo parecía una manada de cabritas blancas triscando en la ladera de la sierra.

Más abajo, separando el llano del monte, corría un riachuelo de aguas transparentes y frondosas riberas, que parecía impedir el paso hacia la sierra, y en la cumbre del cerro, más arriba del pueblo, una casa pequeña y pobre, pero blanca como un copo de nieve, daba la sensación de un vigía que, dominando el valle de ambos lados, estaba pronto a dar la voz de alerta...

Paz se respiraba en aquel pueblo de gentes temerosas de Dios y de buenas como sencillas costumbres, hasta que un día...

A lo lejos, por el llano, caminando hacia el pueblo, venía un batallón, otro y otro detrás; ruido de espuelas y brillar de sables y de bayonetas salía de la nube del polvo del camino y las notas cortantes y limpias de un pasodoble, llegando hasta la sierra, hicieron a los pacíficos vecinos de Rubiales estremecerse de terror.

Como fuego en reguero de pólvora corrió la noticia por la pequeña aldea, de tal modo, que cuando el regimiento pasaba el río, ni había en todo el pueblo una puerta abierta, ni ventana por donde no asomara el negro caño de una vieja escopeta, dormida, quizá años enteros, en algún rincón obscuro.

De esta manera se disponían los vecinos de Rubiales a recibir a los carlistas.

Y ha de saberse que, aunque hacía ya meses que la terrible euan injusta guerra patricida estaba comenzada, y de todas partes, con ruido de disparos y vahos de sangre venían ecos de tragedia, Rubiales seguía tan pacífico, igual, igual que si la guerra fuera allá en la China.

Era Rubiales un pueblo de gentes nobles, de paz y de trabajo, luego ¿qué le importaba a él, que fuese Rey o Reina quien ocupase el trono?

Que lloviese a tiempo, que el arroyo no saliese de madre, arrasando cosechas; y, en estando la miés en los graneros, que mandase quien mandase.

Por eso, si al sospechar que la tropa que venía era de «los del gorro» se aprestaron a combatirla, no era por defender a la Reina Isabel, sino por defensa propia, que, aunque alejados del mundo, los rubialeses ya habían tenido noticia de los desmanes que causaban los carlistas en los pueblos que se oponían a su paso, no respetando haciendas ni honras.

Pero pronto la calma, y con ella la alegría tornó a posarse en las almas al saber que los que llegaban eran soldados de la Reina, que en son de paz, y, más que de paz, de protección, venían a amparar al pueblo y a defenderlo de la invasión de los carlistas, pues estos, según noticias que los otros traían, marchaban hacia acá a grandes jornadas, siendo así que no tardarían en llegar sobre Rubiales.

Los soldados fueron alojados muy gustosamente por todos los vecinos, en orden y respetos mutuos, y, como pasasen los días y los *otros* no llegasen ni hubiera noticias de su proximidad, la tranquilidad de la vida ordinaria tornó a esparcirse por el pueblo.

Tanto porque el motivo que los llevaba hacía en el pueblo



**D. José Castillejo y Castillejo.**  
**Diputado a Cortes por Hinojosa del Duque.**

---

simpáticos a los soldados, cuanto porque ellos lo eran de sí; aquellas gentes llegaron a quererlos como cosa de casa, y entre las mozas... pero esto ya merece punto y aparte.

Fama tenían de hermosas las mozas de Rubia'es y dicen que en este caso la fama era justa, y más, escasa; por eso, llegar los soldados y poner sitio a los corazones de las mozas fué todo uno.

Un mes llevaban las tropas entre los rubialeses y casi, casi podía asegurarse que en todo el pueblo no había moza sin novio, las unas porque ya lo tuvieron, las otras porque lo encontraron entre los soldados, y, sin distinción de «clase», todo militar que no estaba de guardia tenía una ventana donde hacerla de honor a unos ojos de mujer.

## II

El Ventorro de la Estrella era el nombre con que en todo el contorno denominaban a la casa que estaba sobre el cerro, en cuya falda se posaba Rubiales, y de la que hablamos al princi-

pio de este relato; y de fijo que era acertado el nombre, tanto si se atendía a que dada su altura se viera junto al cielo mirando desde abajo, cuanto a que en él vivía la más hermosa de las mujeres de la comarca y ella se llamara Estrella.

El tío Anselmo, padre de Estrella y dueño del ventorro, era viudo desde hacía muchos años. Sus únicos tesoros, de los que era avaro, eran su hija y su casa; a ambas consagraba su vida entera, sus cuidados y sus desvelos; en la primera, educándola, haciéndola una mujer buena y honesta, cultivando sus nobles sentimientos, y cuanto a la segunda, desviviéndose por aumentar el negocio que en ella tenía y que, al correr de los años, le había producido, a más de un buen pasar, notable puñado de onzas que algún día, cuando él faltase, serían el pan de su Estrella.

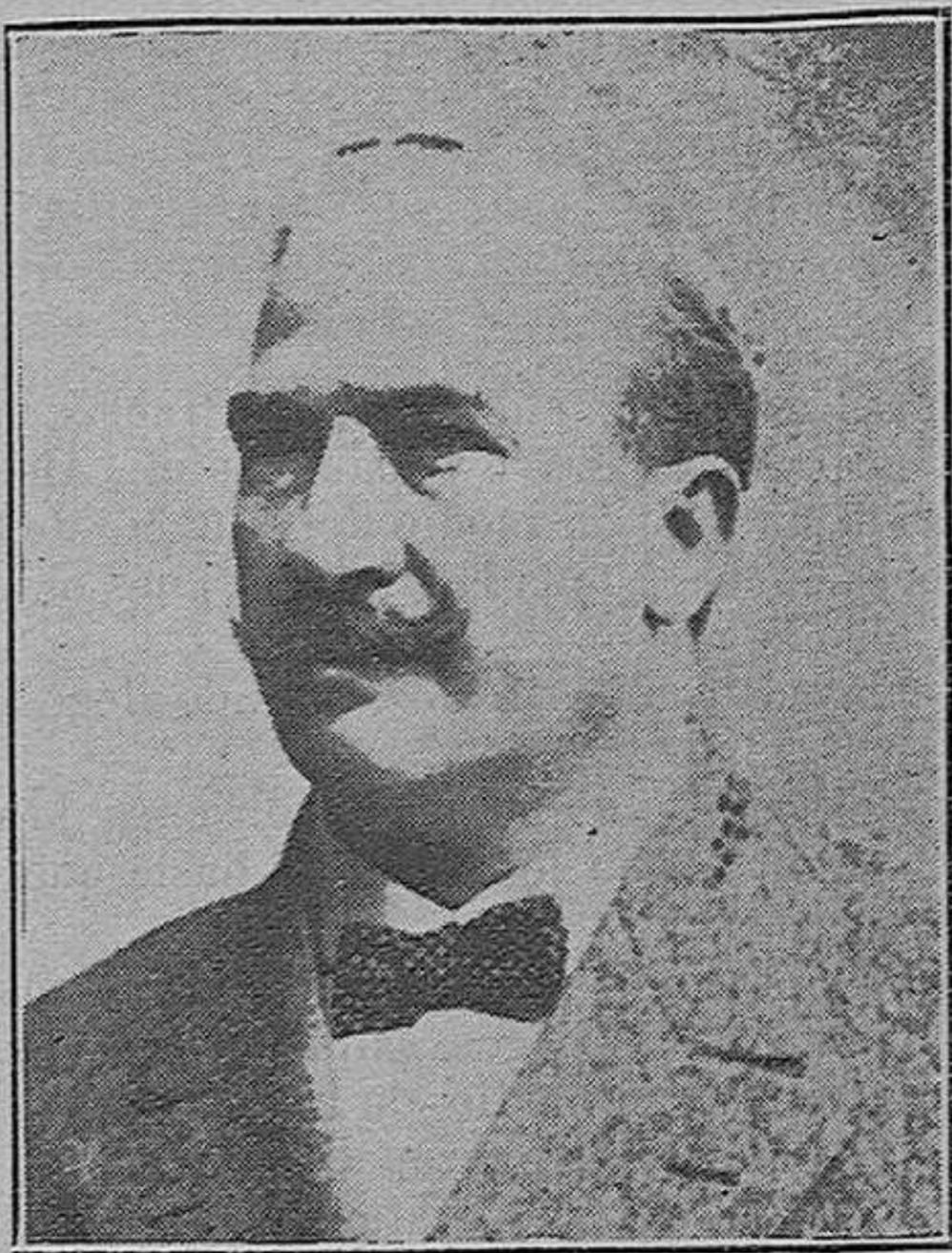
Siendo la moza tan bella como queda dicho, bien se supondrá que era el blanco de todas las miradas y la ilusión de muchos corazones que palpitaban dentro de casacas militares con estrellas o sin ellas.

Y aquella mujer, cuya casa rebosaba constantemente de gentes de guerra, en son de paz, que tenía adoradores por docenas, desde militares de alta graduación hasta simples soldados, aquella fortaleza inexpugnable de hermosura y gracia, aquella mujer de ojos negros, de mirar profundo, de líneas que hacían adivinar una escultura de carne, perfecta, como Venus de Milo; aquella mujer, en fin, donde se reunían la expresión de la belleza de raza fuerte; pujante de hembra sensual, fundida al sol andaluz y un mucho de distinción en modales y maneras y hasta en la forma elegante de vestir, dió su cariño a un soldado y dejó con un palmo de narices a muchos oficia'es. El afortunado se llamaba Fausto García.

Así las cosas, transcurrían plácidamente los días en Rubiales, donde los paisanos se habían acostumbrado a la idea de que los carlistas habían de venir inevitablemente y esperaban confiados en el valor y la defensa de los isabelinos, a los cuales tanto querían, ya colectiva, ya individualmente; y hasta el mismo coronel que mandaba la fuerza se desesperaba de permanecer en aquella inactividad, cuando un día..

---

Para tranquilidad de todos y en el buen cumplimiento de la misión confiada, el jefe de la fuerza, desde el día de su llegada, dispuso que un numeroso cordón de centinelas, de los cuales el primer puesto estaría junto al Ventorro de la Estrella, se extendiese camino adelante, por uno y otro lado de la venta, encerrando así al pueblo entre dos semicírculos, para ejercer una estrecha vigilancia y que nadie pudiera entrar ni salir del pue-



D. Alejandro Lerroux y García,  
Diputado a Cortes por Posadas y La Rambla.

---

blo sin pasar por la fila de soldados y ser autorizado por un jefe.

La noche en que este relato tiene su desenlace, al novio de Estrella le tocó de guardia.

En las afueras del pueblo, en tienda de campaña al efecto dispuesta, estaba el cuerpo de guardia, del cual, a las doce de la noche, hora de relevo, salió un pelotón del que formaba parte Fausto García, y que, al distribuirse en reemplazo de los que estaban de servicio, tocó de suerte al soldado de mi cuento, por capricho de la casualidad, vivaquear junto al Ventorro de la Estrella.

Un observador, en las primeras horas de la noche, hubiera visto salir del Ventorro a un muchacho que, receloso, ocultándose de las miradas, estrujando contra su pecho un papel doblado, corrió hacia el pueblo.

El papel decía así: «Señor Teniente, mi *nobio* está de *canti-  
nela*, *benga husté* a la noche, lo espero por el *coral*. Estrella».

III

—¡Centinela alertaaa !

—¡Alerta estáaa!

—¡Alerta estáaa!

Y cada vez más lejos, por la cuerda de centinelas, hasta perderse a lo lejos, sonaba lento, grave y pausado el «Alerta está», como campanadas de un reloj en medio del silencio de la noche, recorriendo de boca en boca toda la fila. Después el mismo silencio lo asumía todo de nuevo.

Junto a la Venta, contestó a la voz, cuando llegó su turno, Fausto.

La noche era obscura, terriblemente obscura; la ronda de vigilancia apenas era vista por los soldados hasta que estaba a unos pasos de distancia.

Ante las línea de centinelas se extendía un inmenso campo de labor, donde apuntaban los trigos, salpicado por multitud de montoncitos de piedra, que en medio de la obscuridad bien pudieran confundirse con hombres agazapados.

Fausto avizoraba la obscuridad, tratando de distinguir entre aquellos bultos de piedra, otros que él había creído ver, en un momento, moverse.

Será ilusión mía - pensó—y siguió vivaqueando.

Miraba hacia el Ventorro, puesto su pensamiento en la bella ventera, cuando un ruido producido a sus espaldas le hizo volverse y vió a un hombre, que cerca de él, seguro del terreno que pisaba, aunque fuera de camino, sin reparar o sin hacer caso del centinela, se dirigía a la venta.

El corazón del soldado latió con fuerza; había reconocido en aquel hombre a su teniente D. Luís Marín de Robledales, cortejador en un tiempo de su Estrella.

Una duda cruzó por su imaginación, helándole la sangre; un rayo de celos se clavó en su alma, torturándola.

—¿Qué irá a hacer el teniente a estas horas por aquí? No puede ser más que.. eso.

Sintió deseo de echar a andar tras él, pero el deber le contuvo; recordó entonces los bultos sospechosos que creyó ver a su frente y tornó a mirar y ¡horror! esta vez no se engañó, llegaban ya muy cerca de su puesto, y eran muchos, y eran sin duda los caristas. Un momento más y los reconoció; vió sobre sus cabezas la mancha opaca de sus gorras uniformes, distinguió el brillo de unas bayonetas.

Rápido como el rayo, atropelladamente, consecutivamente dió las voces de ordenanza hacia los grupos y en el mismo ins-

tante, apuntando su fusil disparó, pero no hacía el montón de hombres que venía, sino a uno solo que, en aquel momento saltaba las bardas del corral de la Venta: al teniente Marín, que, dando un grito, cayó hacia fuera, inerte.

Y como si aquel tiro del soldado fuese una señal, del campo que frente a la línea de los centinelas se extendía, brotaron mil puntas de fuego y mil detonaciones que pusieron en conmoción, con su ruido al tranquilo pueblo, que dormía...

Al día siguiente, unos camilleros recogían del campo los cadáveres de muchos soldados muertos la noche anterior.

La batalla había sido dura; a los isabelinos les costó muchas bajas, pero consiguieron abuyentar a los carlistas, que dejaron junto a aquellos montoncitos de piedra cadáveres a montones, y regueros de sangre abonando aquella tierra fructífera.

Y aquel mismo día, en el parte del coronel al Ministro de la Guerra figuraba entre los muertos en el ataque de aquella noche el nombre del bizarro teniente D. Luís Marín de Robledales.

El Gobierno en premio al sacrificio de la vida por la Patria, le concedió la Cruz laureada de San Fernando.

En su sepultura se leía el siguiente epitafio: «Aquí yacen los restos de: que en vida fué el bizarro teniente D. Luís Marín de Robledales, muerto heroicamente en defensa de la Patria el da...»

Y un periódico, en su información acerca de la guerra, al tratar del ataque de Rubiales, a un artículo encomiástico en el que figuraban, entre otros nombres, los del teniente D. Luís Marín y el soldado Fausto García, ponían este título «¡Paz a los héroes!»

EDUARDO DÍAZ RUIZ.

---

## EL MAGASIR DE LAS MUJERES EN LA GRAN MEZQUITA

---

Fragmento de la obra en preparación  
*La Gran Mezquita de Occidente.*

Llaman poderosamente la atención, al que con algún detenimiento visita la Mezquita, tres arcos, más pequeños que los demás, que hay en cada una de las cuatro hiladas de columnas más orientales de tan notable monumento.

De igual prerrogativa gozan las dos series de arcos más septentrionales de las ocho naves construídas en tiempos de Almanzor, o sea las ocho primeras contando de Oriente a Occi-

dente; esto es de la calle del Sol a la de Torrijos, que igualmente se diferencian de los demás por su forma y tamaño.

La manera especial en que están agrupados, sus diferentes formas y dimensiones y la situación en que se encuentran colocados dentro del edificio, nos ha hecho pensar muchas veces que bien pudiera obedecer su extraña construcción a alguna razón o fundamento, y que su rara traza y tamaño fuera señal de que en aquellos lugares que determinan se llenaba alguna necesidad o menester aún no conocido, no siendo, por tanto, su construcción, producto de un mero capricho de los alarifes que concibieron y realizaron tan portentosa obra.

La circunstancia de encontrarse todos ellos dentro de la ampliación efectuada en tiempos de Almanzor, es el punto de partida del estudio que nos proponemos hacer de tan interesante rareza, y al hacerlo hemos de procurar, con el mayor esfuerzo, no dejarnos arrastrar por el contagioso y perjudicial impresionabilismo que en estos últimos tiempos parece haberse exacerbado en todo lo que se refiere y atañe a la dominación sarracena, como si un exceso de fantasía de los moros heredada hiciera circular con mayor rapidez en nuestra sangre aquellos glóbulos que de sangre mora pudiéramos tener los andaluces en nuestras venas.

Fué en el año 377 de la Egira (987 de J. C.) cuando Mohamed Abi Amer el Moaferi, a quien por sus triunfos en la guerra habían dado el nombre de Al Manzur (el victorioso) empezó la última ampliación de la gran aljama cordobesa, que fundó el amir Abd er Rahman I, de sobrenombre Al Dajil (el invasor); amplió primeramente, añadiéndole ochenta columnas, Abd er Rahman II; restauró y decoró el Kalifa, primero que usó este título, Abd er Rahman III, de sobrenombre An Nazir ledin billah (el defensor de la ley de Dios) y amplió y decoró espléndidamente el Kalifa Al Haquen II, apellidado Al mostansir billah (el favorecido por Dios).

Obra de amires y califas, en todo el esplendor del imperio musulmita, cuando los reyes y emperadores cristianos ambicionaban y pedían su amistad, no hubo de escasearse, ciertamente, en construcción y decorado, nada de cuanto había en el mundo de excepcional y magnífico; las maderas más hermosas e incorruptibles, como el pino alerce, traídos expresamente de Marruecos, formaron, con exclusión de las maderas del país, su techumbre; los donativos y regalos del emperador Constantino Porfirogénito, dieron aquellos raros materiales llamados foseifesa, con que se confeccionó el inestimable mosaico que embellece el quiblak (mediodía) de la mezquita en las cobbas de mihrab, llegando al extremo de enviar obreros especiales para que realizaran este trabajo; los talentos más preclaros intervinieron en su fábrica,

dejando en ella la demostración más completa de su saber e inteligencia, y cuantiosos tesoros se invirtieron en la obra, a la que concurrió, como factor importantísimo, crecido número de obreros cristianos que suministró el contingente de cautivos que vinieron, atraillados como bestias, de Galicia, de León y demás reinos cristianos de la Península, en las gazuas y razzias que anualmente realizaban, sobre todo en tiempos del tan temido Abi Amer al Manzur.

Apoderado éste del gobierno supremo, contando con la protección y los favores de la sultana Sobheya, de quien había sido secretario íntimo, vencidos cuantos rivales pudieran oponerse a su onnímodo poder y habiendo relegado al inútil califa Hixen a su maravilloso palacio de Medina Azahara, nada enturbiaba el cielo de su ambición satisfecho más que el deseo de perpetuar su nombre y con él el testimonio de su omnipotencia; y a este fin emprendió la colosal obra de la ampliación de la Mezquita, en la que, a pesar de su extensión y grandeza, sólo se invirtieron dos años y medio.

Si magnífica y espléndida fué la obra que en la gran Aljama realizaron los amires y califas que la edificaron, no menos admirable es la obra efectuada por el poderoso Al Manzur, resolviendo, con singular acierto, difíciles problemas de construcción, en condiciones y términos distintos a como habían sido resueltos por sus predecesores, pues, como no podía menos de suceder, su obra se acomoda a su tiempo y claramente nos enseña las diferencias de criterio, gustos y tendencias que la separan de las distintas épocas en que fueron edificadas las otras porciones del soberbio monumento.

Claro resulta de la comparación de las obras efectuadas por los amires y califas y las que realizó el poderoso hagib el adelanto conseguido en los 218 años que mediaron desde que Abd er Rahman I comenzó la Mezquita hasta la ampliación que aquél realizara, diferencia en lo que atañe a la perfección y exactitud de la construcción, al mayor conocimiento y mejor aplicación de las verdades y principios en que se apoyan las artes y al adelanto en los medios y formas de resolver las dificultades técnicas de la construcción, pero, al lado de estas perfecciones, que pudiéramos llamar científicas, vemos que los conceptos de idealidad y belleza no son los mismos; vemos que a aquella exquisita variedad en el detalle, que, realizado con amplia libertad, sin dejar de ser eminentemente artístico y extremadamente bello en todas y cada una de sus variías partes, forman, sin embargo, en su conjunto, un todo armónico, único y majestuoso, ha sucedido un rigorismo algún tanto exagerado, desmereciendo con él la admirable espontaneidad que tan sabiamente se vé rearizada en los primeros tiempos; a las proporciones admirables,

que, por su diversa relación, expresan con toda exactitud la idea que inspiraba a sus primeros autores, ha sucedido una más perfecta y matemática igualdad, tanto menos bella cuando es menos espontánea y menos artística, aunque sea exacta, pero menos ajustada a la idea que la informaba; y, por último, a la observancia de las reglas de la curvatura que exige la semejanza y proporcionalidad de los puntos opuestos equidistante del centro, fielmente cumplidas en las construcciones de los amires y califas, ha sucedido una descentración que hace desproporcionadas a las partes entre sí y faltas de relación armónica con el todo.

Este es el reflejo fiel y exacto del pueblo musulmán del Andalus en este período; en él se manifiesta, con toda claridad, su decadencia, apareciendo con ella las sutiles y aparentes perfecciones de la forma y de lo externo a expensas de lo esencial, ya corrompido; a los sentimientos más puros, ideales y sublimes de los primeros tiempos han sucedido las ideas menos elevadas del beneficio material, de la utilidad é interés, si bien encubiertas y ocultas por la mayor perfección y exactitud en su expresión.

Este cambio realizado en las artes, que nos demuestra y enseña la ampliación construída por Almanzor, no es más que consecuencia lógica y necesaria de los sentimientos y estados de ánimo de su época, en que a los conceptos psicológicos más elevados han sucedido otros que no lo son tanto, si bien se exteriorizan con más perfecta y acabada forma.

Y si como vemos, en todos los órdenes de ideas se realiza esta transformación decadente, necesariamente se produjo también en las relaciones del hombre con la mujer, dentro del concepto que de ella impone el Corán a los creyentes, si bien ganando en expresión al exteriorizarse por el empleo de más delicadas formas y por el uso de atenciones y deferencias que antes no se manifestaban.

En la obra de Almanzor encontramos demostradas estas afirmaciones y, para comprenderlo así, precisa recordar algunos detalles de la vida de este pueblo, relativos a la forma de su culto.

Todas las mezquitas, con más o menos exactitud, tienen orientados los cuatro muros exteriores a los cuatro puntos cardinales y en el correspondiente al Sur se coloca, indefectiblemente, el oratorio o lugar preferente donde se conserva y venera un ejemplar del Corán, a cuyo lugar, dando los musulmanes el nombre de Mihrab, orientándolo en esta forma en el equivocado concepto de que así el creyente, al hacer su azala u oración mirando al Mihrab, dirige su vista en dirección de la Meca, error que proviene de que, construída la gran Mezquita de Damasco, capital del califato de Oriente, en esa forma, porque,

por su situación geográfica, la Meca se encuentra, con más o menos exactitud, al Sur de dicha capital, a erigir mezquitas los califas y alarifes de aquella época, poco versado en paralelos, longitudes y demás extremos geográficos, tomaran como modelo la gran Mezquita de Damasco, erigida por los Sumos Pontífices del Islamismo y, estando esta orientada al Sur, como hemos dicho, todas las demás han resultado con la misma orientación, aunque no era la que deseaban y en cada caso correspondía a su deseo.

La Mezquita de Córdoba no se sustrajo a este error y también resulta orientada en esa forma y su alquiblah es el Sur como en todas las mezquitas; en él y en el centro se edificó el Mihrab, que hoy admiramos, en tiempos del califa al Mostansir al Haquen II, en el que se veneraba el Corán de Otmán doblemente estimado por la pureza de su origen y por estar manchado con la sangre de dicho califa.

Delante de este Mihrab se forma un vestíbulo dividido por columnas en tres partes: la de la derecha, mirando al Sur, que por una puerta comunicaba con el sabatk o pasadizo que unía la Mezquita con el Alcázar, era el lugar destinado, exclusivamente para el sultán, en el que no penetraba nadie más que él y que recibía el nombre de cobba es sultan; la de la derecha se destinaba a la lectura del Corán y se conocía con el nombre de ait el mimbar, por estar colocado en ella el mimbar, púlpito o cátedra, con un espléndido y riquísimo atril profusamente decorado, donde se colocaba el libro santo para su lectura durante la ceremonia, a cuyo lugar se trasladaba desde el Mihrab en solemne procesión por los ulemas, amines, imanes, alfaquíes y demás ministros del culto, quedando libre la parte central de dicho vestíbulo.

Todo el frente de éste y el de un arco a la derecha y otra a la izquierda y con una anchura hasta la línea que hoy forma lo que se conoce con el nombre de capilla de Villaviciosa, determinando un espacio rectangular que quedaba cerrado por una fuerte verja de madera artísticamente tallada y decorada con profusión y lujo, constituía el espacio reservado a los hagibs, walíes, cadíes, imanes, notables y poderosos que constituían la corte del califa, recibiendo el nombre de Macsourah.

El resto de la Mezquita se destinaba a los hombres, excepción hecha de parte de las últimas naves; esto es, las más lejanas de la quiblah, que estaban reservadas a las mujeres, con sus puertas independientes, según claramente consigna Al Macari en el párrafo siguiente, que, traducido al castellano, dice así:

«El número de puertas (de la Mezquita) grandes y pequeñas, 21 puertas; en el costado occidental, 9 puertas, de las que una era grande para entrar las mujeres en su macasir, y en el

costado oriental, 9 puertas, de las que eran para los hombres ocho puertas, y en el costado de la izquierda, 3 puertas, de las que eran para los hombres dos puertas grandes y una puerta para las mujeres a su macasir.»

Cuáles fueron estos lugares, no resulta de ninguno de los autores que conocemos, ni tampoco por tradición ha llegado a nosotros noticia de su conocimiento. Es, pues, sólo la inducción lo que podemos emplear para determinar con lógica certeza el sitio donde estuvieron emplazados dichos macasires, a partir del dato evidente de su existencia demostrado por el texto de Al Macari que dejamos transcrito

Ya hemos visto la división de lugares establecidos en el interior de la Mezquita, en razón al orden jerárquico o preeminencia de las personas que los ocupaban y en ellos hemos de observar que la decoración de cada uno es proporcionada a la jerarquía de sus ocupantes; así notamos que el lugar destinado al libro santo es el más lujoso y profusamente decorado; su suelo y su techo y gran parte de sus muros están cubiertos de mármoles costosos, algunos, como el del techo, de una sola pieza, de tamaño verdaderamente extraordinario, y los espacios que dejan estos en los muros se llenan con magnífico estuco o con esos raros materiales que forman brillante y artístico mosaico que llamaron foseifesa.

Siguen a este lugar, en orden a magnificencia, el ait el mimbar y el cobba es sultan, el primero, en que se hacía la lectura del libro revelado o inspirado por Dios y el segundo, el que ocupaba el representante de Dios en la tierra, el sultán, amir o califa, en los que es igualmente rica y brillante la decoración, aunque algo más profusa y ostentosa.

Estos tres lugares de la Mezquita, exclusivamente y con especialidad dedicados a Alah, fueron los más lujosa y costosamente decorado, en perfecta relación y armonía con la sublimidad y grandeza de la idea de Dios, que en ellos tenía su asiento y expresión, por su revelación en el Corán, por su predicación, por la lectura del mismo y por su representante en la tierra, fueron dotados de pavimento de mármol, según hace constar, especialmente, Al Macari y sólo con referencia a este lugar, de donde parece deducirse que el resto de la Mezquita no tuvo dicha clase de pavimento, porque, de no ser así, para nada tenía dicho historiador que establecer una diferencia, como distinción, honor y preeminencia sólo a Dios concedida.

A las excelencias de estos lugares sigue en orden de ornamentación la macsourah pero dentro de ella se establecen distinciones importantes, siempre en la misma relación de mayor ornamentación para lo más preeminente.

La nave central, en cuyo extremo norte, que corresponde

hoy al arco que da ingreso a la capilla de Villaviciosa, estaba la puerta principal de entrada a la macsourah, es la más suntuosa, con más adornos en sus frentes y con un friso en que, con caracteres cúficos de realce, se leen escogidas suras del Corán; era el lugar destinado al hagib y ulema o alfaquí que, oficiando de director o maestro de ceremonia, disponía y regía la zala.

Las dos naves adyacentes a la derecha e izquierda de la central desmerecen ya bastante en su decoración y sólo se distinguen por la forma de sus arcos de entrada y por constituir su frente principal los arcos exteriores del ait el mimbar en una y de la cobba es sul'áu en la otra, y en ellas se situaban los ulemas, alfaquíes, walíes, talebs y demás altos dignatarios militares y civiles.

Y, por último, las dos naves postreras a derecha e izquierda, formando el límite de la macsourah, cuya decoración especial sólo consistía en el arco del quiblak de cada una más lujosamente exornado que el resto de la Mezquita, la ocupaban los caídes cadíes, amines, imanes y ministros inferiores del culto y la justicia.

Y todas estas naves, cercadas por la lujosa verja ya descrita, constituyen un lugar de honor y preeminencia para todo lo que representaba fuerza, valor o distinción, sin que nada que en algo se distinguiera dejara de tener cabida en ellos con separación del vulgo que ocupaba el resto de la Mezquita.

Si en esta se señalaba con un distintivo todo lo que no era la masa general, es lógico suponer que el lugar destinado a la mujer en la gran Mezquita estuviera comprendido en esa ley general y se señalara también con un decorado especial que lo diferenciara del vulgo, tanto más si se tiene en cuenta que a la mujer se dedicaba en la vida íntima las más bellas y escondidas construcciones. en retretes y alhamies suntuosos, decorados con las más ricas alcatifas y los más bellos az-zullys v alféizares y los más selectos y exquisitos perfumes; los más bellos y elegantes baños; los más recónditos y poéticos jardines y los más suntuosos palacios, como Medina Azahara, a una mujer dedicado y por ella y para ella construído; ¿cómo, pues, en la vida oficial y pública, puesto que la religión es la base y esencia del pueblo árabe, no había de señalarse su presencia en la Mezquita con alguna distinción? Extremo es este que, si bien no constituye una demostración completa, hay que aceptarlo como cierto, para no incurrir en el absurdo de la negación de su esencia.

Un pueblo que tributa al amor un culto religioso, que considera a la mujer más que como compañera del hombre como instrumento de placer que Dios le ha concedido, y con el que ha de premiar en la vida futura las buenas obras realizadas en esta; que en todas sus manifestaciones respira sensualidad y lu-

juría, no se concibe que no manifieste en el templo, expresión esencial de su organización político-religiosa, alguna deferencia, algún detalle que distinga a la mujer del abyecto vulgo, cuando en la vida privada la considera, distingue y aprecia y le ofrece los mayores sacrificios y dispendios

Es, pues, lógicamente admisible como cierto que alguna señal de distinción o preferencia tuvo en la Mezquita el lugar destinado a la mujer.

Convencidos de la certeza de esta afirmación, no encontramos dentro de la Mezquita, excepción hecha del mihrab y la macsourah, lugar alguno que ostente diferencias decorativas más que los arcos más pequeños y los lobulados que señalamos al principio y que causan la admiración y extrañeza del que visita con alguna detención el suntuoso monumento.

Parece, pues, cierto que esa rareza, que esos arcos más pequeños y de formas distintas de todos los demás, señalan el lugar de los macasires que menciona Al Macari.

Esto, a su vez resulta confirmado por la exacta coincidencia de la situación de las puertas señaladas por dicho historiador con los distintos lugares en que se encuentran emplazados los arcos referidos.

Una de las puertas del costado de Oriente coincide con el espacio que determinan los arcos del centro de las cuatro hileras de columnas más orientales; una puerta del norte coincide con las dos series de arcos de las ocho naves construídas por Almanzor y otra puerta de Occidente, si bien no coincide con ninguna señal existente, coincide con las últimas crujiás de la Mezquita de Abd er Raghman I en las cinco naves comprendidas entre la puerta central y el muro de Poniente, en las que muy bien ha podido perderse la diferencia que tuvieran por las reparaciones que ha sufrido esta parte de edificio en el siglo XIV, en tiempos de D. Enrique el segundo, que señala el borde superior del muro exterior, de distinta altura que su lado homólogo y que la ampliación de Almanzor o en la época de las obras del cruce-ro en el siglo XVI o en la reparación general del siglo XVIII, cuando se construyeron las absurdas bóvedas de cañón que desfiguran la Mezquita, o en las obras realizadas en el XIX al instalar las grotestas cristaleras que cierran estas naves, por más que prudentemente pensando es lícito suponer que este macasir, el más antiguo, el construído en la primera Mezquita, no tuvo nunca decoración especial, porque el decorado de Abder Rahaman I y de su hijo Hixen nunca fué tan suntuoso y espléndido como los que llevaron a cabo Abd er Rahjam II, An Nasir y sobre todo Al Haquen y, además porque la rudeza de las costumbres, la falta de formas exquisitas propias de tiempos de mayor adelanto, como ya dejamos establecido al principio, no

daban lugar a que se manifestaran sentimientos y delicadezas impropias del atraso de la época en cuanto a la expresión de las ideas.

Por las razones expuestas, bien podemos, ya que no tener la evidencia de una explicación documentada completa y concluyente de la rareza de los arcos de referencia, al menos poseer una suma de indicios racionales que satisfacen la curiosidad que excita su hasta ahora inexplicada existencia siendo tan bella y poética esta incertidumbre que deja ancho campo a la fantasía para forjarse los más bellos conceptos de los ignorados marcasi-res, que no sabemos qué fuera mejor desear, si un esclarecimiento completo de la duda que en algunos espíritus pudiera aún albergarse o esta misteriosa incertidumbre que sublima aún más la belleza del más grande monumento del mundo que de otras edades conserva como su mayor gala la noble ciudad que primero se llamó patricia y más tarde sultana de Occidente.

JOSÉ DOMINGO RUIZ DE QUIJANO.

## LA FLOR DE ALMA

El viejecito íbame enseñando sus flores, como un padre pro-lífico pudiera enseñar la legión de sus hijos. A pesar de la edad que representaba, conservábase muy bien. Andaba erguido y hasta con cierto aire de majestuosidad. Sus vivos colores, que hacían resaltar más la aureola de plata de sus cabellos, denotaban una sangre todavía ardiente y rica. Los ojuelos, brillantes, eran alegres y no había en ellos la más leve sombra o recuerdo de una tristeza, de un pensamiento profundo u oculto. No había, en fin, en aquel hombre ninguna huella de algo espiritual que hubiera embellecido, con leve matiz de desencanto, de melancolía o de dolor, aquel semblante o aquel continente. Todo revelaba en aquella vida, en su ocaso magnífico, la plenitud y preponderancia de la materia sana y robusta, limpia y alegre de vivir, como esos arroyuelos transparentes y tranquilos, que sin más que la pureza de sus aguas, corren por un cauce del que se ven las limpias piedras.

¡Mire V.— me decía enseñándome sus plantas—aquél helecho magnífico! Pocos ejemplares habrá visto como él... Pues ¿y aquella palmera?... ¿Y aquel plátano?..

Era, en verdad, admirable aquel jardín y aturdía por la policromía de sus flores y lo penetrante de sus perfumes. Había allí toda clase de plantas, de todos los países y de todos los climas. En los arriates, centenares de corolas competían en belleza. Las había espléndidas y arrogantes, que orgullosas domina-

ban como reinas a las demás. Habíalas más humildes que sin la pompa de unas hojas, pequeñas, y suaves de color, inclinaban hacia el suelo los cálices como queriendo ocultar modestas la belleza del perfume que las delatará.

Estaban tan amorosamente cuidadas, reinaba tal orden en aquel pueblo de vegetales, significaban tantos desvelos y cuidados tenaces y constantes, que quise saber si todo ello era obra del viejo, y le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que posee este jardín?

Mirome sorprendido, y en sus labios se inició una sonrisa de suficiencia por mi ignorancia, y me contestó en un desbordamiento de verbosidad largo tiempo contenida.

— ¿Que si hace mucho tiempo?... Toda la vida, señor. Nací aquí y aquí me he criado. Compró el terreno mi padre con los ahorros de toda su vida y murióse al lado de las flores que sembró. . y de ellas vivo yo. ¡Ya ve V. si las querré! Mi padre, el pobre, cuando esto le devolvió el dinero que le había costado, rindiéndole una ganancia, me quiso poner a otro oficio menos humilde. No quería que mis herramientas fueran la azada y la podadera. Pero yo no quise, porque me tiraban mucho las plantas y porque yo veía que no había de servir para nada en quitándome del lado de las flores que me habían visto nacer; es este un oficio más delicado de lo que muchos se creen y mi padre también, y no es de los que menos ciencia necesitan. ¡Son tan delicadas las flores! Mismamente yo las comparo a las criaturas ¡Si supiese V. los cuidados que cuestan! A lo mejor se ponen malas. Cualquiera cosa las estropea y hace que se mueran. Pero luego es una alegría ver cómo nacen, cómo van creciendo, cómo se alegran con el sol, cómo se abren sus corolas y toman color de vida, cómo sufren y cómo gozan. ¡Porque tienen alma y resisten y sufren igual que nosotros, vaya..! Ya vé V. si lo sabré, que me he pasado la vida a su lado y no tienen secretos para mí..!

Pues no le digo nada cuando se da con una flor nueva y desconocida que se sabe que es hija de uno, aunque solo viva unos días.

Esto no se comprende hasta que se sabe, que a veces he estado años enteros ingertando unas rosas en otras para sacar un matiz nuevo, que quizá nadie sabría apreciar más que yo, que se que no hay otra igual.

Todo esto es muy hermoso, y vale más de lo que parece, pero la gente no lo entiende. Se creen que todo son flores y que tanto vale este tulipán corriente, como una orquídea de las más vulgares. Por eso yo soy feliz. Tengo mis ahorrillos, cortos porque todo el dinero me parece poco para mis plantas, y todo lo

gasto aquí... ¡Cómo que son igual que si fueran mis hijos, aunque sea mala comparación!

Si me hubiera casado y los tuviese los querría más, pero me darían más disgustos y, a última hora, se me marcharían por ahí

Estos no se van, y cuando me muera no estaré tan solo como se figuran.

¿Para qué más compañía que toda esta bendición, creada por mí, y su perfume?

Aunque V. se ría, le diré que he pensado que, después de muerto, tendré más compañía que los demás, pues mis hijos pueden vivir donde me entierren, y los otros sólo van algunas veces donde descansan sus padres, y eso los primeros años.

Reíase inconsciente al decir esta frase, sin conocer su profundidad, y luego continuó mostrándome su tesoro.

Sabíase de memoria todos los nombres y los días que contaban. Sabía las que estaban enfermas, y las convalecientes, allí donde otro solo hubiese visto un color más pálido. Como un avaro a sus monedas, las acariciaba hablándoles con un lenguaje pueril y extravagante, y tenía miradas cariñosas para las humildes y satisfechas y orgullosas para las hermosas y espléndidas.

Pero donde la obsesión o manía por las flores mostrose más dominadora y pujante, en aquel hombre que por las flores vivía y en ellas alentaba, fué al abrir con unción casi religiosa la puerta de su pequeño invernadero.

—Aquí están—díjome—las más raras, y las mejores. Hay que descubrirse delante de ellas, porque quizá no vuelva a ver otras iguales en su vida. Estas las guardo para mí. Me ha costado, el dar con algunas de ellas, muchos años, y no saldrán de aquí más que conmigo

En aquel santuario de la flor, sagrario de sus bellezas, exóticas unas, monstruosas otras, como ídolos chinos; delicadas y frágiles como alas de mariposa. de magnífica y sublime apariencia, pero de odioso perfume otras; de misteriosas e ideales coloraciones y, por último, de penetrante y enervador perfume las demás, destacábase entre todas, como reina que reuniera de todas las bellezas y cualidades, una flor, solo una, tan fastuosa, tan sobrenatural que podía comparársela a una de aquellas ideales reinas asiáticas espléndidamente ricas y hermosas.

Tenía en sus pétalos carnaciones de mujer, y parecía que había de estremecerse si se la tocara, como la satinada piel de la mujer querida.

Sustentábala una planta que contrastaba con la flor por su horrible fealdad y pobreza. Todo lo que aquello tenía de exuberante, tenía la planta de raquíca y desmedrada.

Parecía como si toda su vida la hubiera dado a la flor que era su espíritu, hasta quedarse exhausta y próxima a morir.

Preguntéle al jardinero la causa de aquel contraste y me contestó contándome su historia

¿Le extraña a V., no es verdad? . Es mi única tristeza y mi más legítimo orgullo. Me ha costado muchísimo tiempo. La pobre planta me admira que viva y no debe extrañarle su miseria y feo aspecto cuando sepa que ha sufrido multitud de ingertos y pruebas que ni sé como ha podido resistir.

En su clase era uno de los ejemplares más hermosos y robustos que he conocido, y hoy todo lo que valía se lo ha dado a la flor.

Pero no me pesa, créame V., perder la planta por el gusto de haber poseído una flor como esta, de la que es bien seguro que ni los reyes poseen otra igual

Ante el orgullo de aquel hombre, todo fuerza y materia, por lo que metafóricamente llamaba sus hijos, y aquella planta enferma y anormal que todo era perfume y espíritu, mi alma abismóse en un sin fin de dudas y salí de allí bajo el predominio de una confusión, motivada no sé si por la embriaguez de los perfumes, o por el laberinto de ideas que en mí suscitó aquel contraste...

WENCESLAO F. SOTO.

---

# MOSQUETAZOS

---

## Un mitin en Villacualquiera.

— Queridos convecinos: buenas noches.  
Después de saludaros  
y de daros las gracias, pues vinisteis  
al mitin a que fuisteis invitados  
para hablar de elecciones y política,  
tengo el muy alto honor de presentaros  
a Don Rufo Rascón y Rupilanchas,  
señor de gran talento y mucho arraigo  
y que, como sabéis, es del partido  
en que todos nosotros *melitamos*.

No *sus* digo los méritos que tiene  
ni el *pograma* que trae, pero *fijarsus*  
en su buena presencia. en sus modales  
y ¡ya veréis un hombre veterano!

Pues bien; en las primeras elecciones tenemos que sacarle diputado para bien de este pueblo; y más que nada para bien del partido

—¡Bravo, bravo!

—Sabéis mejor que yo que Teodorico, jefe del otro bando, es un *arsolutista*, es un cacique que nos tiene ojeriza a los contrarios y nos trata peor en cuanto manda que trato yó a los suyos cuando mando, y los dos no cabemos en el pueblo por lo cual es preciso derrotarlo.

Y a eso viene el señor, que os quiere mucho aunque en Villacualquiera nunca ha estado, y se trae un programa para hacernos muy felices, y vá a desarrollarlo.

Desarróllelo usted, Don Rufo. He dicho.

¡Ya veréis, ya veréis qué papagayo!

—Gracias, Don Sisebuto; muchas gracias.

Queridos y apreciables ciudadanos: Salud y Libertad. Hónrame mucho estar en este instante a vuestro lado percibiendo el latido persistente de vuestro corazón, que está clamando por el triunfo de nobles ideales que yo defenderé con entusiasmo si consigo que al templo de las leyes me lleven vuestra fé, vuestros sufragios.

—¡Qué bien habla Don *Rufio*!

—¡Mía que porra!

¡Como que es candidato!

—No interrumpáis, que le cortáis el chorro de la peroración, y eso es muy malo.

—Pues bién. Voy a exponeros mi programa en síntesis (no quiero molestaros) y si tenéis que hacer observaciones hacedlas, que os escucho con agrado. Yo quiero que seais todos felices aquí en Villacualquiera...

—¿Y los contrarios?

¿Los del tío Teodorico?

—¿Quiés callarte

y no meter la pierna, Gundemaro?

—Habla de los amigos, de nosotros sus correligionarios.

—A los que no lo son, se sobreentiende que al igual que vosotros he de odiarlos. A esos, pienso extinguirlos; la política no tiene entrañas, según dice el adagio *Politicum, entrañibus carenciam*.

—¡Que bien habla en francés el diputao!  
—¡Que te calles, Borrueco, si es que puedes! Siga usted, señor Rufo. No haga caso.

— Continúo. Me consta que este pueblo no tiene protección; de ella está huérfano porque los que hasta el día en el Congreso su representación han ostentado nada hicieron en pro de los vecinos.

—¡Poco a poco! que algunos lo lograron, y si no, que lo diga Chirimías.

—¿*Quiez* callarte, Burrueco, só pelmazo?

—Esos no son favores generales cual los que yo he de hacer al vecindario. Yo, exigiré al Gobierno que os conceda cuanto queráis. Pedidlo sin reparo.

¿Queréis ferrocarril?

—De vía ancha.

—De ancha vía será. Voy anotando, ¿Deseáis carreteras?

—Dos ramales.

—Pocos ramales son. Os daré cuatro que bien los merecéis ¿Queréis escuelas?

—Una de tauromaquia.

—Bien pensado

—No ha de ser sólo Córdoba y...

—Queremos

que nunca falte pan y *haiga* trabajo.

—¿Trabajo deseáis? ¡Noble deseo!

Pues bien; ¡trabajo os mando!

Hacedme peticiones, a eso vengo, a escuchar vuestros ruegos. Sois los amos

—¿Puedo hablar, Sisebuto?

—Habla.

—Yo quiero

que me dé este señor un buen estanco.

—Yo una admenistración de Loterías.

—Yo quiero que coloquen a mi hermano de peón caminero, que está cojo.

—Y yo, que haga portero, a mi cuñado, de cualquier menisterio, qués mu perro y siempre está dormiendo.

—Se ha acabado el pedir. ¡Si parece que os ha hecho la boca un fraile!

—¡Dijo que pidiéramos!  
—¡Pero si no queréis más que coloque a todos los inútiles y vagos!

—¿Pues no es esa la moda?

—¡Callar, digo!  
Parece que os estáis pitorreando, y además, que en destinos yo le tengo preparada una lista de mil diablos; y estas cosas se piden de otra forma, que así las pediré yo: por lo bajo.

—Se ha explicado muy bien el Presidente. Votadme y tener fé. Tiempo muy largo hay para conceder las bagatelas que con buena intención haisme indicado.

—Es que igual nos decía Don Onofre la otra vez, y después que le votamos pues .. si *sus* he visto no me acuerdo.

- ¡¡Señores, que es D. Rufo el que está hablando!! y cumplirá, de fijo. ¿No es bastante con el ofrecimiento? ¿O es que acaso queréis que traiga al hombro las *crenciales*?

—No se incomode usted.

—¡Si apuran tanto. !  
—Pues bien; en cuanto coja el acta, espero conseguir que el Estado conceda diferentes subvenciones para que hagáis Escuelas, un Mercado, Paseos, Matadero, Cementerio y otras obras que iremos proyectando, más el ferrocarril y los ramales de que al principio hablamos. Y todo sin costarle al pueblo nada.

—Eso es lo que queremos.

—¡Bravo! ¡Bravo!  
—Ya lo véis. ¿Qué os parece el *pogramita*? ¿Lo aceptáis?

—Lo aceptamos.  
—Pues ya sabéis cuál es el compromiso. Aquí tiene que ser el Diputado sin remedio el señor de Rupilanchas. Si no a fuerza de votos de estacazos. De eso pende la dicha de esta villa. ¡Viva D. Rufo!

—¡Viva muchos años!  
—¡Viva el padre del pueblo!  
—¡Viva, viva!  
—¡Y mueran los contrarios!  
—¡Viva, viva!  
—Se dice muera, torpes...  
—¡Pobrecillos, están entusiasmados!  
—¡Viva Villacualquiera!  
—¡Viva viva!  
—Y basta ya; que el mitin se ha acabado.  
Conque a salir con orden, que hay señoras  
y deben de salir sin embarazo.  
Y atropelladamente, dando voces  
salieron del local los ciudadanos.

En un rincón del edificio, vimos  
a un pobrecito anciano  
que con honda tristeza murmuraba:  
«Un sermón parecido al de otros años  
y que se ha dicho aquí doscientas veces  
por azules, por rojos y por blancos.  
¡Cuánta palabrería! ¡Qué frescura  
y cuánta tontería y cuánto párvulo!  
Yo no acierto a explicarme por qué dicen  
que vamos progresando,  
ni si los que concurren a esta farsa  
son unos vividores o unos cándidos;  
pero lo que me consta es que en el pueblo  
¡hay más maldad y más pobres que antaño!»

JUAN OCAÑA.

---

## Regionalismo Andaluz

---

«Hay necesidad de concertar un ideal que despierte el alma andaluza y haga reverdecer el laurel rosa en las tierras y en las comarcas de Andalucía. Hay necesidad de una ley que sustituya al viejo derecho y reorganice el régimen de nuestra región. Hay necesidad de una aristocracia que encarne aquel ideal y actúe esta reforma».

Y ya no son aspiraciones vagas e imprecisas de un pueblo, que en rumor confuso pide derechos y redenciones. El alma andaluza, la que vagamente se adivina dormida en las floridas vegas y sierras de su región entera, en las sutiles celosías y fi-

ligranas de la poética arquitectura árabe-andaluza, en su cielo, en sus fiestas de salvaje incultura a veces, de mística liturgia en otras, en sus flores, en sus mujeres, en todas partes donde palpita un sentimiento, un aroma un rayo de colorido, el alma andaluza va concretando un ideal; y este ideal, nutrido de su fertilidad y engalanado con las más excelsas joyas del ingenio y del arte andaluces, resucita el pasado poderío de la región bética, y aspira, en una evocación de fuerza incontrastable, como todas las que pretendió Andalucía, que ésta sea, como en los medioevales tiempos, la antorcha de la Civilización entera, y que el perfume que engendran su sol y su tierra cubra de deleitoso aroma andaluz los ámbitos que vive la Humanidad toda.

Es acaso el ideal andaluz, el que más tarde nace en las regiones españolas. Exuberante toda Andalucía de vida y de Civilización, con ideales floridos y fecundos durante el imperio de los árabes, las demás tierras hispanas, rescatándose del dominio de los mismos, sin llegar a compenetrarse de ellos, comenzaron a formar el suyo. Y cuando de Andalucía fueran expulsados, el alma andaluza, que en ellos encontró sus más ardientes defensores, quedó estéril y desconocida en su grandeza. Y Andalucía, que siguió dando a la patria riquezas, sabios, guerreros, arte y honores sin cuento, falta de ideales, permaneció silente y muda, llorando la mancilla de su espiritualidad rota.

Es hoy, ante el temor de que vacile el solar patrio, al aparecer en España las siniestras figuras de la guerra, la emigración y el hambre, cuando reverdece el ideal andaluz y, descubriendo la potencialidad que atesora latente, se erige, con toda la majestad de sus siete civilizaciones, en ideal redencionista para todos los ideales patrios, y exige para sí todo lo que le fué arrebatado de su solar por la vorágine del centralismo.

Un andaluz ilustre ha trazado las brillantes líneas que encabezan estas humildes. Una aristocracia de pensadores, de intelectuales de acción y de genio concretarán el ideal andaluz; harán el inventario de las riquezas béticas para no sufrir en ellas la expoliación que hoy las agota; marcarán los jalones de una nueva ley que destierre nuestros viejos regímenes, destruya el derecho de señorío de pueblos y aldeas y aplaste el caciquismo; y librarán, en fin, a Andalucía del dogal que hiere y mata la delicadeza y ensueño infinito de sus ideales.

Y cuando termine este apostolado, y Andalucía sea de los andaluces, su ideal florido y riente, como en pasados tiempos, será la infantil mano trabajadora y gloriosa que acaricia suavemente, asegurando un porvenir próspero y fecundo, a la envejecida, aunque siempre infatigable y victoriosa madre patria.

## EL ROBLE MILENARIO

Pasé la tarde en una sociedad de recreo, escuchando con profunda atención una brillantísima conferencia sobre el desamparo del suelo peninsular, que no tiene aguas, ni árboles, ni pájaros.

En un teatro asistí después a la representación de una tragedia del tiempo antiguo, quizá fuese la de Don Alvaro de Luna, hecha sobre la base de tremendas injusticias amparadas por grandes y pequeños.

Volví a mi casa verdaderamente rendido por las amargas verdades de la escena y la tribuna.

Acababa de cerrar los ojos cuando el sueño puso de nuevo en actividad mi espíritu, que mezclaba caprichosamente las impresiones de la vigilia.

Me vi cubierto por un traje de entonces, abatido y desamparado, solo, completamente solo, en un camino de Castilla

Sentí una inquietante sorpresa, porque me hallaba en tal forma y situación, y a punto estuvo de desvanecerse la urdimbre que el sueño comenzaba a formar, pero se acomodó el espíritu a la imprevista escena, y seguí caminando.

La sed y el hambre me devoraban, el sol me enloquecía, el polvo me quitaba el aire para respirar. ¿Dónde encontraría reposo? Ni un arroyuelo donde beber, ni un árbol que me ofreciera el regalo de su sombra, nada. Ni pájaros había en el yermo suelo.

Una hora y otra caminé rendido de fatiga, como si marchase hacia la muerte.

Al cabo, cerca ya de la noche, caí, más muerto que vivo, al pie de un roble corpulento y frondoso.

Cerca corría sereno un débil hilo de agua.

Me arrastré como pude hasta él y bebí con ansias locas.

Pero absorbía más tierra que agua y frenético fuí hasta el manantial y con las manos, retorcidas como garfios por la rabia, escarbé con toda la fuerza de mis nervios en tensión para que el líquido elemento brotara a chorros, que yo pudiera apagar la sed y otorgar el consuelo reparador de un baño al cuerpo, reseco por la inclemencia de la fatigosa marcha a pleno sol.

Pero el manantial quedó cegado por mi torpe propósito de convertirlo en torrente abundoso.

Devorado por la fiebre volví al árbol, a cuyos pies caí rendido, resuelto a dejarme morir.

El hambre me sacudió enseguida, pero ¿cómo ni dónde buscar alimentos?

Observé que se agitaba el ramaje del árbol y presumí entonces que los pájaros lo habrían convertido en refugio contra las tupidas sombras de la noche y en sitio de reposo para restaurar las heridas de los inclementes rayos del sol de fuego.

Subí no se cómo a la copa y, con júbilo inmenso, me apoderé de una collera de zoritas que se hallaban en un nido.

Caí más que bajé con la preciosa carga, y me incorporé enseguida ansioso de disfrutar del impensado obsequio.

Y ahora ¿cómo acondicionar mi caza para comerla?

Pero yo disponía de un hacha fiera y reluciente que me salvaría del conflicto.

La esgrimí contra las primeras ramas del árbol y a poco disponía de leña.

Hice lumbre y me dispuse a disfrutar de mi botín.

Apuntaban ya las luces del nuevo día.

Cuando saboreaba la primera paloma, dorada por el fuego, un pastorcillo pasó por la carretera.

Observó el manantial cegado, el árbol herido, los pájaros muertos y emprendió velocísima carrera, profiriendo terribles gritos de indignación.

Me incorporé atemorizado, previendo un grave peligro.

Cerca de mí, muy cerca, se levantaban las primeras casas de un pueblo.

Salieron los vecinos a las voces del pastor, que lanzaba tremendas condenaciones en un castellano recio y duro, y vinieron hacia mí armados de hoces, bieldos y otros instrumentos campesinos.

A poco me redeaban y en seguida me ví tirado en el suelo y sujeto por cordeles fortísimos, que se me clavaban en la carne.

Luego me pusieron en pié, junto al árbol.

El que había capitaneado a los aldeanos y que era con seguridad el alcalde, porque lucía una interminable vara en la mano derecha, se puso frente a mí para comenzar el interrogatorio.

Los labriegos decían: ¡Que lo ahorquen! ¡Nos ha quitado el agua, ha destrozado un nidal, ha herido el árbol milenario, a cuya sombra descansábamos todos! ¡Este extranjero va contra nuestros campos! ¡Que se haga justicia, que se cumpla la ley!

—¡Pero si eso no se ha hecho nunca!—dijo una voz española, de todos los tiempos, que se escucha en todas las épocas de nuestra Historia.

—¡Pues ahora se va a cumplir para general escarmiento!—respondieron los demás.

Me agarraron unos brazos forzudos, de hierro, de labrador

enfurecido porque le ma an la tierra; levantóseme hasta la altura del cordel que pendía del árbol, me acomodaron el dogal al cuello y me soltaron entonces.

Fué un momento de espanto horrible, pero no llegó la muerte.

El árbol, que estaba herido por los golpes ciegos de mi hacha, no pudo resistir el peso de mi cuerpo y los dos caímos en tierra.

La conocida voz de antes, llena de verdad y amargas burlas, dijo:—¡Ni queriendo se hace justicia!

Es verdad, pero yo me había salvado.

Ya despierto, y una vez disipado el susto, pensé en la necesidad de que se castigara a los enemigos del campo, no con la horca, ni con azotes siquiera, pero sí con los correctivos suficientes para remediar nuestro viejo desamor por la tierra, nuestra mala costumbre de mirarla siempre como un lugar de paso y no como la casa solariega, el suelo común donde se levantan los jardines de la vida y los camposantos tranquilos que han de guardar nuestras cenizas hasta que trocadas en polvo se incorporen a las tolvaderas que recorren de uno a otro confín los puntos todos de la desamparada Península, que debiera ser una patria de ensueño.

E. G. NIELFA.



# Relojería Suiza Joyería y Platería

~~~~~ DE ~~~~~

*Bermann Piaget*

---

1, Plaza de Cánovas, 1 (antes Fendillas)

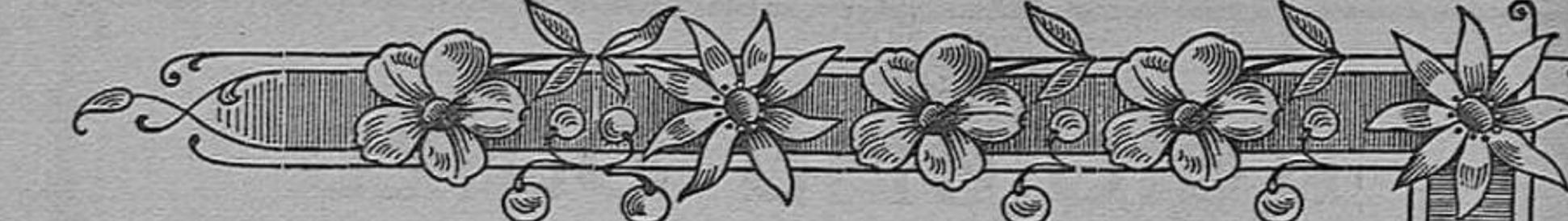
En este antiguo y acreditado establecimiento, que cuenta siempre con el creciente favor del público, hay constantemente un abundante y variado surtido de relojes de bolsillo, sobremesa, despertadores y pared.

Estos relojes, pedidos directamente de las fábricas de Suiza y Francia, permiten que puedan ofrecerse con notable ventaja á su numerosa clientela.

Gran surtido en joyería, piedras preciosas y óptica.

## PRECIOS ECONÓMICOS

Se compran toda clase de monedas de oro, piedras finas y objetos de arte antiguos.



ALMAGÉN DE MERCERÍA

# La Sevillana

CONDE DE CÁRDENAS, 24.

---

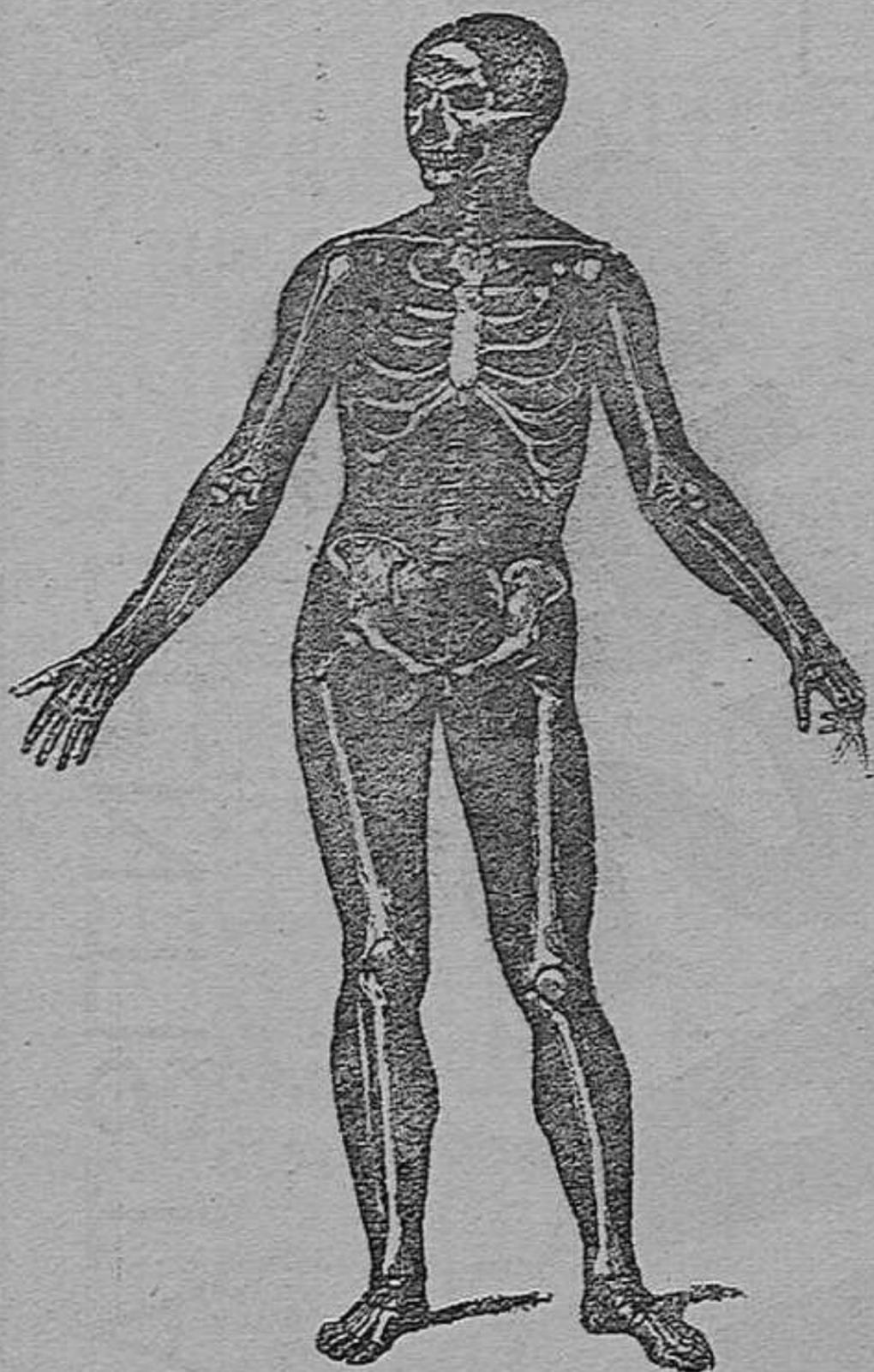
Completo surtido en adornos de todas clases, encajes, tiras bordadas, cintas, botones, abanicos, aplicaciones y tejidos de seda para adornos y blusas, guantes, calcetines, medias, para-guas, perfumería y artículos similares.

J. MARTINEZ GIMENEZ  
CORDOBA



# PEREZ

== BRAGUERISTA ==



SE CONFECCIONAN  
aparatos  
para corregir los  
piés  
EQUINO-VAROS  
por parálisis y  
CONGÉNITO

APARATOS  
para corregir  
la incurvación  
de la columna  
vertebral  
y desviación  
de la  
escápula

PIERNAS  
ARTIFICIALES  
y toda clase de  
aparatos  
que se crean  
indicados  
según  
los casos.

## Bragueros Mecánicos

de contención gradual á voluntad, con aplicación á  
hernias inguinales y escrotales.

**GARANTÍA ABSOLUTA**

—Informes y Dirección, San Fernando, 81.—CÓRDOBA—

DENTISTA

# FR CASA MANA

Premiado  
con Medalla de Oro.  
Córdoba.





# CONFITERIA

Pastelería y Repostería

DE

## Antonio Mira Dorado

CONCEPCION, 25 Y 27.-TELEFONO 162

CÓRDOBA

Se sirven toda clase de dulces y pasteles, vinos y licores. Extenso surtido en mazapanes, furriones, alfajores, roscos, manecados y polvorones.



## GRAN CAFÉ Y CONFITERÍA LA PERLA

Establecimiento el más suntuoso y mejor de España

Por lo que contribuye al ornato y embellecimiento de Córdoba y por la riqueza y esplendor con que han sido atendidas todas las necesidades de este establecimiento, merece el constante favor del público, que encontrará siempre las más ricas variedades en toda clase de artículos de este ramo y en fiambres, conservas, quesos, vinos y licores de las mejores marcas nacionales y extranjeras.

Diariamente se elaboran esquisitas especialidades en pastelería y dulces de todas clases.

Servicio á domicilio y por encargos de cuanto se pueda desear, respondiendo siempre esta casa de la bondad de sus productos, trabajo esmerado y economía en precios.

Grandioso surtido en artículos para regalos.

Gondomar, 1.-Sevilla, 1 y 3.-Teléfono número 4



GRAN ESTABLECIMIENTO  
DE  
*Tejidos del País*  
Y EXTRANJERO  
DE

NICOLAS GUIRAO

Altas novedades  
para señoras  
y caballeros

PRECIOS FIJOS POR METROS

Duque de Hornachuelos, 2 Córdoba  
(Antes Paraiso)

EXPENDEURÍA  
— DE —  
TABACOS  
HABANOS  
FILIPINOS Y  
PENINSULARES

— DE —  
RAPAEL GARCIA RUIZ  
4-CÁNOVAS-4

Extenso surtido en estuches con los papeles de fumar COCO, EDEN, RELOJ DE ORO, LA CONCHA, PERLA y otros varios, de la muy acreditada Fábrica de ALCOY de la VIUDA DE M. BARONAT.

De venta en todos los Estancos de Córdoba y su provincia.

Variado surtido en postales boquillas.

# La Cordobesa

ALMACÉN

— DE —

## MADERAS

PLAZA DE COLÓN, 20

TELÉFONO 185

Manuel Ruiz y C.<sup>a</sup>

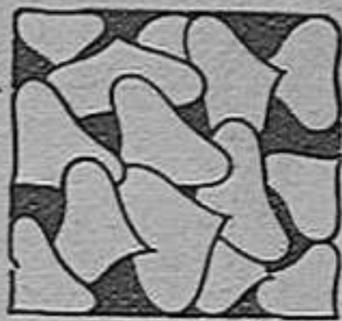
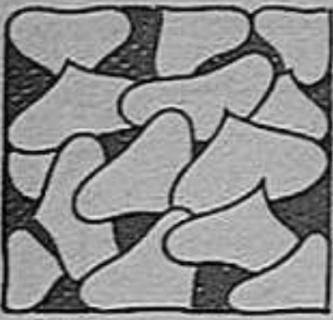
CÓRDOBA

MADERA EN EXISTENCIAS

Flandes rojo, pino tea y pinzapos, álamo blanco, chopo del Norte en medianas y rollizo, castaño, chapas de nogal, caoba y otras molduras de todas clases.

Flandes aserrados en todos anchos y gruesos.

PRECIOS ECONÓMICOS

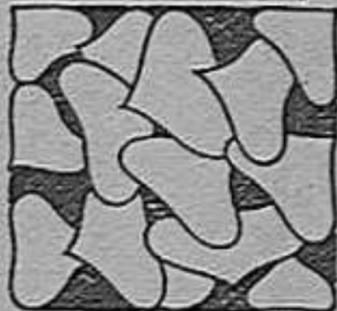
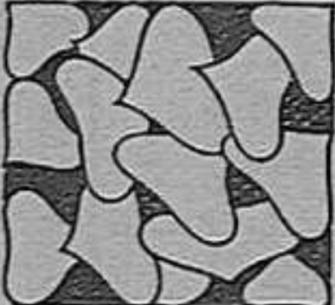


*Emilio del Pino*

*Bavilán,*

Practicante autorizado  
para la asistencia á partos.

Almanzor, 11 † Teléfono 294



CÓRDOBA

Francisco Paguas Ordóñez

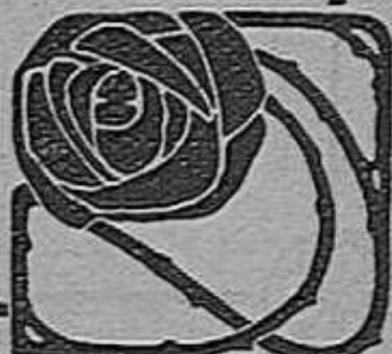
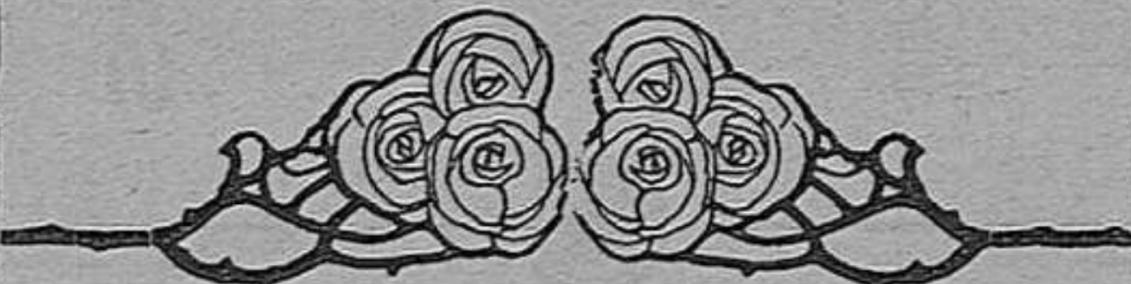
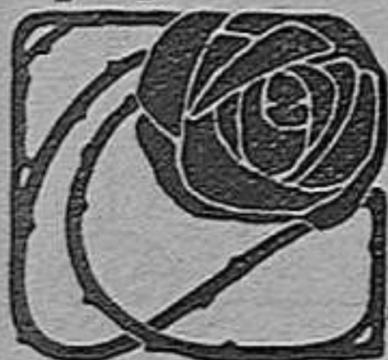
CONSTRUCTOR

DE —

**CARRUAJES**

Especialidad en ruedas de goma,  
las que se colocan inmediatamente.

Jerónimo Páez, 14 † Córdoba



# LA ESTRELLA

SOCIEDAD ANONIMA DE SEGUROS

Domicilio social: Madrid, Expoz y Mina, 6

Capital desembolsado 5.000.000 de pesetas.

Seguros de incendios. — Seguros sobre la vida. — Seguros marítimos.

Seguros de paquetes por ferrocarril.

Banqueros: Banco de Gijón, Banco de Oviedo, Banco Hispano Americano, Banco Español del Río de la Plata.

LA ESTRELLA tiene hecho el depósito prevenido por la ley.

Subdirector en las provincias de Córdoba, Granada y Jaén, D. ANTONIO CONROTE. — Oficinas: Alfaro, 28 y 30, Córdoba. — Representantes en todas las capitales y pueblos importantes de España.

## ACCIDENTES DEL TRABAJO

LA ESTRELLA trabaja este ramo á primas muy reducidas y respondiendo del riesgo de hernias. Delegado en las provincias de Córdoba, Granada y Jaén, D. ANTONIO CONROTE. — Oficinas: Alfaro, 28 y 30.—Córdoba.

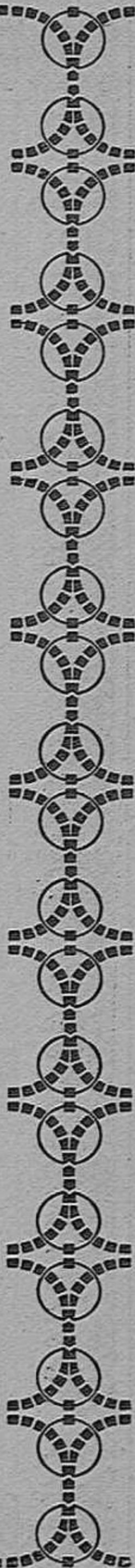
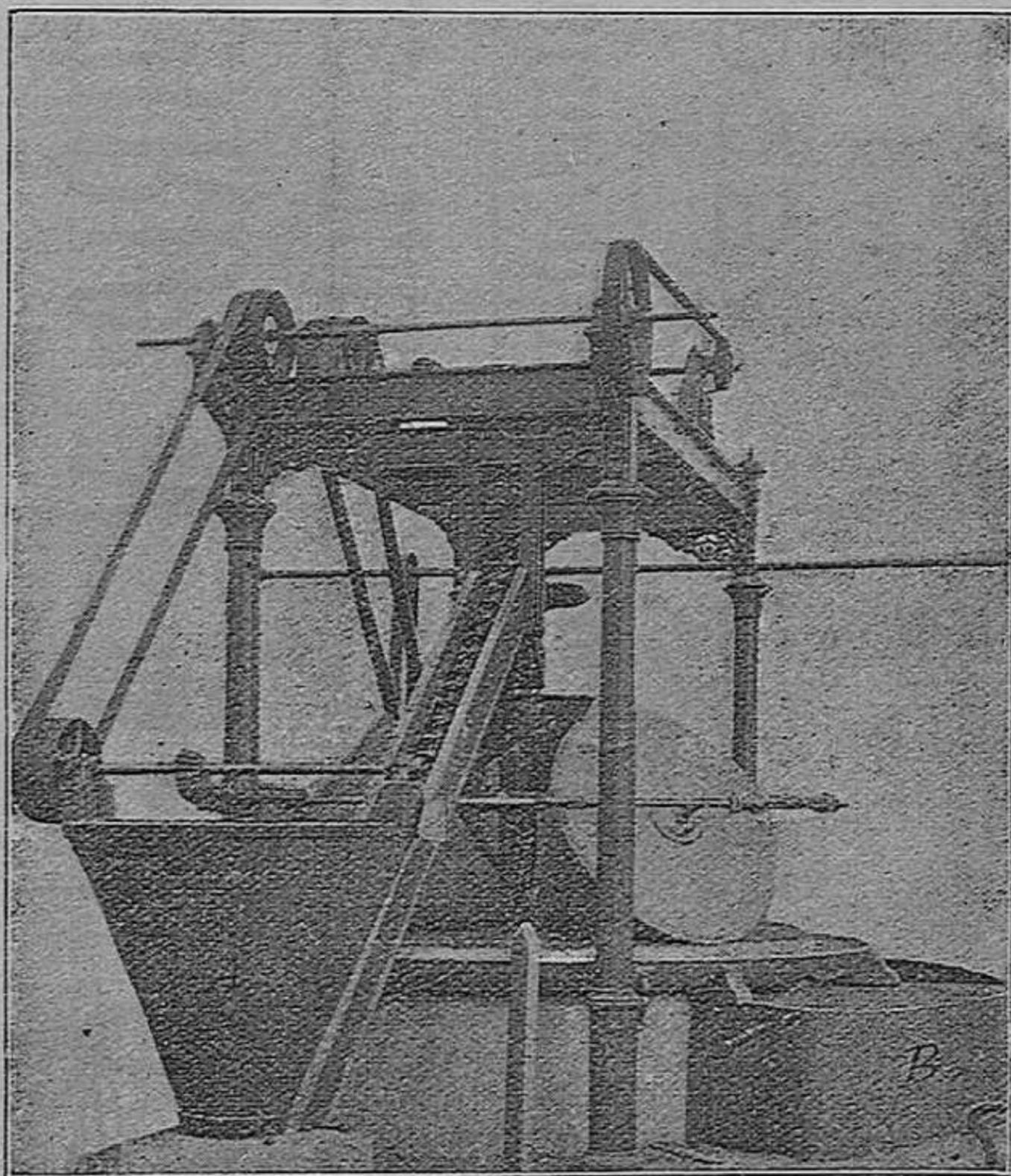
# LA CORDOBESA

- S. A. -

## FUNDICION Y CONSTRUCCIONES METÁLICAS

CALLE CUARTELES NUEVOS

Especialidad en instalaciones aceiteras  
y trabajos para minas.



SANTHARIA Y MERLO  
COSECHEROS DE VINOS EN VALDEPEÑAS

CALLE TORRIJOS, 11 Y CASTELLANOS, 9

EN CORDOBA: PIERNA 9

A CARGO DE

Adriano Pintado y Merlo

# LA URBANA

COMPañÍA ANÓNIMA

— DE —

## SEGUROS CONTRA INCENDIOS

FUNDADA EN 1838

v autorizada por Real Orden de 4 de Marzo de 1838 y Decretos de 28 de Diciembre de 1849 y 24 de Diciembre de 1857

**ESTABLECIDA EN ESPAÑA DESDE 1843**

Premiada con Medalla de Oro y dos Medallas de Plata en la Exposición Universal de 1889;  
y con Medalla de Oro en la Exposición Internacional de 1890;  
un Diploma de honor en la Exposición de Burdeos de 1895  
y dos Diplomas de honor en la Exposición de Rouen de 1896

**CAPITAL SOCIAL CINCO millones**

**GARANTÍAS DE TODAS CLASES**

Capital, Reserva, Primas del año corriente y Primas por recibir

**79 millones de francos**

REPRESENTACIÓN GENERAL EN ESPAÑA

**PRECIADOS NÚM. 4, PUERTA DEL SOL, 10. — MADRID**

Director en Córdoba, D. Rafael González López

**Campo de la Victoria, 16, duplicado.**

BODEGAS DE VINOS FINOS

— DE —

*Morilla y Sos Moriles*

— DE —

F. LOPEZ LORENZO

HEREDERO

— ANTONIO ALARCON LÓPEZ —  
CÓRDOBA

**EMPRESA**

DE

**ELECTRICIDAD**

DE

**CASILLAS**

Instalaciones para alumbrado y consumo de energía.

Suministro de fluido á motores destinados á fábricas de aceite, panaderías, talleres mecánicos, máquinas de aserrar maderas y mármoles, tejidos, bombas y elevación de aguas.

Aplicaciones medicinales, etcétera, etc.

OFICINAS Y ALMACENES

Plaza de Jerónimo Páez, 2

CÓRDOBA

UTENSILIOS DE COCINA

— Y —

PRODUCTOS ESMALTADOS

 FERRETERIA 

José de Viguera Madrid



Extenso surtido en todo cuanto se refiere á batería de cocina y comedor.

Herramientas para artes y oficios.

Almacenes y Despacho: Plaza de San Nicolás de la Villa, 16

PRECIOS SIN COMPETENCIA

# ARANZÁBAL Y AJURIA

GRANDES TALLERES

DE

## MAQUINARIA AGRICOLA

EN VITORIA Y ARAYA (ALAYA)

Especialidad en arados Brabant, ídem semi Brabant ó sin formón, ídem Ideales de ante tren y vara Gradas, Cultivadores, Pulverizadores de discos, Sembradoras á voleo «La Canadense», Trituradoras de grano, Cortaforrajes, Seleccionadoras Marot, Segadoras atadoras y agavilladoras; Guadañadoras, Rastrillos de caballo, marca Massey Harsis; Trillos rotativos, última novedad; Aventadoras á brazo, malacate y motor á gasolina, y todo lo concerniente á la Agricultura.

Repuesto de hilo, abacá y cáñamo.

Todas las Máquinas garantizamos sus buenos resultados.

Piezas de recambio para todas las Máquinas y personal práctico.

Sucursales en las principales Regiones agrícolas

En Jaen, Dean Mazas, núm. 7   

   En Córdoba, Gran Capitán, 22

Con talleres de reparación y obreros de las mismas fábricas.

Pedid catálogos y condiciones

Precios sin competencia

VINOS FINEOS

DE

Montilla y Los Moriles

JOSÉ ALFAYÁSTA

Cuatro Esquinas, 25 (inmediato al Gran Capitán).—Córdoba

Casa fundada en 1834.

VENTAS POR MAYOR Y MENOR

# LOS CINCO CAMINOS

Especialidad en Vinos finos y Aguardientes

DE MARCAS MUY ACREDITADAS

DE

RAFAEL HORNERO

PUERTA DEL RINCON, 100

CORDOBA

ALMACENISTAS DE COLONIALES

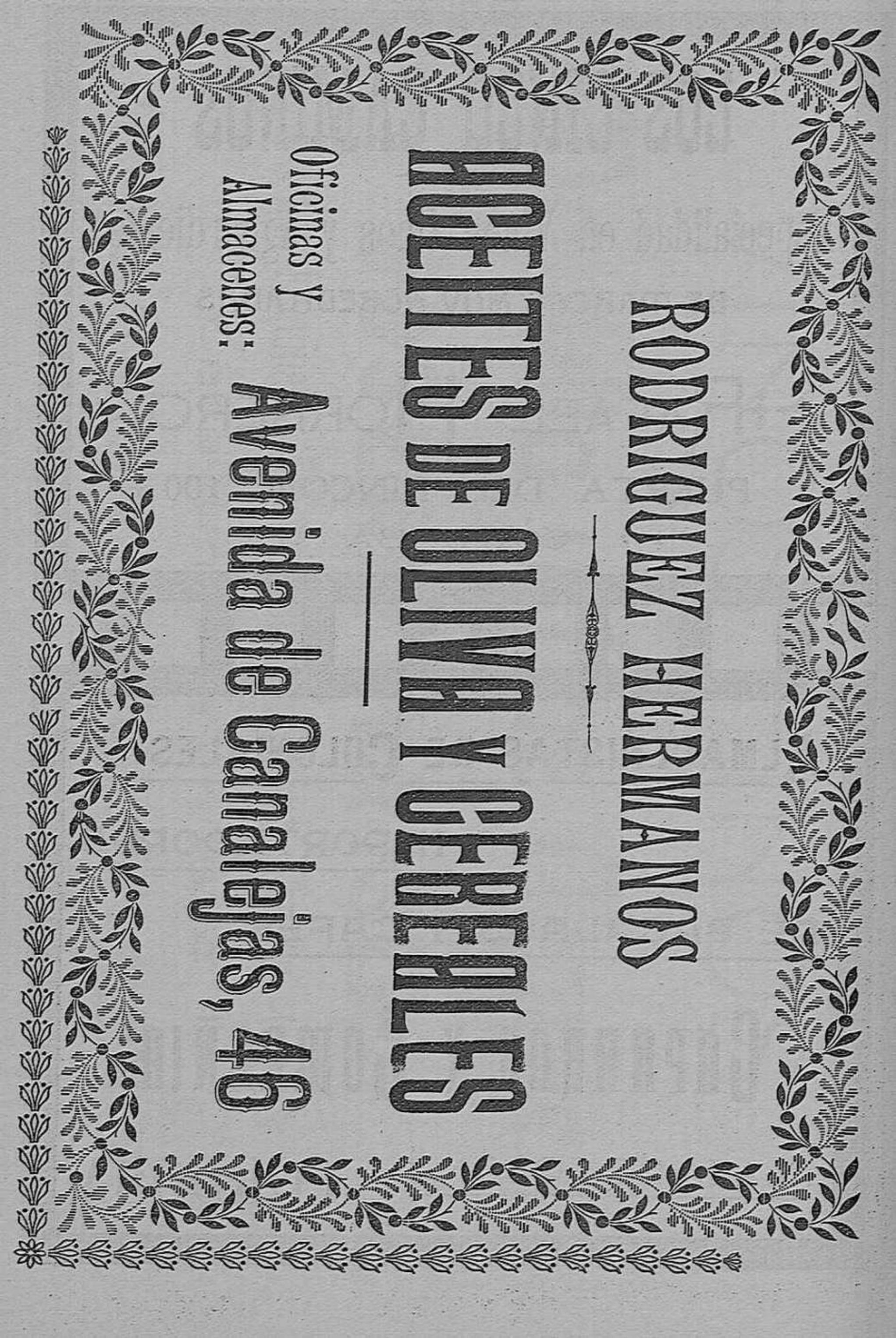
IMPORTADORES

DE BACALHAOS Y CAFÉS

CARREROS Y COMPAÑIA

PLAZA DE COLÓN. 1

CÓRDOBA

A decorative border with a repeating pattern of stylized leaves and berries, framing the central text.

RODRIGUEZ HERMANOS

REFRIGERANTES DE OLIVA Y CEREALLES

Oficinas y  
Almacenes: **Avenida de Ganalejas, 46**

# NUEVA EXPOSICIÓN

---

# PEDRO G. HERRERO

---

CASA CENTRAL:

2—MÁRMOL DE BAÑUELOS—2

SUCURSALES:

S. AGUSTIN, 44—GUTIERREZ de los RIOS, 34

---

## TEJIDOS

## GÉNEROS DE PUNTO

---

Esta casa conviene visitarla para hacer compras por el gran surtido que presenta en artículos para señoras, caballeros y niños.

Especialidad en pañería y géneros blancos, cuyos artículos están acreditados en esta casa por su buena calidad y precios baratísimos.

### VENTAS POR METROS Y AL CONTADO

---

### PRECIOS FIJOS

---

Todos los artículos marcan sus precios con números

# AUROLA

COMPANÍA ANÓNIMA DE SEGUROS

BILBAO

Capital suscrito:

**10.000.000 de PESETAS**

Capital desembolsado:

**3.000.000 de PESETAS**

Funciona de acuerdo con las prescripciones de la Ley de Seguros  
de 14 de Mayo de 1908.

**SEGUROS DE INCENDIOS**

**SEGUROS DE VALORES**

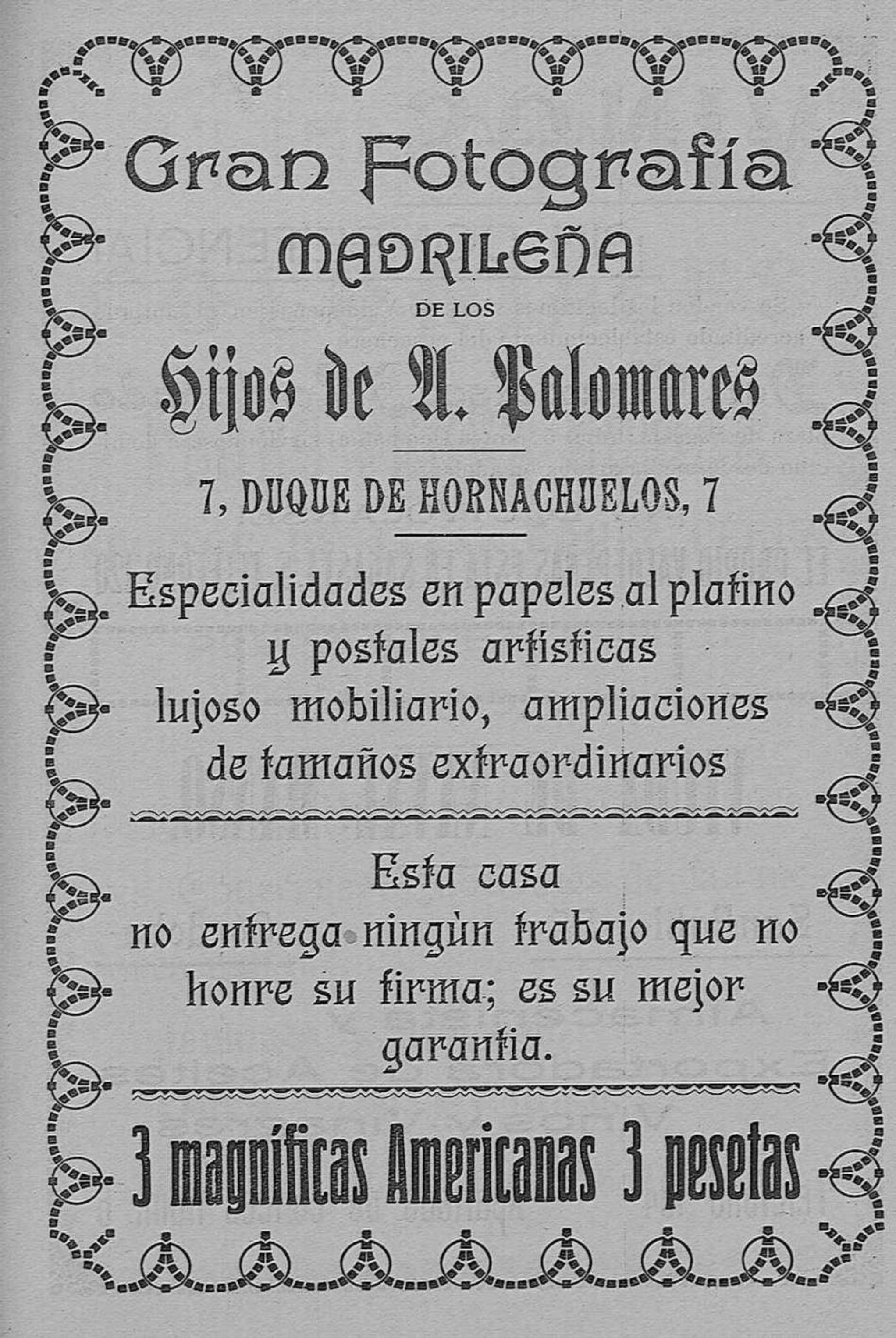
**SEGUROS MARÍTIMOS**

Subdirector en Córdoba y su provincia

**DON JAIME APARICIO MARIN**

**AMBROSIO DE MORALES, 16**

Publicado este anuncio con autorización de la Comisaría General de Seguros



# Gran Fotografía MADRILEÑA

DE LOS

## Hijos de A. Palomares

7, DUQUE DE HORNACHUELOS, 7

Especialidades en papeles al platino  
y postales artísticas  
lujoso mobiliario, ampliaciones  
de tamaños extraordinarios

---

Esta casa  
no entrega ningún trabajo que no  
honne su firma; es su mejor  
garantía.

---

3 magníficas Americanas 3 pesetas

# VINOS

**¡SIN COMPETENCIA!**

Se venden los legítimos vinos de Valdepeñas en el antiguo y acreditado establecimiento del cosechero

*Don Francisco Maldonado*

plaza de Sagasta, núm. 5, (antes Compañía) sirviéndose á domicilio desde media arroba en adelante.

**¡NO EQUIVOCARSE!**

**EL PROPIO VALDEPEÑAS ESTÁ EN SAGASTA, 5, TELÉFONO 120**

**VIUDA DE NAVAL MANSO**

San Pablo, 55

Córdoba

**Almacenista y  
Exportadora de Aceites  
Vinos y Vinagres**

**Teléfono 134**

**Apartado de correos núm. 6**

ULTRAMARINOS

- Y -

CONTINENTALES

PEDRO PÉREZ GÓMEZ

SUCESOR DE LUCAS GÓMEZ PÉREZ

PEDRO LOPEZ, NUM. 1

CÓRDOBA

Quesos, Mantecas, Cafés, Azúcares, Conservas, Chocolates de las mejores marcas.

Jamones, Salchichón.

Vinos, Coñac y Licores.

Galletas de las mejores marcas.



# Pescadería

DE

## ANTONIO NIETO REDONDO

### PESCADOS FRESCOS

de todas clases, recibidos en todos los mixtos y correos de Málaga

VICTORIANO RIVERA, 10 Y 12 (ANTES PLATA)

# Café del Gran Capitán



A cargo del antiguo y acreditado cafetero del Café de La Perla

## *Antonio Torres*

Gran variedad en refrescos gaseados

Cerveza helada al grifo

Chocolate con pastas, 30 céntimos

Granizadas, á 25

Mantecados y cremas variadas, 50

Salones de billar y dominó

Servicio esmerado y gratis á domicilio

TELÉFONO 31

**NOVEDADES EN TEJIDOS NACIONALES Y EXTRANJEROS**

**CASA ESPECIAL EN PAÑERÍA Y GENEROS DE PUNTO**

**JOSÉ GARRILLO PÉREZ**

**SUCURSAL**

Tejidos, Paquetería, Quincalla,  
Ferretería, Drogas,  
Coloniales, Camas de hierro  
y otros artículos.

**JOSÉ CARRILLO PÉREZ**

Marlínz Campos, 52 al 56

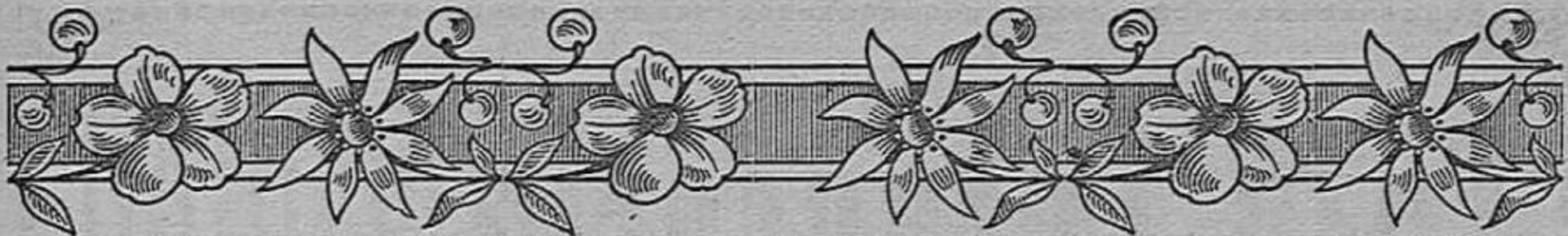
**MONTORO**

**DEPÓSITO**

de Pañuelos de Crespón, negros,  
flecós de seda  
y Manila, bordados en todas las  
combinaciones.

**CASA CENTRAL: Claudio Marcelo, 7**

**Córdoba**



ACISCLO CARRILLO & C<sup>ª</sup>

ESTABLECIMIENTO

DE

TEJIDOS

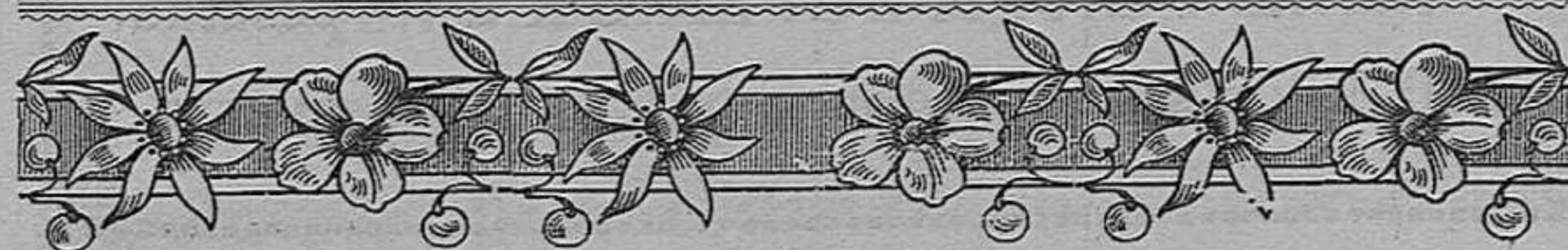
DEL REINO Y EXTRANJERO

Grandes Novedades  
para Señoras  
Caballeros y Niños

Duque de Hornachuelos, 8

Teléfono 131

CÓRDOBA



# Café Cervecería

---

GONDOMAR, NÚM. 14

---

Esquina al Gran Capitán

---

## MANUEL VERGARA NIEBLAS

---

## JOSÉ DELGADO MARTÍNEZ

Llano del Pretorio, 3. — Teléfono 222

ALMACENISTA, COSECHERO Y EXPORTADOR DE ACEITUNA

---

Especialidad en Garbanzos de finísima cocción y en clases corriente. No comprar este artículo sin antes ver los de esta casa.

MAIZ PLATA SUPERIOR á 19 pesetas  
100 kilos sobre vagón Sevilla y 20'5 en ésta.

# CARBONELL Y C. A. S. EN C.

## CORDOBA

Sucursales en Sevilla, Aguilar de la Frontera, Castro del Río, Pinos Puente y Melilla.

Compra venta de aceites y granos

Especialidad en aceites de oliva finos

Unico Gran Premio en la Exposición de San Luís (E. U.)  
GRAN PREMIO en las Exposiciones de Zaragoza,  
Bruselas y Buenos Aires.

Maderas de Flandes, del Norte de Europa,  
DE AUSTRIA Y DE AMÉRICA

Gran surtido en clases y dimensiones en sus almacenes  
de Córdoba, Sevilla y Melilla.

Fábricas de harinas, sistema Austro-Húngaro

Fábrica de fideos y pastas para sopa

Bodegas de vinos finos de Montilla

y del Pago de Los Mariles

Medallas de Oro en las Exposiciones de París y Barcelona,  
Gran Premio en las de Zaragoza, Bruselas  
y Buenos Aires.

Fábricas de aceites de orujo y de jabones

en Aguilar, Castro del Río y Pinos Puente

Fábrica de aceites finos en Córdoba

# BAZAR Y FERRETERÍA LA CAMPANA

Claudio Marcelo, 10



— CÓRDOBA —

## Molleja, Caballero y Comp.<sup>a</sup>

\* GRANDES ALMACENES \*  
en Ferretería, Bateria de cocina  
y Objetos de viaje.

Inodoros ingleses.

Correas de cuero inglés  
y de pelo de camello  
para transmisiones.

Depósito de Explosivos.

### VENTAS AL POR MAYOR Y DETALL

ESPINO ARTIFICIAL

CARBURO DE CALCIO Y CHAPAS

INGLESAS á precios ventajosos.

Esta casa, al trasladarse al nuevo local, ha hecho compras en cantidad que le permite vender á precios cual ninguna otra en su clase.



# GRAN HOTEL SUIZO

TELÉFONO 25 CORDOBA TELÉFONO 25

## Puzini Hermanos

PROPIETARIOS

Dajeuners á la carte.

Diners sur comande.

Salle á manger á petites tables.

Almuerzos á la lista.

Comidas de encargo.

Servicio en mesas aparte.

Ce magnifique Etablissement universellement connu et reputé pour un des meilleurs hôtels de première classe, met toujours grand soin aux améliorations que messieurs les voyageurs peuvent désirer.

Aujourd'hui en plus de beaucoup d'autres, il peut offrir au public les commodités suivantes.

Salon de lecture avec les journaux les plus importants de l'Espagne et l'Extranger.

Bôitre aux lettres dont on les retirent une heure avant le depart de chaque train courrier. Intérpretes. Voitures pour promenades et pour excursions á la montagne.

Omnibus á l'arrivée et depart de chaque train.

C. Française, Italienne et Espagnole.  
Service soigné.

Prix moderé.

Este magnífico Establecimiento, universalmente conocido y reputado como uno de los mejores hoteles de Europa, continúa siempre introduciendo cuantas mejoras pueden apetecer los señores viajeros.

Hoy ofrece al público, á más de otras muchas, las siguientes:

Salón de lectura con los periódicos más importantes de la nación y del extranjero.

Buzón para cartas, recogándose estas una hora antes de la salida de cada tren que lleve correo.

Intérpretes y guías.

Carruajes para paseos y escursiones á la sierra.

Omnibus á la llegada y salida de todos los trenes.

Cosina Francesa, Italiana y Española.  
Servicio esmerado.

Precios moderados.

Dirección: Don Santiago Jimena.

On parle français.

Man spricht deutsch.

Englisch spoken.

Si parla italiano.